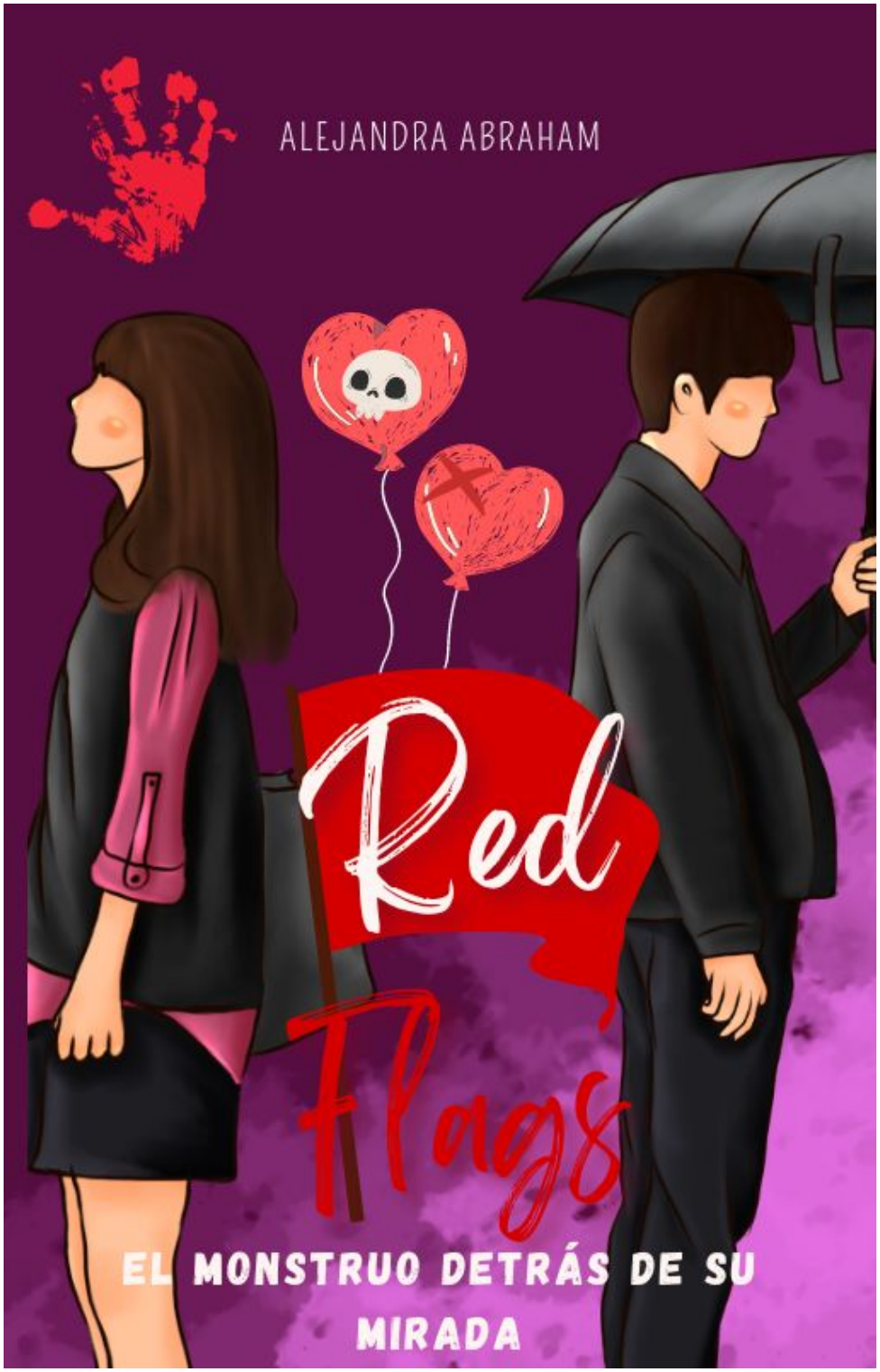
Red flags: El monstruo detrás de su mirada□□

Alejandra Abraham□□



Capítulo 1

Prefacio

Esta novela es una obra de ficción, pero está inspirada en las historias y vivencias de algunas de mis alumnas y conocidas. Aunque los personajes y las tramas son fruto de mi imaginación, intenté darles vida y autenticidad a través de mis propias emociones.

Gracias por leer esta novela y por permitirme compartir con ustedes esta historia.

Capítulo 2

Capítulo 1

Lo primero que vi al asomarme por la puerta fue una calavera que habían apoyado sobre el escritorio junto a una rosa blanca y una pluma. El profesor observaba la escena con satisfacción detrás de unas gruesas gafas que se oscurecían con la luz.

—¡Buenos días! —lo saludé y me dirigí hacia mi lugar habitual ubicado en el fondo del salón de Arte, justo detrás de Lorena, que dibujaba concentrada con su cabello negro rozando la hoja.

Una vez que todos estuvimos en nuestros asientos, el docente acarició su barba incipiente y dijo:

—El viernes tuve que ir al médico, por lo que les pedí a los chicos de quinto año que vinieran hoy para que podamos recuperar la clase que perdimos. Junten los bancos de a dos. Vamos a estar algo apretados, pero no importa.

Me quedé sentada mientras mis compañeros de cuarto año arrastraban los bancos de la forma más ruidosa posible y el profesor explicaba algo que no me molesté en escuchar. Fue entonces cuando lo vi por primera vez. No podía creer que no hubiera reparado antes en su presencia. No entendía cómo no lo había visto en los recreos o en la entrada, si era exactamente el tipo de chico que me gustaba. Alguien que podría llevarme en motocicleta a un concierto de rock, pero que difícilmente me animaría a presentarle a mis padres. Tenía el cabello rapado de un costado y un flequillo largo y negro que le caía del otro. El piercing de su ceja emitió un destello casi mágico cuando pasó por debajo de los tubos de luz del salón.

Caminó hasta uno de los pupitres con esa actitud que tenía de comerse el mundo y cuando llegó a él lo arrastró hasta colocarlo exactamente junto al mío. Si las personas fueran bloques de hielo, en ese momento me hubiera derretido.

—¿Tenemos que copiar eso? —preguntó y su voz levemente áspera hizo que me diera vértigo.

No podía creer que estuviera junto a mí, hablándome.

—Me parece que sí —respondí, aunque no había escuchado ni una palabra

de la explicación del docente.

Durante la clase, hice mi mejor esfuerzo por enfocarme en mi dibujo. Intentaba disimuladamente observar a mi compañero para memorizar los finos detalles de su perfil. Tenía la nariz apenas respingada, lo que confería una pizca de ternura a su apariencia rebelde. Cada vez que mi mirada se cruzaba con sus oscuros ojos, me apresuraba a dirigir la vista hacia mi dibujo.

—El tuyo es el mejor de toda la clase —me dijo en voz baja.

Sentí que mi corazón se detenía por un instante y que volvía a latir con más fuerza que nunca. Tardé una fracción de segundo en recordar cómo usar las palabras y dije:

—¡Gracias! ¡El tuyo también es muy bonito!

Cuando me detuve a ver su trabajo, me di cuenta de que no era verdad lo que le acababa de decir. Su versión de la calavera parecía una cara sonriente y su rosa tenía más bien apariencia de margarita. Aunque intenté contenerme, rompí a reír a carcajadas y deseé que el suelo me tragase. Por fortuna, él no se tomó a mal la situación e incluso le contagié la risa.

—¡Pérez y Aranda! —gritó el profesor para reprendernos.

Su apellido era muy lindo. A mí nunca me había gustado el mío porque lo consideraba demasiado común. Sin embargo, si me casaba con él, podría tomar el suyo. De acuerdo, estoy exagerando. No estaba planeando nuestra boda, pero sí me había parecido muy guapo.

Cuando escuché el timbre temí que no volviéramos a vernos. Por fortuna, antes de irse me dijo:

—Hoy a las seis me junto con unos amigos en la plaza que está cerca del cole. Te digo, por si te interesa venir, Pérez.

Esa tarde vacié mi armario hasta encontrar la ropa perfecta: unos jeans ajustados y una remera azul de mangas largas con un escote pronunciado. Llegué a la plaza unos minutos antes de la hora pactada y como no lo encontré, caminé unas cuadras a la redonda. De ese modo, podría estar allí un poco más tarde y no parecería tan desesperada por verlo.

Cuando regresé, lo vi en un banco sentado en medio de dos amigos. Llevaba una campera de cuero que le quedaba muy bien y tenía una

botella de cerveza en la mano.

—Hola —saludé con timidez y los tres muchachos me miraron.

—¿Vos sos...? —dijo con una expresión de total indiferencia.

—Maya… Maya Pérez, de la clase de arte —respondí al borde de las lágrimas.

—Ah, sí… ¿Un trago? —preguntó extendiendo la botella hacia mí.

—No, gracias. Solo pasaba a saludar —dije y me fui.

No sé por qué su actitud me había afectado tanto, pero comencé a llorar en silencio mientras caminaba despacio en dirección a la parada.

En la mitad de la plaza, Aranda me detuvo apoyando una mano sobre mi hombro. No me había dado cuenta de que me estaba siguiendo y aunque intenté disimular que estaba llorando, él lo notó y dijo:

—Era una broma. ¿Cómo no voy a saber quién sos, si yo te invité?

No me pidió perdón y yo me sentí tonta por no haber entendido que solo estaba bromeando. Regresé y pese al mal rato que había pasado al principio, me presentó a sus amigos, Carlos, alto moreno y regordete, y Julián, que tenía una sonrisa traviesa detrás de un montón de rulos color castaño claro que le cubrían parte del rostro. Me cayeron bastante bien y terminamos teniendo una tarde agradable en la que bromeamos mientras ellos bebían.

—Perdón, pero ya es muy tarde. Va a ser mejor que me vaya —dije al ver que comenzaba a caer el sol.

—¡Quedate un rato más! —pidió él mirándome con ojos de cervatillo bebé.

—Es que si llego tarde, me van a matar en mi casa —dije con pesar, pasándome una mano por mis enmarañados rizos castaños.

—Hagamos una cosa, si te quedás unos minutos más, yo después te llevo a tu casa en auto. Vas a llegar muchísimo antes que si tomás el colectivo.

Quería quedarme con ellos, pero aunque me moría de ganas de viajar con él, no me parecía prudente ya que había estado bebiendo.

—No sé… ¿No tomaste bastante como para manejar? —pregunté

señalando las cinco botellas vacías que había alrededor de nuestro banco.

—No te preocupes, soy el que menos bebió y soy muy buen conductor —explicó.

Al ver que yo dudaba, Julián, acomodando su cabello rizado, dijo:

—Conozco a Gonza desde hace años y es muy criterioso. Si sintiera que no puede manejar, no se arriesgaría a hacerlo y mucho menos si va a llevar a alguien como vos.

Aunque mi sexto sentido me instaba a tomar el colectivo, accedí a quedarme un poco más y a que después él me llevara hasta mi casa. Cuando abandonamos la plaza ya estaba oscuro. Me había excedido bastante de mi hora de llegada permitida.

Le envié un mensaje de texto a mi papá diciéndole que estaba bien y que me llevaban en auto. Su respuesta fueron tres emojis de caritas enojadas que viraban del amarillo al rojo furioso.

—¿Todo bien? —me preguntó Gonzalo Aranda abriéndome la puerta de su coche.

—Sí —mentí y me subí a su auto azul que era un pequeño y antiguo escarabajo, pero para pertenecer a alguien de diecisiete o dieciocho años que iba a una escuela pública, no estaba nada mal.

Gonzalo conducía manteniéndose por debajo de la velocidad máxima permitida, lo que me alivió mucho.

Cuando doblamos en la esquina de mi casa mi papá me esperaba en la vereda con los brazos cruzados y una expresión de pocos amigos. Me puse pálida apenas lo vi.

—¡No me digas que ese es tu viejo!

—¡Ay, no! Mejor me bajo acá.

Sentía una sensación de miedo y vergüenza arremolinándose en la boca de mi estómago.

—Le voy a decir a tu papá que fue mi culpa que se nos haya hecho tarde, así no se enoja con vos.

—No, por favor. No lo conocés… Va a ser peor… —rogué en vano.

Gonzalo estacionó frente a mi casa, se bajó del auto y mi papá fue a su encuentro antes de que yo pudiera reaccionar. No imaginaba que pudiera

haber un peor escenario que ese. Jamás había llevado un chico a casa y por las cejas a punto de tocarse de mi padre intuía que no aprobaba a mi… llamémosle amigo, por el momento.

—¿Les parece que esta es hora de llegar? —gruñó mi padre haciendo que temblaran sus canosos bigotes.

Entonces Gonzalo respondió de la peor manera:

—Son apenas las ocho y cuarto.

Aquello descolocó a mi padre que por un instante abrió mucho los ojos.

—¡Maya! ¿Quién es este mamarracho?

—Eh… Es Gonzalo. Es del colegio…

—¡Más le vale tener registro!

El mundo giraba demasiado rápido y sentí que estaba a punto de desmayarme.

—Claro que tengo…

—¡Encima está borracho!

El aliento a cerveza de Gonzalo lo había delatado. No había nada más que decir ni forma de arreglar la situación, por lo que se despidió como pudo y se marchó dejándome a solas con mi padre.

Capítulo 3

Capítulo 2

Una vez que entramos a la sala, ya sin la presencia de Gonzalo, no fui capaz de contener las lágrimas. Escuché los gritos de mi padre y me limité a asentir con la cabeza o responder con algún monosílabo, aunque me sentía humillada por lo injusto de la situación, ya que la mayoría de mis compañeras salían con muchachos desde hacía ya bastante tiempo. Tenía edad suficiente como para tomar mis propias decisiones y elegir con quién podía estar. Si me equivocaba, aprendería de mis errores. Claro que mis padres no lo veían de ese modo. Mi madre también estaba allí, y aunque no me dijo nada pude ver en sus enrojecidos ojos miel, tan parecidos a los míos, que la había decepcionado. Aquello me dolió más que cualquier grito.

Me quitaron el teléfono y me castigaron por un mes. Una condena que no supe respetar. El celular me lo devolvió en secreto mi madre al día siguiente. No estaba de acuerdo con el castigo de mi papá, porque consideraba que era mejor que yo tuviera forma de comunicarme con ella cuando saliera del colegio. Si bien nunca se oponía a él, quizás por miedo, algunas veces me apoyaba en secreto.

Además, funcionaron los argumentos que le di sobre la necesidad de mis aportes en los trabajos grupales que nos mandaban los profesores. Si no iban a permitir que me reuniera con mis compañeras a hacer la tarea, necesitaba un medio por el cual enviarles información. Mis buenas calificaciones dependían de ese pequeño aparato.

Todo mi mundo giraba entre mi casa y la escuela, donde estaban prácticamente todas las personas a las que conocía. Con Gonzalo comencé, poco a poco, una relación especial. En algunos recreos no solo venía a saludarme y se quedaba hablando conmigo, sino que actuaba como si fuéramos muy cercanos: me rodeaba con un brazo en presencia de otras personas, me decía algún que otro cumplido y me regalaba aquella sonrisa suya de quien sabe cómo seducir. Sin embargo, en otras ocasiones se mostraba indiferente como si le aburriera o le molestara mi presencia e incluso había días en los que me esquivaba por completo.

Durante la tercera semana de mi castigo, Julián, uno de los amigos de Gonzalo, me invitó a su cumpleaños. Le dije amablemente que no podía ir y todo podría haber quedado ahí.

—¿Por qué no vas a ir a la fiesta del sábado? —me preguntó Gonzalo

durante el segundo recreo, parecía consternado.

—No puedo, estoy castigada —respondí con pesar.

—No podés no ir. Después de lo que me costó que Julián te invitara. No le parecía buena idea invitar a alguien de tu curso, pero lo convencí de que sos distinta, que sos una piba madura y bastante copada para tu edad.

No estaba segura de si debía tomar sus palabras como un halago o como un insulto. Respondí de la manera más neutral posible:

—Me encantaría ir, pero no puedo.

—Bueno… es una pena. Me moría de ganas de estar con vos. Supongo que puedo invitar a alguna otra chica —soltó, se dio la vuelta y empezó a caminar con las manos en los bolsillos.

Sus palabras fueron como un balde de agua fría.

—Creo que puedo encontrar la forma de ir aunque sea una hora o dos —dije con un hilo de voz.

No había forma de convencer a mis padres de que me dejaran ir, pero tampoco estaba dispuesta a permitir que Gonzalo se fuera con otra solo por un estúpido castigo.

—¡Buenísimo, Pérez! ¡Nos vemos el sábado! —dijo sin voltearse.

Llegó el fin de semana, y como sabía que no me dejarían salir, esperé a que mis padres se durmieran y me escapé de casa. Era tarde, hacía frío y no había nadie en la calle. Sabía que podía pasarme cualquier cosa y mi lado racional me gritaba que regresara en ese instante. Ignoré mi instinto de supervivencia y llamé a Gonzalo.

—Hola.

—Gonzalo, soy Maya. Necesito pedirte un favor. ¿Me podés pasar a buscar por la esquina de mi casa para ir a la fiesta de Julián? —pregunté en un susurro aunque sabía que nadie iba a escucharme.

—¿Qué? ¿Ahora? ¿Te escapaste?

—Sí, bueno… No te preocupes. Si es mucho lío, vuelvo a mi casa y ya fue.

—No, no te vayas. En diez o quince minutos estaré por allá —dijo y colgó.

Esperé temblando por el frío y el miedo. Si mis padres se enteraban, iba a tener muchos problemas, si previo a eso algún loco no me secuestraba y

me mataba antes de que llegara Gonzalo.

—¡Gracias a Dios! —exclamé cuando vi su auto.

Rodeé el escarabajo azul y me senté en el asiento del acompañante. Gonzalo me saludó con un beso en la comisura de la boca, algo que me hizo sonrojar. Noté que había bebido.

—¿Cómo estás? —pregunté acercando mis manos a la calefacción para recuperar la sensibilidad de las yemas de los dedos.

—Ahora que te veo, mejor. Pensé que no ibas a venir.

—Me estoy jugando la vida. Si mi papá se entera, me mata —confesé.

—Por suerte, no se va a enterar —dijo retirando una mano del volante para acariciar el dorso de mi mano.

Aquel gesto de cariño duró apenas un instante, pero me hizo sentir reconfortada como si le importara.

Nos recibió Julián y yo le deseé feliz cumpleaños. El chico tenía un vaso con alguna bebida alcohólica que no supe distinguir y el andar de quien ya ha bebido mucho. Nos condujo hasta la terraza en la que estaba teniendo lugar la fiesta.

Sonaba cumbia a todo volumen a través de unos parlantes que producían cierto sonido metálico. Reconocí a varios de los compañeros de Julián y Gonzalo entre una veintena de adolescentes que bailaban o se juntaban en grupos más pequeños para conversar. Carlos estaba haciendo el ridículo intentando balancear una lata vacía sobre su cabeza.

Gonzalo me dijo algo que no fui capaz de escuchar a causa de la música estridente. Luego me tomó de la mano para guiarme a través de la gente hasta una mesa en la que había frituras, bebidas y vasos dispersos.

—¿Querés algo de tomar?

Yo no bebía alcohol y no parecía haber nada más, por lo que respondí:

—No, gracias. Estoy bien.

Él abrió una lata de cerveza y volvió a tomarme de la mano para atravesar la multitud.

—¿Vamos al techo? —preguntó.

—¿Qué? —grité, pero mi voz apenas se escuchó.

Había muchísimo ruido y me sentía aturdida. Nunca me había gustado la cumbia y menos cuando sonaba demasiado fuerte y con tan mala calidad.

Nos dirigimos hacia una escalera de madera que estaba colocada contra la pared para poder acceder al techo. Gonzalo soltó mi mano, apoyó la lata de cerveza a medio tomar en el suelo y comenzó a subir con destreza. Una vez arriba, me apremió para que lo siguiera:

—¿Te vas a quedar ahí abajo?

Tragué saliva y comencé a subir. La madera humedecida, por haber permanecido a la intemperie durante quién sabe cuánto tiempo, crujía bajo mis pies. Me propuse no mirar el suelo mientras ascendía. Cuando llegué a los últimos peldaños, Gonzalo tiró de mi brazo para ayudarme y me acomodé a su lado.

Suspiré aliviada, había sobrevivido a la travesía.

—No me digas que te da vértigo —dijo burlón.

No me dio tiempo a responder. Se puso de pie y se dirigió hacia el extremo de la casa que daba hacia la calle. Mi corazón se encogió, Gonzalo estaba muy cerca del borde y había bebido. Un paso en falso y se caería del techo. Por fortuna, no ocurrió, se sentó dejando que sus piernas colgaran en el vacío y me invitó a que lo acompañara. Así lo hice.

El frío me hacía tiritar, pero estábamos más resguardados del ruido estridente y cuando me rodeó con el brazo como lo hacía a veces en el recreo, me sentí en el cielo. Me pregunté qué vería en mí alguien como él. Yo no era fea, pero no me sentía particularmente bonita. Era consciente de que Gonzalo podía salir con cualquier chica que quisiera si se lo proponía, pero por algún motivo había conseguido que me invitaran a la fiesta, me había ido a buscar hasta la esquina de mi casa y elegía estar allí a solas conmigo en lugar de pasar el tiempo con sus amigos.

—¿Te puedo besar? —preguntó sin mirarme con su voz dulce y varonil.

Aquella petición me tomó por sorpresa y me produjo vértigo. Nunca había besado a nadie, pero pensé que sería algo que se daría de forma más natural. No era que Gonzalo no me pareciera el indicado, sino que tenía la sensación de que algo le faltaba a ese momento para que fuera realmente mágico. Quizás solo era mi propia inseguridad, no lo sé.

—Sí —respondí con timidez.

Cerré los ojos cuando me miró y dejé que fuera él quien se acercara. Sentía mis latidos cada vez más acelerados y, a pesar del frío, las mejillas me ardían. Sus labios cálidos se posaron sobre los míos y su lengua buscó refugio en mi boca. Pese al sabor amargo de la cerveza, era una sensación agradable y creí con ingenuidad que era una especie de pacto implícito de que estaríamos juntos a partir de ese momento.

Capítulo 4

Capítulo 3

Cuando Gonzalo consideró que estaba lo suficientemente lúcido como para conducir, ya era tarde y los últimos invitados se estaban despidiendo mientras dejaban un auténtico basurero en la terraza donde había tenido lugar la fiesta. Por fortuna recién comenzaba a amanecer, y si tenía suerte, mis padres aún estarían dormidos.

Nos despedimos con un beso apasionado dentro del coche aparcado en la puerta de mi casa. Apenas fue uno más de los muchos que nos dimos, pero lo recordaría para siempre.

—Nos vemos el lunes —dijo y me dio una nalgada cuando me estaba bajando del auto.

Entré a la sala tratando de hacer el menor ruido posible y fui directamente a mi habitación. Si mis padres me veían entrando a hurtadillas a esas horas, y después de haberme ido de fiesta toda la noche sin su permiso, sin lugar a dudas, me matarían. La suerte estuvo de mi lado y no me descubrieron, pero sabía que estaba jugando con fuego.

El domingo pasó demasiado lento. Esperaba con ansias que llegara el lunes para volver a ver a Gonzalo, pero las horas parecían eternas. Intenté estudiar para una prueba de Historia que iba a tener en la semana, pero no lograba concentrarme.

No vi a Gonzalo en la entrada del colegio y, aunque repasé con la mirada la fila de alumnos de quinto año por lo menos en tres ocasiones, tampoco pude verlo mientras izaban la bandera. Él rara vez llegaba temprano a clases y me resigné a que no lo vería hasta el recreo. Sin embargo, aunque lo busqué por todo el patio, no lo encontré en la escuela esa mañana. Me pregunté si estaría enfermo. Me moría de ganas de mandarle un mensaje, pero me contuve. Era mejor no tener conversaciones registradas en mi teléfono, porque aunque cambiaba mis claves con relativa frecuencia, estaba segura de que mis padres siempre encontraban la forma de revisar mi celular. Odiaba no tener privacidad.

Después de la jornada escolar, me demoré algunos minutos en la esquina del colegio conversando con Lorena, Agustín y Ezequiel, mis compañeros de equipo con quienes había quedado en hacer un trabajo para Geografía. No tenía muchos amigos, pero me sentía cómoda con Lorena. Ella no hablaba mucho y tampoco yo. Sin embargo, quedarme cerca suyo era menos raro que andar siempre sola por los pasillos de la escuela. En

cuanto a mis otros compañeros, simplemente se habían sentado detrás nuestro cuando el profesor nos indicó formar equipo.

—Si quieren, podemos juntarnos mañana en mi casa, así nos sacamos el trabajo de encima —propuso Ezequiel.

—No puedo, perdón —dije con pesar.

Estaba cansada de tener que rechazar cada propuesta por culpa de mi castigo.

—Puedo hacerlo yo y después se los paso, por si es necesario corregirlo o agregarle algo más —sugirió Lorena.

Siempre que hacíamos equipo juntas, ella terminaba haciendo casi todo el trabajo, pero los demás teníamos la decencia de, por lo menos, fingir que estábamos haciendo algún que otro aporte. Era de las personas más listas que conocí en mi vida.

—¿En serio? ¡Gracias! ¡Sos la mejor! —dijo Ezequiel.

—Sí, no hay problema —agregó Lorena, que tenía hasta las orejas rojas.

Le dije que si necesitaba ayuda, podía llamarme por teléfono y ella aceptó, aunque yo sabía que no lo haría. Luego me despedí de todos con un beso en la mejilla y me puse en marcha hacia la parada del colectivo. Cuando estaba por llegar, vi a Gonzalo conversando con una chica de su curso. Tenía el pelo teñido de un rojo muy intenso y una bandana azul en la cabeza. A pesar del frío llevaba una remera blanca con tirantes que se ceñía a su cuerpo. Por desgracia para mí, era muy guapa.

—Hola —dije al pasar junto a ellos consciente de que Gonzalo no había reparado en mí, y seguí caminando.

—¡Ey, Pérez! —me llamó.

Giré y me dirigí hacia donde estaban. Tenía la mandíbula tensa y aunque sabía que quizás estaba siendo exagerada, me sentía profundamente celosa de esa chica con la que no había hablado, pero que había visto varias veces en la escuela cerca de Gonzalo.

—Pérez, Karen. Karen, Pérez —dijo señalando con su mano derecha cuando pronunciaba nuestros nombres o más bien su nombre y mi apellido.

—Soy Maya —lo corregí.

—Hola. ¡Al fin nos conocemos! —saludó Karen y me besó en la mejilla.

Gonzalo me miraba como si intentara descifrar lo que yo pensaba en ese momento.

—No te vi en la escuela —me limité a decir intentando mantener una expresión indiferente.

—Eso es porque no tenía ganas de ir a clases.

—Nos rateamos. Si no querés que este chico te lleve por mal camino, no deberías juntarte con él. Te lo digo por experiencia —comentó Karen divertida.

Habían pasado toda la mañana juntos, posiblemente solos y no estaba segura si quería saber qué habían estado haciendo.

Distinguí que Julián se acercaba hacia nosotros con cara de pocos amigos. Gonzalo y Karen comenzaron a reírse a carcajadas. Yo no entendía nada.

—¡Los odio! —gritó empujando el hombro de Gonzalo que comenzó a reír con más fuerza.

—Nos amás —lo corrigió Karen que había recuperado la compostura y ahora tenía media sonrisa burlona.

—¡Nunca los voy a perdonar! —agregó el muchacho cruzándose de brazos.

—¡No seas exagerado!

—¿Que no exagere? ¡¿Que no exagere?! ¿Sabés lo que me hicieron estos dos hijos de su madre? —dijo dirigiendo la última pregunta hacia mí.

Negué con la cabeza. Iba a tener problemas en mi casa por llegar tarde, pero necesitaba saber qué había pasado.

—Teníamos que presentar en grupo nuestro proyecto de Química y pensaron que era una buena idea dejarme solo. Así que ahí estuve yo hablando solo delante de todos en la clase y teniendo que soportar los gritos de la profesora.

—Te hubiéramos invitado. Fue tu culpa por llegar tan temprano —dijo Gonzalo que había dejado de reír.

—Bueno, ya fue… Estamos desaprobados, por si les quedaba alguna duda. ¿Quieren ir a tomar algo a la plaza? Invita Karen. Me lo debe por no haber

venido a mi cumpleaños.

—¡Ay, no! Ya te dije que no fui porque salí con el chico del cyber. Está totalmente justificado. Además no tengo un peso.

La explicación de la joven sirvió para que el nudo que había comenzado a formarse en mi garganta se aflojara. Me consolaba pensar que si Karen estaba interesada en alguien más, lo más probable era que viera a Gonzalo solo como a un amigo.

—A mí no me miren. Gasté lo último que me quedaba en cargarle nafta a la fiera —se apresuró a decir Gonzalo.

—Será otro día… —Karen empezó a hablar, pero Gonzalo la interrumpió.

—Pérez… Perdón, Maya, ¿tenés algo de plata? A mí el chino me vende sin mostrarle el documento, pero ya no me fía porque la última vez tardé como dos meses en poder pagarle.

—Es que no me puedo quedar —expliqué.

Hasta ese momento me había mantenido al margen de todo como si hubiera sido una espectadora de una obra de teatro.

—Pero, nos podés prestar unos pesos, ¿no? —insistió.

—Em… Sí. No hay problema —accedí y le di lo que me quedaba del dinero que mi madre me había dado.

Era muy tarde ya, me despedí de ellos y corrí para alcanzar el colectivo. Cuando llegara a mi casa tendría que decirle a mi madre que había perdido el transporte o que me había quedado hablando con Lorena sobre el trabajo de Geografía. Opté por la segunda opción, porque no era del todo mentira. Era mejor mantener a Gonzalo y a sus amigos al margen. Mi padre aún no había olvidado aquella vez que el “mamarracho”, como él lo llamaba, me había llevado a casa manejando borracho.

Capítulo 5

Capítulo 4

El martes llegué temprano a la escuela y para mi sorpresa Gonzalo también. No lo reconocí enseguida porque tenía la capucha del buzo puesta y también llevaba gafas de sol. Estaba apoyado contra la pared junto a la puerta del colegio que aún permanecía cerrada.

—¡Gonzalo! ¿Estás de incógnito? —pregunté divertida acercándome a él.

Se limitó a encogerse de hombros y a mirar hacia otro lado. Cuando giró la cabeza noté una sombra entre rosada y violácea en la piel justo debajo de sus lentes. Contuve el impulso de abrazarlo. Alguien lo había golpeado, de eso estaba segura. Me pregunté si se habría peleado con Julián, pero aunque su amigo se había mostrado bastante enojado con él el día anterior, parecían haber arreglado las cosas.

—¿Estás bien? —pregunté.

No respondió. Sentía que debía protegerlo de quien fuera que le había hecho daño, así que insistí:

—¿Julián te lastimó?

—¿Pero qué idioteces estás diciendo? ¿¡Cómo se te ocurre juzgar así a mi amigo, qué digo amigo, hermano del alma!? ¿Por qué no te vas? ¿No tenés a nadie más a quién molestar?

—Perdón, no quería…

Comencé a disculparme, pero en ese instante sonó el timbre de entrada y alguien abrió las puertas. Gonzalo dio un paso al frente y me empujó con el hombro cuando se dirigió a toda prisa hacia el interior de la escuela. Lo seguí, pero cruzó el patio a grandes zancadas y desapareció dentro del baño de varones.

Tenía ganas de llorar y me ahogaba la culpa por haberlo hecho sentir peor de lo que seguramente se sentía. Sin pruebas, había asumido que Julián lo había golpeado cuando debería haber esperado que fuese él quien me contara lo sucedido. Es más, ni siquiera tendría que haberle pedido explicaciones, no tenía por qué dármelas. Debería haber respetado su silencio.

Entré a clases con la sensación de que había arruinado cualquier oportunidad de tener una relación con Gonzalo. Fui a mi asiento sin mirar ni saludar a nadie. Estaba haciendo mi mejor esfuerzo para no ponerme a llorar delante de todos mis compañeros de curso y sentía un nudo en la garganta que me hacía difícil tragar saliva e incluso respirar.

—¿Qué pasó? —preguntó Lorena mientras acomodaba su mochila en el pupitre libre más cercano al mío.

Negué con la cabeza de forma sutil. Sabía que si decía algo, no podría contener las lágrimas. Por suerte, mi compañera entendió. Me dio una palmada en el hombro y respetó mi silencio.

La hora de Matemática fue una auténtica tortura. No podía dejar de pensar en Gonzalo y en cómo yo había arruinado lo que teníamos.

Una vez que sonó el timbre del recreo tuve un pequeño debate interno sobre si debía ir a disculparme o no. Me moría de vergüenza, pero decidí que podía tragarme el orgullo e intentar solucionar las cosas con el único chico que se había fijado en mí.

Recorrí el patio, pero solo encontré a Julián y a Karen conversando muy serios junto al mástil de la bandera. Decidí que era mejor no interrumpirlos y seguí buscando a Gonzalo. Lo encontré después de unos minutos sentado en uno de los pasillos junto a la puerta del laboratorio de Química. Llevaba sus gafas y su capucha y miraba desanimado su celular.

Me paré a su lado, pero me ignoró.

—¿Puedo sentarme? —pregunté con un hilo de voz.

Si me rechazaba, ya no podría contener las lágrimas.

—Supongo que sí —respondió sin mirarme.

Era un pequeño avance. Por lo menos, no me había enviado a freír churros.

—Por favor, por favor, por favor, ¿me podrías perdonar? —pedí con las manos juntas.

Me miró serio. Sabía que me estaba escrutando detrás de sus gafas de sol en las que podía ver mi patético reflejo. Se mordió el labio y negó con la cabeza.

—¡Basta! ¡No seas tonta! ¡Vení! —dijo con cariño y abrió los brazos.

Me acomodé en su pecho y dejé que me abrazara. Una vez allí acurrucada rompí a llorar. No podía creer que había estado a punto de perderlo. Entonces supe que lo quería y que lo quería de verdad. Me aterraba la idea de perderlo.

—Todo está bien. No te preocupes. Yo te voy a cuidar siempre —prometió.

Alcé apenas mi cabeza para mirarlo y nos besamos con ternura. Me parecía surrealista. Él me consolaba y prometía cuidar de mí, cuando era yo quien sentía que debía protegerlo, pero que al mismo tiempo le había causado daño.

Nos separamos y él se quitó las gafas. Bajó la cabeza, pero yo elevé su mentón con suavidad para que me mirara. Tenía el ojo izquierdo morado. El moretón se le estaba poniendo violeta oscuro y su párpado estaba hinchado. Sus profundos ojos marrones reflejaban la pena que sentía.

—Cuando te sientas listo podés contarme. Podés confiar en mí.

—Si de verdad te interesa saberlo, fue uno de los cerdos que se acuesta con mi madre —dijo y volvió a colocarse las gafas.

—¿Ella lo sabe?

—No le importa. Siempre fue así y no es el primero. Mientras le den plata o drogas deja que le hagan cualquier cosa. Es mi culpa por intentar defenderla.

—¡Así que acá estaban, tortolitos! —dijo Julián apareciendo de la nada y arruinando aquel íntimo momento.

Me di cuenta de que estaba sentada sobre las piernas de Gonzalo y me acomodé en el piso sonrojada.

—¿Tortolitos? ¡Estás hablando como una abuela de cien años! —exclamó Karen despeinando los rulos rebeldes de su amigo.

El timbre sonó y les prometí que los vería en el siguiente recreo.

En clases tampoco pude concentrarme. Sin embargo, esta vez no estaba triste, sino que experimentaba una sensación agridulce. Por un lado, Gonzalo había confiado en mí contándome lo que probablemente era uno de los secretos más grandes de su vida y me había dicho cosas hermosas. Por otro, me causaba pena y rabia saber la terrible situación que estaba viviendo en su casa. No sabía cómo, pero necesitaba ayudarlo.

Lorena se acercó a hablarme en el segundo recreo, pero le dije que había quedado en encontrarme con alguien y que si no era algo urgente, podríamos conversar después. Ella lo entendió y no me detuvo. Casi corrí para llegar al patio. Esta vez no me costó demasiado encontrar a Gonzalo, que conversaba de forma animada con Julián y Karen.

—Gonza me dijo que pensás que soy una persona violenta. ¿Te parezco un tipo violento? —preguntó Julián apenas notó mi presencia.

No parecía enojado, quizás solo sorprendido. Deseé que la tierra se abriera y me tragara en ese instante.

—Te juro que eso fue un terrible malentendido. De verdad, perdón —rogué sin saber qué otra cosa podía decir.

—Te perdono, supongo… —respondió Julián encogiéndose de hombros.

No entendía por qué Gonzalo le había dicho eso a Julián, si habíamos quedado en que todo estaba bien y me había explicado quién le había pegado. Me pregunté hasta qué punto sabrían Julián y Karen sobre la vida de su amigo afuera de la escuela.

—¿Hasta cuándo vas a estar castigada? Si vamos a andar juntos, no podemos limitarnos a vernos solo en el colegio —dijo Gonzalo cambiando de tema.

—Hasta el lunes —respondí aliviada de que la conversación fuera hacia lugares más agradables.

Quería salir conmigo fuera del colegio y yo suponía que aquello significaba que estábamos de novios.

—Muy bien, creo que puedo esperar hasta el lunes —agregó de forma casual.

—¿Y cuándo vamos a salir solos vos y yo? —le preguntó Julián a Karen regalándole una sonrisa que hacía que se le marcaran los hoyuelos.

—En tus sueños, bonito —respondió ella divertida y le dio un beso en la mejilla.

—¡Vos te lo perdés! Te aseguro que lo pasarías mucho mejor conmigo que con el chico del cyber.

Gonzalo hizo una mueca de asco y dijo:

—¡Quieren parar lo que sea esto! Si ustedes salen y después se pelean,

los que sufrirían son los amigos. En este caso, yo.

Todos reímos. Me sentía muy feliz de poder estar con Gonzalo y de que me hubiera incluido en su grupo. Podría decirse que hasta ese momento, Lorena había sido lo más cercano a una amiga, pero mi relación con ella no podía compararse con la intimidad que había entre estos tres chicos.

Capítulo 6

Capítulo 5

El miércoles Gonzalo volvió a llegar tarde, por lo que no lo vi en la entrada. Si seguía acumulando medias faltas y saltándose las clases, acabaría por quedar libre. Me apunté mentalmente advertirle más tarde sobre esa posibilidad.

Me llegó un mensaje de Lorena que estaba enferma y me pedía que le pasara la tarea luego. Le prometí que lo haría, aunque últimamente estaba muy distraída y apenas copiaba alguna que otra cosa de los temas dados por los profesores. Mis carpetas eran una mezcla de apuntes tomados a desgano, corazones pintados con las iniciales G y M y algunos dibujos de personajes de animés que me ponía a bosquejar sin demasiado talento.

—Maya, podemos hablar —dijo Ezequiel cuando sonó el timbre del primer recreo.

—Sí —respondí caminando a su lado hacia la salida del salón.

—¿Sabés algo de Lore? —preguntó con timidez.

—Ah, sí. Está enferma. Me parece que se resfrió. No creo que sea grave —dije para tranquilizarlo y con la esperanza de que aquello fuera suficiente como para saciar su curiosidad y que me dejara en paz para pasar el recreo con Gonzalo.

—Agustín también faltó y mañana tenemos que entregar el trabajo de Geografía. ¿Armamos algo por si ellos no lo hacen? Si desapruebo otra materia, mis viejos me van a matar —confesó.

—¿Qué? ¿Ahora? —pregunté.

No me apetecía en lo más mínimo pasar el recreo haciendo el trabajo, pero era consciente de que si no lo hacíamos, íbamos a desaprobar. Y en mi casa tampoco estarían felices si eso ocurría.

—Sí… o si preferís podemos ir a mi casa después de la escuela.

—Mmh… No puedo. Estoy castigada. Bueno, tratemos de armar algo por las dudas. Aunque lo más probable es que Lorena lo traiga hecho mañana.

—Si se siente mal, mejor hagámoslo nosotros, pobre.

—Sí, bueno. ¿Qué hay que hacer?

—Ahora me fijo en la carpeta. ¿Querés que comparemos tus apuntes con los míos y nos fijamos qué podemos armar con eso?

—No, con los tuyos va a estar bien. No traje los míos —mentí porque me daba vergüenza confesar que hacía días que no copiaba casi nada.

Me prometí a mí misma intentar tomar más responsabilidad en el colegio. No estaba dispuesta a soportar más tiempo castigada.

—Está bien. Yo te dicto lo que hay que poner entonces.

—¿Seguro?

—Sí, mi letra es horrible —confesó.

—Bueno, pero resumí todo lo que puedas o no vamos a llegar —pedí, no quería perderme también el segundo recreo.

Ninguno de los dos entendía demasiado, pero llegamos a la conclusión de que las preguntas iban en el mismo orden que las explicaciones del profesor, así que seguimos esa lógica para responder. No era mi mejor trabajo, eso estaba claro. Sin embargo, con un poco de suerte nos pondrían un seis por el intento o Lorena traería terminado un proyecto excepcional para presentar al día siguiente.

No encontré a Gonzalo en el segundo recreo y asumí que había vuelto a faltar a clases. No era así. Me increpó a la salida de la escuela y de la peor manera.

—¡No puedo creer la clase de persona que sos! Después de que ayer te confié algo tan importante como lo que me pasó, te estabas riendo en mi cara. ¡Soy un tonto por pensar que sentías algo por mí!

No entendía de qué me estaba hablando. Me importaba y mucho. Sin lugar a dudas, podía confiar en mí. No le había contado a nadie su secreto. Quizás alguno de sus amigos lo había traicionado, pero yo no. Jamás hubiera hecho algo que lo pudiese afectar.

—No me mires con esa cara. ¡Cómo si no supieras de qué te estoy hablando! Por favor… ¡Qué tarado que fui! ¡Pensé que eras distinta!

—continuó alzando la voz cada vez más.

Algunos estudiantes que salían de la escuela nos miraban extrañados o con cautela, pero seguían caminando.

—Es que no sé de qué me estás hablando. ¿Cómo querés que te mire? —susurré, intentando dejar de llamar la atención.

—¿Qué soy para vos? Nada… Seguro….

—Sos alguien muy importante para mí y no quiero verte mal. No sé qué pensás que hice, pero te juro que no fue así. Yo te… Yo te quiero —dije con sinceridad.

No sabía en qué momento había empezado a llorar y me sequé los ojos con el puño de la campera de jean.

—Encima tenés el descaro de jurar… ¡Te vi, Maya! ¡Te vi con mis propios ojos!

—¿Qué decís? ¡Yo no hice nada! ¡Nunca le conté a nadie lo que me confesaste ayer, te lo juro!

Me agarró fuerte del brazo y cerré los ojos.

—¿Quién dijo algo sobre lo de ayer? Te vi seduciendo ese pibe de tu curso —dijo bajando la voz y al notar que me hacía daño, me soltó.

—¿Qué?

—No te hagas la tonta, porque no te queda. Hace días que vengo observando cómo te mira, pero no pensé que fueras vos la que lo buscabas. Te vi en el aula, vi cómo te inclinaste en distintas ocasiones hacia él mientras dejabas que te mire el escote —explicó con el ceño fruncido, parecía decepcionado de mí.

Su explicación me dejó confundida. Nunca había notado que Ezequiel me mirara en lo más mínimo y de ninguna manera yo hubiera hecho algo para que se fijase en mí. Aunque nunca me lo había dicho, sabía que a Lorena le gustaba desde primer año y a mí no me parecía atractivo ni tenía una personalidad que me llamara particularmente la atención.

—Teníamos que hacer un trabajo en grupo de Geografía, eso fue todo… —comencé a explicar pero me interrumpió con un grito.

—¿Y justo con él tenías que ponerte en grupo? ¿Qué pasa? ¿Querías

calentar a ese tipo o qué?

—¿Qué? No, te juro que no. Era un trabajo de a cuatro y yo hice equipo con Lorena y como él y Agustín también estaban solos, nos juntamos con ellos.

—Ah, pero en el aula bien que se quedaron ustedes dos solitos.

—Porque los demás faltaron. Te juro que no me siento atraída por Ezequiel y jamás se me pasó por la cabeza que él pudiera sentir algo por mí. Yo quiero estar con vos. De verdad sos el único chico que me interesa —dije poniendo mis manos en su rostro para obligarlo a mirarme.

Aunque su ojo se veía incluso peor que el día anterior, Gonzalo era precioso. Quería que me leyera el interior a través de la mirada. Yo no quería estar con nadie más. Lo necesitaba a él y quería que confiara en mí. Entendía que le habían hecho muchísimo daño en la vida, pero sabía que si me lo permitía podría ayudarlo a sanar sus heridas emocionales.

—¿Estás siendo sincera? —preguntó con voz calmada.

—Sí. Solo quiero estar con vos —prometí.

—¿De verdad no te diste cuenta de la forma pervertida que tiene ese tal Ezequiel de mirarte?

Negué con la cabeza sin apartar mis ojos de los suyos.

—Ay, ay, ay… Sos muy ingenua todavía. ¡No sé qué voy a hacer con vos! Tenés que empezar a darte cuenta de cómo son la mayoría de los hombres en realidad, pero no te preocupes. Yo te voy a cuidar de esos depravados —dijo y me abrazó colocando una mano detrás de mi cabeza.

Apoyé la mejilla en su pecho, podía sentir los rítmicos latidos de su corazón. Permití que me abrazara mientras acariciaba mi cabello hasta que ambos logramos calmarnos. Desde que lo conocí, mi mundo se había convertido en un torbellino de emociones. Sentía que si llegaba a perderlo, me iba a morir.

Capítulo 7

Capítulo 6

El castigo más largo de mi vida llegó a su fin junto con el comienzo de la primavera. El lunes no había clases y yo había quedado con Lorena para tomar juntas el colectivo que nos llevaría al parque en el que nos íbamos a reunir con algunos de nuestros compañeros de cuarto año. Ella ya se había repuesto completamente de su enfermedad y casi había superado el lastimero seis que habíamos sacado en el trabajo práctico de Geografía. Estaba acostumbrada a mantenerse por encima del umbral de los ochos, pero yo estaba contenta de que no hubiéramos desaprobado.

—¡No puedo creer que ya sea libre para salir! —le dije una vez que nos sentamos en el fondo del transporte.

—Debió haber sido horrible —coincidió.

—No sabés… Lo único que me mantenía cuerda era ver a Gonzalo en el colegio.

—¿Va a venir hoy al parque?

—No, ya tenía planes con los chicos de su curso —respondí algo triste.

Me hubiera encantado salir con él en mi primer día de libertad, pero como había arreglado con sus amigos, no quise insistirle demasiado. Me dijo que no nos mataría un día separados, él podría pasar tiempo con sus amigos y yo con las mías. Evité mencionar que el grupo con el que me reuniría era mixto y que Ezequiel iba a estar ahí. La reacción de Gonzalo había sido algo exagerada cuando nos vio haciendo la tarea juntos en el recreo y, aunque no había motivos reales por los que tuviera que preocuparse, quería evitar otra discusión innecesaria.

—¡Qué pena! Hacen una pareja muy bonita —comentó Lorena y me regaló una sonrisa.

—¡Gracias, Lore! Gonza es un amor. Vos harías una hermosa pareja con Ezequiel.

Quería ver cómo reaccionaba. Estaba segura de que le gustaba desde siempre, pero ella era muy reservada en cuanto a chicos se trataba. Lorena se sonrojó a más no poder y dijo:

—¿Qué decís? No pienso salir con nadie hasta que terminemos la escuela. Quiero concentrarme en sacar buenas notas para después entrar a estudiar Ingeniería. Un chico en mi vida no haría más que distraerme.

—¿De verdad? Si Ezequiel te propusiera que fueras su novia hoy mismo, ¿lo rechazarías?

—Eso no va a pasar.

—¿Pero… y si pasara?

Estaba segura de que si Lorena y Ezequiel empezaban a salir, ya no tendría que preocuparme por los celos de Gonzalo. No sé por qué se había empeñado tanto en pensar que mi compañero estaba interesado en mí.

—Mmh… No sé, ¿por qué? ¿Vos sabés algo? ¿Te dijo algo de mí?

Sus preguntas no hacían más que confirmar que estaba enamorada de Ezequiel.

—No me dijo nada. Solo me parece que se verían bien juntos.

Lorena parecía algo decepcionada de que nuestro compañero no me hubiera confesado que estaba enamorado de ella en secreto.

Al llegar al parque repleto de adolescentes, nos demoramos bastante en encontrar a nuestro grupo. Sobre una manta estaban sentados tomando mate Agustín y Ezequiel. Poco después de habernos unido a ellos, llegaron Mariana y Soledad, dos compañeras con quienes no había hablado demasiado, pero con las que tampoco me llevaba mal.

—¿Les gusta la pastafrola de batata? —preguntó Mariana.

—¿Y a quién no? —comentó Ezequiel mirando cómo ella sacaba la comida de su mochila.

—A mí no me gusta —confesó Lorena.

—¿Qué? ¿Por qué no te gusta? —interrogó Ezequiel con los ojos muy abiertos.

Lorena se encogió de hombros y respondió:

—No me gusta el dulce, no sé.

—¡Qué rara que sos! —exclamó él sin percatarse de la expresión de dolor

de mi amiga.

La tarde transcurrió entre risas, anécdotas e imitaciones de algunos de nuestros profesores y compañeros de clases que hizo Agustín. Lorena se reía de cada chiste malo que Ezequiel soltaba y con satisfacción noté cómo él parecía encantado con la atención que ella le brindaba.

Decidí regresar a casa antes de que mis compañeros tomasen la decisión de marcharse del parque. No quería llegar tarde y que volvieran a regañarme o, peor aún, a castigarme.

Antes del atardecer ya estaba entrando a la sala. Desearía no haberlo hecho.

—¡Mamá! —grité sin poder creer lo que estaba viendo.

El hombre calvo que estaba sobre mi madre se levantó enseguida. Ella aún tendida sobre su esterilla de yoga tomó su remera y se la llevó hacia el pecho desnudo.

—¡Maya, andá a tu habitación! —ordenó la descarada.

No podía creer que encima tuviera las agallas de gritarme. Me pregunté cuánto tiempo llevaría engañando a mi padre. No entendía cómo había sido capaz de hacernos una cosa así. Sentía que la traición era para nosotros dos como familia. En ese momento la odié.

—Yo… Mejor me voy. Te veo otro día, Sonia —dijo el hombre.

Lo había visto antes, mi madre se reunía los lunes por la tarde a practicar yoga con sus amigas y ese desagradable calvo era su instructor. Si no recordaba mal, llevaba poco más de un año tomando clases con él. Quizás se habían estado acostando durante todo ese tiempo. Pensar en eso me generaba rabia y repulsión.

—¡Fuera de mi casa! —le grité al rompehogares.

—Maya, por favor… —comenzó a hablar mi madre, pero no la dejé continuar.

—¡¿Cómo pudiste hacernos una cosa así?! ¿No sos feliz con papá?

Ella bajó la mirada y supe que no. Aquello me dolió por mi padre y también por mí, que había estado viviendo en la mentira en la que mi madre nos había enredado haciéndonos creer que éramos una familia feliz.

Mientras ella se vestía a toda prisa, su amante se escabulló por la puerta.

—Hace algún tiempo que tu padre y yo tenemos problemas —dijo con resignación.

Me generaba aún más odio que se mostrara tan calmada. No sé qué esperaba en realidad. Tal vez que se pusiera a llorar o quizás que me rogara perdón.

—¡Eso no justifica nada!

—No, claro que no —reconoció.

Mi padre era gruñón y no ayudaba en los quehaceres domésticos, pero nos quería. Tenía que reconocer que algunas veces llegaba del trabajo cansado y su malhumor acababa por contagiarnos a mi madre y a mí, pero la mayor parte del tiempo estábamos bien.

—¿Papá lo sabe? —pregunté aunque sabía la respuesta.

Ella negó con la cabeza.

—Si no se lo decís esta noche, se lo voy a decir yo —sentencié con la mayor frialdad de la que fui capaz y me fui a mi habitación.

Una vez en mi cuarto, me tiré en la cama y lloré empapando la almohada que me puse cubriendo el rostro.

No salí para cenar. Tampoco me llamaron.

Mi madre se había tomado en serio mi amenaza y había optado por ser ella quien le contase la verdad a mi padre. Escuché la pelea. La más fuerte y definitiva de todas.

Mi padre no pasaría una noche más en casa, lo había dejado claro en la discusión y aunque al principio pensé que me llevaría con él, no fue así.

Después de lo que me parecieron horas, él abrió la puerta de mi habitación y yo me quité la almohada del rostro para verlo. Cuando lo hice, la luz me lastimó los ojos.

Era la primera vez que veía a mi padre llorar.

—Quiero ir con vos —pedí con un hilo de voz.

Él negó apenas con la cabeza y explicó:

—Me voy a ir a un hotel hasta que encuentre algo. Lo mejor es que te quedes con mamá. Ella te ama.

No hubo un abrazo ni palabras de despedida. No le dije que lo quería ni que no podría vivir allí sin él. Se fue sin más explicaciones y yo no sabía que esa sería nuestra última vez juntos en muchísimo tiempo.

Capítulo 8

Capítulo 7

Pese a que tenía la mente y el corazón cansados, me fue imposible conciliar el sueño. Bastaba que cerrara los ojos para rememorar la discusión que había terminado con el matrimonio y el amor de mis padres.

La culpa que sentía me oprimía el pecho y me cerraba la garganta. Sabía que de no haber presionado a mi madre para que contara todo, mi padre no se hubiese ido. Ese era un sentimiento que me iba a atormentar el resto de mi vida.

Un rayo de sol recién amanecido me animó a salir de la cama. Lo último que quería era ver a mi madre. Estaba segura de que en ese momento debía odiarme tanto o más de lo que yo lo hacía.

Me puse lo primero que encontré y me fui a la escuela. No me importaba llegar temprano, lo único que quería era salir de mi casa lo más rápido posible.

No fui la primera en llegar, pero no conocía a ninguno de los madrugadores y me senté junto a la puerta de entrada del colegio hasta que el timbre me indicó que podía ingresar al patio.

Durante la primera clase, que ya ni recuerdo de qué asignatura se trataba, Lorena intentó sacar algún tema de conversación, pero yo no estaba de humor. Creo que la ignoré o respondí con algún monosílabo.

En el recreo busqué a Gonzalo. Estaba presumiendo ante Julián y Karen un pequeño aro expansor en su oreja izquierda.

—Hola, Maya. ¿Tenés resaca? —me preguntó Karen en cuanto me vio.

Debía tener un aspecto lamentable.

—No dormí bien. ¿Cómo estuvo su día? —dije intentando evadir el tema.

Quizás si Gonzalo hubiera estado solo, podría haberme desahogado, pero no me apetecía decir nada delante de Julián y Karen. A decir verdad, no estaba segura de querer hablarlo ni siquiera con mi chico.

—Fue muy divertido. Tendrías que haber visto a Gonza. Estaba tan

borracho que… —comenzó a decir Julián, pero se detuvo.

—¿Ya viste qué bien le quedó el expansor? —preguntó Karen.

—Muy lindo, ¿te dolió? —le pregunté a Gonzalo inspeccionando más de cerca el lóbulo de su oreja.

El aroma a su shampoo era embriagador y masculino al mismo tiempo. Casi hizo que me olvidara de mis problemas por un segundo.

—No mucho. Me lo hicieron unas chicas que conocimos ayer en la plaza —explicó.

No me gustaba la idea de que una desconocida hubiera estado tan cerca suyo, pero no tenía fuerza ni ganas de ponerme a pedir explicaciones. Decidí que era mi pareja y que podía confiar en él.

—¿Puedo hablar con vos a solas? —le pedí.

—Uh —dijo Julián llevándose una mano a la boca.

Karen le dio un pequeño empujón.

—Sí. No hay problema. ¿Está todo bien? —preguntó Gonzalo mientras nos alejábamos de sus amigos en dirección a un banco cercano.

—No realmente, no.

—Si es por lo que dijo Julián…

—No es eso —interrumpí.

—¿Entonces qué?

—Mi papá se fue de casa.

—¿Qué? ¿Por qué?

Le conté con lujo de detalles todo lo que había ocurrido desde que volví del parque. Describí la desagradable escena que presencié entre mi madre y su profesor de yoga y todo lo que siguió después.

—No sé qué esperaba que pasara. Pensé que quizás iban a solucionar las cosas. No quería que mi papá se fuera —confesé.

—Era obvio que iba a pasar, pero bueno. Ya no hay nada más que hacer. Cuando pueda mudarse, ¿vas a ir a vivir con él? —preguntó y me rodeó

con un brazo.

Yo me refugié pegándome a él todo lo que pude.

—No sé.

—¿De qué trabaja tu mamá?

—Es ama de casa.

Antes de que mi madre quedara embarazada de mí, había sido manicura, pero dejó su empleo en el salón de belleza para dedicarse a cuidar del hogar que destruyó en un abrir y cerrar de ojos.

—Espero que tu viejo no sea como la mayoría y les pase algo de plata hasta que ella consiga algo.

Hasta ese momento no me había detenido a pensar en nuestra situación económica.

Sonó el timbre que indicaba que debíamos regresar a nuestras respectivas clases y Gonzalo me saludó con un fugaz beso en los labios. Las horas que pasaba sin él eran una auténtica tortura. Estaba abrumada por la forma en la que había cambiado mi vida en menos de veinticuatro horas y todo eso, sumado a que no había comido nada desde la pastafrola del día anterior, me producía un dolor de cabeza casi insoportable.

Rebusqué en mis bolsillos. Quizás podría ir a comprar algo al bufet antes de que llegara el profesor, pero no tenía ni un centavo. Recordé que les había regalado a Gonzalo y a sus amigos lo último que me quedaba de la mesada que mis padres me habían dado algunos días previos a mi castigo.

Cuando llegó el segundo recreo fui a refrescarme el rostro en el lavabo del baño y tomé un poco de agua directamente del grifo.

—Te ves horrible —dijo Karen que acababa de ingresar al baño.

—Gracias —respondí con ironía.

—No, en serio. ¿Está todo bien con Gonzalo?

—Sí, ¿por qué no íbamos a estar bien? —no me quedaban fuerzas para fingir ser amable.

—No sé si te contó que salimos durante un breve lapso de tiempo el año

pasado —soltó sin más.

Fruncí el ceño. Me preguntaba a qué venía su confesión y si seguiría enamorada de Gonzalo. Intenté espantar de mi mente la idea de que hubiera pasado algo entre ellos el día en el que se ratearon juntos del colegio.

—No fue algo serio. Es mucho mejor como amigo que como algo más, pero puede ser un poco intenso. Si querés hablar alguna vez, podés contar conmigo —dijo sin mirarme y comenzó a delinearse los ojos de negro frente al espejo.

—¡No sé qué habrá pasado entre ustedes, pero ahora está conmigo y somos muy felices! —dije alzando la voz y me fui.

Me arrepentí enseguida de la forma en la que la traté. Quizás realmente quería ser amable conmigo, pero en ese momento sentía que solo quería presumir que Gonzalo se había sentido atraído por ella.

No podía evitar sentir celos, era una de las chicas más guapas de la escuela. Tenía curvas y era llamativa a más no poder. Era evidente que a Julián le gustaba y saber que había salido con Gonzalo me oprimía el pecho. Tal vez seguía interesado en ella y yo no era más que su segunda opción.

Mi celular comenzó a sonar antes de que pudiera ir a buscar a Gonzalo. Era mi padre. Quería saber cómo estábamos y me contó que se había instalado en una pensión, pero que buscaría un departamento para mudarse.

—¿Puedo irme con vos cuando te mudes a un lugar definitivo? —le rogué.

—Es mejor que vivas con mamá hasta que termines la escuela. Voy a intentar adaptarme a mi nueva vida. Quizás más adelante…

Eso significaba que en esa nueva etapa yo no sería más que una carga para él.

Me dijo que me haría llegar algo de dinero en cuanto pudiera y me habló de los siete gatos que tenía la mujer a la que le estaba rentando habitación. Yo solo podía pensar en lo complicada que iba a ser mi vida sin él. Me aterraba la idea de estar con mi madre en la misma habitación. Estaba segura de que me odiaba por todo lo sucedido. No podía culparla, yo también me odiaba. Ojalá no la hubiera presionado para que confesara lo que había hecho.

Capítulo 9

Capítulo 8

Cuando estaba saliendo del colegio, me sentí aturdida y la visión se me tornó borrosa. Los estudiantes se agolpaban para salir lo antes posible y en el intento me rozaban, incluso algunos me empujaban. Las piernas se me aflojaron y pensé que necesitaba algo firme para sostenerme.

Abrí los ojos y me encontré con Gonzalo que me abanicaba con lo que supuse que eran sus apuntes de clases. El sol del mediodía hacía que su silueta pareciera sobrenatural.

—¿Estás bien? —me preguntó.

Sentía el cuerpo golpeado en diferentes lugares, pero lo que más me dolía era el dedo meñique de la mano izquierda. La levanté para inspeccionarla: tenía una uña medio partida y se estaba poniendo negra.

—Se ve doloroso. Algún tarado te debe haber pisado cuando te desmayaste. Julián y yo te vimos caer, pero algunos chicos se tropezaron con vos antes de que pudiéramos llegar y apartarte del camino.

Miré a mi alrededor algo embotada. Estaba recostada en un banco de la plaza. Supuse que Gonzalo me había cargado hasta allí.

—Julián tenía que irse para ayudar a su hermana en el negocio, pero yo no podía dejarte sola. No estaba seguro de si debía llevarte de nuevo al colegio o traerte hasta aquí. Supuse que si algún profesor te veía, iba a llamar a tu mamá y no me pareció una buena idea. ¿Cómo estás?

Él tenía razón, lo último que quería en esos momentos era ver a mi madre.

—Me duele la mano y tengo hambre. No como desde ayer a la tarde y me debe haber bajado la presión —confesé.

—¿Te llevo a tu casa?

Mi expresión lo hizo cambiar de opinión.

—¿Querés venir a comer a la mía?

—¿No hay problema de que vaya?

Sabía que era pronto para conocer a su familia, pero deseaba demorar todo el tiempo posible el regreso a mi hogar. Tendría que enfrentar a mi madre tarde o temprano, pero prefería hacerlo una vez que me sintiera mejor.

—¿Te podés levantar? Puedo cargarte —se ofreció.

—Sí, sí. Estoy bien —me apresuré a decir avergonzada.

Guardó las hojas con las que me había estado abanicando en mi mochila y me ayudó a ponerme de pie. Era adorable la forma en la que se preocupaba por mí.

Gonzalo condujo por aproximadamente unos veinte minutos y estacionó frente a un cuartel de policía. Luego dijo:

—Acá dejo el auto. Tenemos que ir a pie unas cuantas cuadras.

Cuando bajamos del vehículo, él lo rodeó y llegó a mi encuentro. Me tomó de la mano y comenzó a guiarme a través de algunas callejuelas de lo que yo suponía que era una villa miseria. Había mucha pobreza. Yo nunca había entrado en un lugar así y jamás habría imaginado que la situación económica de Gonzalo fuera tan dura. Me inundó una incómoda sensación de culpa por haberlo hecho sentir en la obligación de invitarme a almorzar.

—Vivo arriba. Espero que no tengas vértigo —dijo al llegar junto a una casita de ladrillo y chapa.

Se accedía al segundo piso a través de una escalera caracol colocada en el exterior que no me parecía demasiado sólida. Recordé que la noche de nuestro primer beso en el cumpleaños de Julián, Gonzalo me había preguntado si tenía miedo a las alturas y sonreí.

El interior de su hogar era humilde, pero estaba ordenado y se veía mucho mejor que el exterior de la vivienda. Entramos por la puerta que daba a una cocina pequeña y acogedora. Toda la decoración tenía tonos en color pastel, incluso la mesa y las sillas de madera estaban pintadas de un color turquesa que hacía que la casa pareciera sacada de un cuento de hadas.

—Sentate. Voy a ver qué puedo preparar —dijo.

—¿Sabés cocinar? —pregunté con incredulidad.

—Mi abuela me enseñó antes de… Bueno, aprendí algunas recetas cuando era chico.

Mientras él sacaba una cacerola celeste de la encimera de la cocina, lo abracé por la espalda. Estaba segura de que su abuela había sido muy importante en su vida y que la había perdido.

—Gracias por todo lo que estás haciendo por mí. ¿Querés que te ayude en algo? —dije y luego lo solté.

—No, tranquila. Sentate nomás. Voy a hacer unos tallarines con salsa. Espero que salgan ricos.

Fui a sentarme y le pregunté:

—¿Tu mamá va a comer con nosotros?

—No creo. No viene todos los días, y ayer vino a traerme un poco de ron y a llevarse algo de plata.

—¡¿Vivís solo?! —exclamé sorprendida.

—Sí, pero no por elección.

Contuve el impulso de correr a abrazarlo otra vez.

—¿Dijiste que te trajo ron?

—Sí, no te dije, pero tengo un pequeño emprendimiento fabricando licores y para hacerlos necesito usar ron. Ella lo saca de su trabajo en el club. Si querés, pasá a la pieza a ver las botellas que tengo preparadas para entregar el fin de semana.

Aún me faltaban conocer muchas cosas de la vida de Gonzalo y sentía que quería descubrir cada detalle. En ese momento supe que lo amaba. Me parecía increíble que siendo tan joven hubiera salido adelante con su propio negocio y logrado apañárselas solo.

Fui a la otra habitación de la vivienda. Era evidente que algunas veces compartía el cuarto con su madre y estaba bien delimitada la mitad que le correspondía a cada uno. La de Gonzalo estaba empapelada con pósters de bandas de música a las que yo no conocía y tenía un edredón de color negro. Aquel era el único lugar oscuro en toda la casa y contrastaba con el resto de la decoración. Contra la pared, sobre un pequeño escritorio, vi una decena de botellas de licor sin etiquetar que tenían diferentes colores.

La mitad que le correspondía a su madre, en cambio, estaba pintada de rosa pálido y en su cama había varios almohadones con plumas y lentejuelas. Un tocador con luces alrededor del espejo ocupaba casi todo el espacio y cuando me acerqué a él, descubrí una gran variedad de brochas y maquillajes, pero lo que más llamó mi atención fue una fotografía pegada en el espejo, era Gonzalo de pequeño besando en la mejilla a una hermosa adolescente con cabello rubio que supuse que debía ser su madre.

Para separar las camas habían colocado un par de vestidores abiertos. Gonzalo no tenía demasiada ropa. Destacaban algunas chaquetas, un par de jeans gastados y unas cuantas remeras negras.

Al observar las prendas colgadas en el otro vestidor pude notar que la madre de Gonzalo debía ser más o menos de mi talla. Su ropa podría haberme quedado, pero yo jamás me hubiera atrevido a usar prendas tan provocativas. Me sonrojé al encontrar conjuntos eróticos y algunos disfraces como el de enfermera y el de colegiala.

—¡Ya está la comida! —gritó Gonzalo desde la cocina.

Me sobresalté al escuchar su voz y me aparté del vestidor lo más rápido que me fue posible. No quería que me encontrase revisando la ropa íntima de su madre.

—¿Qué te pareció lo que viste? —me preguntó mientras me servía una generosa porción de tallarines.

Mi corazón se detuvo por un instante. Por suerte agregó:

—Estaba pensando en pintar algo en las botellas como un logo o algo así. Aunque soy malísimo dibujando.

Recordé que podía respirar. Se refería a los licores.

—Están geniales. Es una buena idea la de crear tu propia marca. Si querés, puedo ayudarte dibujando algo —propuse.

No era una experta, pero recordé su dibujo en la clase de arte y, sin lugar a dudas, tenía mucho más talento que él.

—Sí. ¡Eso sería genial! Después voy a abrir una botella así la probás, pero primero tenés que tener algo en el estómago porque sino te va a caer mal y, por el momento, no tengo pensado emborracharte —dijo burlón y luego me apremió con tono paternal—. Ahora comé que se te enfría.

Yo no bebía alcohol. Nunca le había encontrado sentido a emborracharme y hacer cosas que después no iba a recordar ni deseaba sentirme mal al

día siguiente. Sin embargo, no quería despreciar su esfuerzo y parecía muy ilusionado en que probara el licor que él había hecho.

Capítulo 10

Capítulo 9

Después del delicioso almuerzo que Gonzalo había preparado, me insistió en que probara el licor de dulce de leche que, según él, era su especialidad. No pude decirle que no me apetecía y acepté su invitación. No quería negarme después de todo lo que había hecho por mí.

—No me sirvas demasiado. No estoy acostumbrada a beber —advertí.

—No te preocupes.

Dejó los platos en el fregadero y sacó del aparador dos pocillos de café que, podría apostar, habían pertenecido a su abuela. Sonreí cuando Gonzalo me alcanzó uno y lo examiné sosteniéndolo por el asa ornamentada. Era una tacita de porcelana china de lo más adorable con los bordes dorados y unos patitos pintados a mano.

—No te burles. Es lo que hay —me advirtió, aunque yo no pensaba burlarme, más bien me inspiraba ternura.

—Enseguida vuelvo.

Corrió hacia la habitación y regresó con una botella de color caramelo. Me sirvió una medida pequeña del contenido que alcanzó a llenar menos de la mitad de la taza y luego sirvió la suya casi hasta el borde.

Esperaba no hacer muecas desagradables y que él no se ofendiera si no podía evitar arrugar la nariz. Había probado bebidas alcohólicas antes, como cerveza y whisky en alguna fiesta de Navidad, y me habían parecido amargas y repulsivas. Sin embargo, al probar el producto de Gonzalo me encontré saboreando algo completamente diferente. Era dulce y cremoso, tenía la consistencia de una chocolatada, pero con sabor a dulce de leche y un leve dejo alcohólico.

—Mmh, está muy rico —dije sincera y vacié la tacita en mi segundo trago.

Gonzalo también terminó el suyo y luego se rio negando con la cabeza.

—Tenés bigotes de licor —se burló.

Me apresuré a limpiarme con los dedos, pero creo que hice un pésimo trabajo porque él continuó riendo durante algunos segundos. Luego se

acercó a mí y me besó con ternura.

—Si querés, podemos ver la tele un rato —sugirió.

—Sí, como vos prefieras.

Encendió un pequeño televisor de tubo que estaba sobre una mesita ratona y debajo de una maceta con flores artificiales de la que sobresalía una antena en forma de V. Juntó su silla a la mía y me rodeó con un brazo. Me encantaba estar así, tan cerca suyo. Apoyé la cabeza en su hombro y cerré los ojos mientras él se reía con los dibujos animados que daban en la televisión de aire.

—¿Estás dormida? —susurró.

Me separé apenas y me cubrí la boca para bostezar. No había dormido esa noche y sentía que había vivido más cosas en esas 24 horas que en toda mi vida.

No estaba dormida, pero dejé que me cargara. Me abracé a su cuello hasta que me depositó suavemente sobre su cama.

—¡Qué descanses, hermosa! Antes de la noche te voy a llevar a tu casa, ¿sí? —preguntó incorporándose.

Lo tomé de la mano, no quería que me dejara sola.

—No te vayas —pedí y dejé un espacio para que él pudiera recostarse junto a mí.

Vaciló durante un segundo, pero al ver que no soltaba su mano, se acomodó a mi lado. Me abrazó y me sumergí en un sueño profundo. No tuve sueños ni pesadillas, pero tenía la paz de quien se siente querida.

—Maya —dijo con la voz suave.

—Hola —lo saludé con los ojos entrecerrados.

Sentía los párpados pesados y aún me dolía el cuerpo por los golpes que había sufrido durante mi desvanecimiento a la salida de la escuela.

—Tengo que llevarte a tu casa. No quiero que vuelvas a tener problemas por mi culpa.

—Quiero quedarme —me quejé e intenté hacer un puchero adorable.

—¡Vamos! No podés quedarte para siempre. Este no es lugar para una chica como vos —dijo firme y se levantó tan bruscamente que me hice

daño al rodar hacia el colchón.

—¡Ay! —me quejé.

Nunca había dicho nada sobre quedarme para siempre, yo solo quería retrasar un poco el inevitable encuentro con mi madre. Me dolía pensar que pudiera sentirse avergonzado de su hogar que en ese momento me parecía el lugar más acogedor del mundo.

—¡Dale! ¡Ya te dije que te tengo que llevar antes de que anochezca! ¡¿Querés que te vuelvan a castigar y que no podamos salir nunca más?! —dijo serio y jaló con tanta fuerza de mi brazo que me puso de pie.

Cuando me soltó, me froté la muñeca que me dolía.

Me hubiera gustado peinarme y arreglarme un poco antes de salir, pero Gonzalo tenía mucha prisa y no quería hacerlo enojar. Ya había hecho demasiado por mí y lo cierto era que yo tampoco quería recibir otro castigo. Me urgía la necesidad de pasar fuera de mi casa el mayor tiempo posible.

Al salir, no pude evitar pensar que me alegraba que fuera de día. Estaba segura de que su barrio podría tornarse peligroso en la oscuridad. Un perro flaco nos acompañó parte del camino y cuando se dio cuenta de que no teníamos comida para darle nos abandonó.

Gonzalo iba rápido y sin conversar. No tomó mi mano ni me abrazó en todo el trayecto. Me pregunté si estaría enojado porque me había quedado dormida toda la tarde y casi no le había prestado atención, mientras que él había cocinado para mí y me había cuidado de forma tan dulce.

—Perdón por dormir toda la tarde. Es que no pude pegar un ojo en toda la noche —dije cansada de su silencio una vez que nos acomodamos en el auto.

—Me hubiera gustado hacer algo más con vos esta tarde —soltó serio mientras ponía el auto en marcha.

—Vamos, no te enojes, por favor. Te prometo que te voy a compensar —insistí y lo besé en la mejilla.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo vas a hacer eso? —preguntó de mejor humor y colocó su mano en mi rodilla.

—Mmh, ¿qué te parece si te dejo volver a cocinar unas ricas pastas? —bromeé.

—¡Mala respuesta! —me retó golpeándome con los dedos en la rodilla.

—Ya sé, ya sé… Pero, es que no se me ocurre cómo. No me gusta que estés enojado conmigo —agregué picándole con un dedo en la costilla.

Me agarró la mano.

—¡Tené más cuidado! ¿No ves que estoy manejando? Podríamos tener un accidente.

Me quejé, porque tenía la uña rota y me sostenía con fuerza. Me soltó.

—Perdón, no me di cuenta —dije.

Llegamos a mi casa antes de lo que hubiera querido. Gonzalo estacionó en la entrada y me besó en los labios. Cuando me incliné para bajar del auto me dio una nalgada. Se estaba volviendo costumbre y debo admitir que no me disgustaba del todo.

Esperó hasta que abriera la puerta de mi casa y luego se marchó. Era evidente lo mucho que se preocupaba por mí.

Me miré en el espejo del recibidor y me di cuenta de que tenía un aspecto terrible. Mi cabello estaba enmarañado y tenía el maquillaje corrido. Aún no entendía qué veía Gonzalo en mí, pudiendo salir con chicas hermosas y despampanantes como Karen.

Busqué a mi madre, pero no la encontré. Había dejado una nota sostenida con un imán en la puerta del freezer:

Me voy a la peluquería. Te dejé pizza en la heladera. Si tenés hambre, calentala.

Era lo más impersonal y frío que mi madre me había escrito. No firmaba con un “te quiero” ni con un simple “besos”. Tampoco decía cuándo regresaría. Era posible que ella también deseara demorar nuestro encuentro lo máximo posible. La entendía, no había razón por la que pudiera desear ver a la chiquilla que la forzó a confesar su infidelidad y a destruir su matrimonio.

Decidí tomar un baño para estar presentable cuando mi madre regresara. Al quitarme la ropa vi que se me habían formado moretones en los brazos y en las piernas, producto tanto de mi desmayo como de las personas descuidadas que se habían tropezado conmigo. Por otro lado, las líneas rojas alrededor de mi muñeca habían sido causadas por Gonzalo, de eso estaba segura.

Capítulo 11

Capítulo 10

Mi madre llegó poco después del atardecer. Yo la esperaba recostada en el sillón haciendo zapping sin mucho interés en encontrar algo.

—Hola —la saludé con cautela y apagué la televisión.

Cuando me incorporé, me encontré con una versión rubia de mi madre. No solo se había teñido, sino que también se había colocado extensiones de cabello que le llegaban casi hasta la cintura. Debo admitir que no le quedaba mal, pero no me parecía correcto que gastara dinero en ese tipo de cosas, cuando nuestro futuro económico resultaba tan incierto.

—Hola —respondió sin más.

Me estaba evaluando, igual que yo a ella.

—Me gusta tu nuevo estilo —dije para romper la tensión.

Mi táctica funcionó y noté cómo se relajaban sus hombros.

—¡Gracias! Me lo hizo Rosa, ¿te acordás de Rosa?

Negué con la cabeza.

—Mi amiga de la peluquería.

No recordaba a ninguna amiga de mi madre que fuera peluquera, pero dije:

—Ah, sí.

—Bueno, estuve hablando mucho con ella y aunque hasta hoy a la mañana pensé que era el fin del mundo, me ayudó a darme cuenta de que lo que pasó fue lo que tenía que pasar. Soy una mujer fuerte, joven e inteligente y no me puedo pasar la vida encerrada en casa para servir a alguien que no me valora.

Me mordí la lengua para no empezar una pelea. Continuó hablando de lo mucho que había aprendido en su “sesión de terapia” con la peluquera:

—Mañana mismo voy a volver a trabajar, me voy a apuntar en el gimnasio y si Gerardo no quiere armar una vida conmigo, no me importa, porque

voy a encontrar a alguien que se dé cuenta de la mujer que soy…

—¿Gerardo? —interrumpí, porque mi papá se llamaba Sergio.

—Sí, mi profesor de yoga. Después de todo lo que pasamos, ahora me viene a decir que no puede dejar a la bruja de su esposa por mí… En fin, ¡él se lo pierde!

Respiré hondo, no quería pelear con ella, pero me lo estaba poniendo muy difícil.

—¿De qué vas a trabajar?

—¿No es obvio? De lo que trabajé toda mi vida, hasta que naciste vos y tuve que cuidarte y ocuparme de la casa.

No era la primera vez que me echaba en cara que había abandonado su trabajo de manicura por mi culpa.

—¿Tenés alguna idea de dónde vas a trabajar?

—Sí, y eso es lo mejor. Rosa me dijo que puedo poner mi puesto de manicura en su local. Solo me falta comprar algunos esmaltes y una buena lámpara. Voy a ver si tu papá me puede pasar algo de plata para empezar con el proyecto. Y si no, ya lo pensamos con Rosa, ella leyó un libro de reiki y me lo prestó, así que podría aprender y hacer terapia alternativa en una habitación que tiene detrás del negocio —comenzó a decir con entusiasmo, pero de repente se puso a llorar.

Me acerqué a ella y me abrazó con fuerza.

—Seguro te va a ir genial. No te preocupes —intenté consolarla.

—¡Ay, nena! ¿Qué vamos a hacer? No sé cómo estar sola… Lo extraño —dijo sollozando.

—¿A papá o al pelado?

—Sí —dijo, sin responder realmente a mi pregunta, y volvió a llorar.

—Bueno, pero vos misma dijiste que sos una mujer fuerte y vas a estar bien. Además, el reiki está de moda, seguro que las clientas de Rosa se prenden un montón —intenté consolarla.

—¡Eso dijo Rosa!, pero ¿qué sabe Rosa?

—Seguro que habla con un montón de mujeres todos los días. Ella debe saber de esas cosas. Además, te dio un espacio en su local, si no confiara

en que lo vas a lograr, no se hubiera arriesgado —dije sin entender por qué había llegado a la situación de tener que validar a la peluquera.

Mi mamá podría no ser la mejor madre del mundo, pero no quería verla mal.

—¿Vamos a estar bien, chiquita? —preguntó poniéndome la mano en la mejilla y mirándome a los ojos.

—Estoy segura de que va a salir todo bien —mentí.

Tenía miedo por nuestro futuro. Ninguno de los dos me parecían negocios viables, ya que los esmaltes y la lámpara eran caros y nunca había visto a mi madre leyendo un libro en su vida. Me preguntaba si mi padre estaría dispuesto a invertir dinero en la mujer que acababa de romperle el corazón.

—Sí, vamos a estar bien —aceptó intentando con poco éxito sonar convencida y cambió de tema—. Tenés el pelo hecho un desastre. ¿Me dejás peinarte?

Accedí a su petición. Ella no me cepillaba el cabello desde que iba a la escuela primaria, pero sabía que estaba intentando acercarse un poco más a mí y, aunque seguía enfadada, no quería rechazarla.

Fue a su habitación y regresó pocos minutos después con el maquillaje recién colocado y un cepillo de pelo en la mano.

—¿Qué tal tu día? ¿Saliste con tus amigas? —quiso saber.

Dudé un momento. No estaba segura si debía contarle o no sobre Gonzalo. Una parte de mí quería que la confianza entre las dos creciera, pero por otro lado, nunca habíamos sido tan cercanas y no estaba segura de hasta qué punto podía confiar en ella. Decidí arriesgarme.

—En realidad, salí con un chico.

—¿Un chico en plan amigos o algo más? —indagó concentrada en deshacer los nudos que se me habían formado en los bucles por tirarme en el sillón con el cabello mojado.

—Estamos saliendo —confesé.

—¿Es ese chico que te trajo tan tarde la otra vez?

Me mordí el labio, comenzaba a arrepentirme de haberle contado sobre él.

—Gonzalo es un buen chico, mamá.

—Mmh, no sé... ¿Por qué no le decís que venga a cenar mañana, así lo conozco?

—¡Ay, ma! Es que no sé si va a poder…

Era pronto para presentarlo en mi casa y no sabía cómo podría reaccionar él si lo invitaba.

—Si te quiere para una relación seria y es un buen chico como vos decís, entonces no va a tener ningún problema —dijo mi madre cortante.

—Bueno, mañana lo voy a invitar.

La primera impresión que mi padre había tenido de Gonzalo había sido terrible. Esperaba que con mi madre pudiera empezar con el pie derecho. Era una de las pocas ventajas de que mi papá se hubiera ido, por lo menos, podía llevar a cenar a mi novio sin miedo a que lo asesinaran.

—¿Cómo anda esa amiga tuya? ¿Lola… Loreley? ¿Cómo era que se llamaba?

—¿Lorena?

—Sí, esa… ¿Te sigue haciendo la tarea?

—Está bien, creo… La última tarea la hice yo y sumé su nombre.

—¡No te lo puedo creer! ¿Qué nota sacaron?

—Un seis.

—Mejor la próxima dejala a ella. Después de todo saliste a mí. Bonita, pero no demasiado buena en los estudios. ¿Qué tal Gonzalo? ¿Es de buena familia?

Decidí que era mejor no mencionar que mi novio vivía en un barrio humilde y que su madre tenía un trabajo de dudosa reputación. Así que dije:

—Es empresario. Bueno, tiene un emprendimiento. Está por lanzar su propia marca de licores.

Las verdades a medias no eran mentiras, pero en ocasiones resultaban

igual de convenientes.

—¡Wow! ¡Eso es genial, nena! No lo dejes escapar.

Me dio un beso en la mejilla y se fue a la cocina a preparar la cena. Temía que después de conocer a mi madre, Gonzalo realmente quisiera escapar.

Capítulo 12

Capítulo 11

Antes de salir hacia la escuela, como si hubiera forma de que pudiera olvidarlo, mi madre me recordó:

—Voy a ir después del trabajo al supermercado para comprar algo rico. No te olvides de decirle a Gonzalo que venga a cenar.

Había pasado la noche dándole vueltas al asunto. Tenía miedo de que él no aceptara la invitación, pero me daba pánico que conociese a mi madre y asumiera que en el futuro me podría convertir en una persona como ella.

—Sí, mamá. Le voy a decir, no te preocupes —prometí.

Aunque esa mañana pasé los dos recreos conversando con Gonzalo, Karen y Julián, no me atreví a hablar acerca de la invitación de mi madre. Tenía miedo de que me rechazara y no hubiera sido capaz de soportar un desplante delante de los chicos.

Recién cuando nos despedimos de sus amigos, después de clases, decidí que era momento de abordar el tema. Si no lo hacía en ese instante, perdería cualquier oportunidad de hacerlo, lo que sería sinónimo de un escándalo por parte de mi madre. Quizás podría mentir y decirle que su madre era muy estricta como para dejarlo salir los días de semana.

—¿Vas a hacer algo esta noche? —pregunté al ver que sacaba del bolsillo las llaves de su coche listo para irse.

—¿Por qué? —quiso saber con un dejo de picardía en la voz.

—Es que mi madre quiere que cenemos los tres juntos, así te conoce. ¿Te parece si venís tipo siete a casa? —dije rápido y sin respirar.

—¿Qué? ¿Por qué?

Su expresión había cambiado por completo. Parecía enojado o quizás asustado por la idea.

—Nada, es que quiere conocerte.

—¿Y a mí, por qué? Creo que si presentás a alguien en tu casa, debería ser alguien con quien salgas hace tiempo o con quien tengas una relación

formal. No sé qué pinto yo en todo ese asunto.

Sus palabras fueron como un hierro al rojo vivo atravesando mi corazón.

—Entonces, ¿no tenemos una relación?

No tengo idea de dónde saqué las fuerzas para pronunciar esas palabras. Todo en lo que había creído hasta ese momento se había esfumado. Me sentía como una completa idiota por haber creido que me quería de la misma forma que yo a él.

—Nunca hablamos de tener una relación —dijo serio.

Sentí como pisoteaba los trocitos de nada en los que me había convertido.

—¿Todo lo que vivimos no fue nada para vos?

Bajé la vista y pude ver como una de mis lágrimas caía al suelo.

—Yo no dije eso —respondió.

—¿Entonces?

—¿Entonces qué? Nos estamos conociendo. Eso no quiere decir que ya seamos novios o algo así.

"Nada serio", me había dicho Karen. Yo no era más de lo que ella había significado para él. Quizás menos, porque ellos aún eran amigos. En cambio, nosotros no éramos nada, solo nos estábamos conociendo. Me pregunté si le habría roto el corazón a ella de la misma forma que me lo acababa de romper a mí.

—Tengo que irme —concluí.

Crucé la calle sin mirar atrás. Pestañaba rápido para disimular mis lágrimas. Una parte de mí deseaba que él corriera a detenerme, pero sabía que eso no sucedería.

Lo había apresurado todo. Acababa de perder algo que nunca había llegado a empezar. Quería desaparecer y que todo a mi alrededor desapareciera conmigo.

Durante el viaje a casa lloré al recordar los hermosos momentos que había vivido con quien hasta entonces pensaba que sería el amor de mi vida. Evidentemente él no sentía lo mismo por mí. Me sentía la cosa más

insignificante del mundo.

Era consciente de que los pasajeros del colectivo me estaban mirando e incluso una anciana me preguntó si me encontraba bien. Acabé por bajarme varias paradas antes y tuve que caminar el resto del trayecto. Si las personas recibiesen premios a la ingenuidad, me los hubiera llevado todos.

Mi madre no estaba en casa, pero me había dejado una milanesa en la heladera. No tenía hambre y prefería no tener que darle explicaciones por mi lamentable estado de ánimo. Sabía que diría algo así como que ella tenía razón y que Gonzalo no me quería para una relación seria.

Cuando se me acabaron las lágrimas, llamé por teléfono a mi papá. Necesitaba sentirme querida, pero me respondió una voz que decía:

—El número que usted ha marcado se encuentra temporalmente fuera de servicio.

Solté un improperio y arrojé el celular sobre la cama.

Llené la bañera con agua caliente y me sumergí allí hasta que se enfrió. No sabía cómo decirle a mi madre que Gonzalo no vendría. La verdad dolía demasiado y no sería capaz de pronunciarla en voz alta sin quebrarme.

Poco después del atardecer, alguien tocó el timbre. Pensé en ignorarlo, pero insistieron tanto que supuse que algún vecino tenía una emergencia o que mi madre había perdido las llaves.

—¿Quién es? —pregunté desanimada.

—Gonzalo.

Creo que morí de pie y reviví en menos de un segundo. Abrí la puerta temiendo que mis sentidos me estuvieran engañando. Era él. Tenía el cabello mojado con el flequillo peinado hacia un lado y llevaba en la mano una botella de un licor de dulce de leche, que él mismo había preparado.

—No pensé que fueras a venir —confesé.

—¿Puedo pasar?

—Sí, claro.

Di un paso hacia atrás y él ingresó a mi sala.

—¿Dónde dejo esto? —preguntó sacudiendo la botella.

—En la mesa está bien… ¿Qué te hizo cambiar de idea?

—Bueno… Me pareció que era importante para vos que conociera a tu mamá —dijo mientras me seguía hasta la mesa y apoyó sobre ella el licor.

Nos sentamos enfrentados y él extendió la mano para que yo la tomara. Lo miré a los ojos, el golpe que le habían dado ya casi había desaparecido de su rostro. Pensé que era el chico más guapo que hubiera conocido.

—Dijiste que no somos nada y que solo nos estábamos conociendo. ¿Por qué te preocupa entonces lo que es importante para mí? —pregunté dolida.

—Eso es verdad, recién nos estamos conociendo, pero eso no significa que no me importes. Solo no le encuentro sentido a apresurar tanto las cosas.

Una lágrima escurridiza recorrió mi mejilla y terminó en mis labios.

—Yo quiero estar con vos —dije y me mordí el labio.

—Y yo también quiero estar con vos. Sos lo único bonito que me pasó en mucho tiempo, pero no creo que estés lista para tener una relación conmigo.

No entendía, por qué venía hasta mi casa arreglado como para impresionar a mi madre si lo que iba a hacer después era terminar conmigo.

—No me dejes —rogué y me sentí patética apenas lo hice.

—Somos de mundos muy diferentes. No te conviene estar conmigo —dijo, soltó mi mano y bajó la mirada.

Me puse de pie y rodeé la mesa. Me arrodillé en el suelo junto a él y noté que tenía los ojos enrojecidos.

—Danos una oportunidad y hagamos que esto funcione. Te quiero, como nunca antes quise a nadie. Me gustaría que demos el siguiente paso en nuestra relación.

Enredó sus dedos en mi pelo, se inclinó y me besó con pasión. Nos separamos por falta de aire y me levantó sin dificultad haciendo que me acomodase a horcajadas sobre sus piernas. Podía sentir lo mucho que me

deseaba. Yo también lo deseaba.

Si en ese momento no hubiéramos escuchado el ruido de las llaves en la puerta de entrada, no sé hasta dónde hubiésemos sido capaces de llegar. Me separé sonrojada y corrí al baño antes de que mi madre entrara a la sala. Odiaba dejar que se conociesen sin mí, pero si ella me hubiera visto así, yo no hubiese sabido darle explicaciones.

Capítulo 13

Capítulo 12

Sentía que estar con Gonzalo era como hundirme en el más profundo abismo para después elevarme al cielo a su lado. Me enjuagué la cara, no quería que mi madre se diera cuenta de que había estado llorando y me tomé unos segundos para respirar mirándome al espejo. Necesitaba calmarme antes de salir del baño porque aún sentía la adrenalina en mi cuerpo.

Cuando regresé al comedor, vi las bolsas de las compras sobre la mesa y a mi madre examinando la botella que Gonzalo acababa de darle.

—¡Hola, ma! —la saludé.

—Hola, nena. ¿Qué tal tu día?

No pensaba mencionar que había sido una de las peores tardes de mi vida, así que ignoré la pregunta y los presenté:

—Ma, él es Gonzalo. Gonzalo, ella es Sonia, mi mamá.

—Sí, pero si ya lo conocí recién. Es un encanto. Vamos a tener que probar esto porque se ve exquisito —comentó apoyando la botella de licor sobre la mesa.

No sé qué le habría dicho Gonzalo, pero fuera lo que fuese, mi madre parecía encantada con él. Estaba segura de que si mi padre hubiera estado en casa, no habría sido tan sencillo para Gonzalo impresionarlos.

Me senté junto a él, que me dio unas palmaditas en la pierna para tranquilizarme mientras mi madre hurgaba dentro del aparador.

—¡Acá las tengo! —dijo ella y repartió las copas que solíamos reservar para las fiestas u ocasiones especiales.

Le sonreí a mi madre. Me emocionaba la idea de que considerara el conocer a Gonzalo como una ocasión especial. Cuando ella me sirvió una gran cantidad de licor, sentí por primera vez que ya no me veía como a una niña.

—¡Qué sean muy felices! ¡Chin chin! —agregó.

Los tres chocamos nuestras copas y bebimos. Cerré los ojos disfrutando del dulzor que inundaba mi boca y una leve presión en el brazo me indicó que estaba bebiendo demasiado rápido. Gonzalo me miraba con cautela, mientras que mi madre casi había vaciado su copa.

—¡Bueno, va a ser mejor que me ponga a preparar la comida!

—¿La ayudo en algo, Sonia?

Debo admitir que mi chico podía ser un auténtico caballero cuando se lo proponía.

—No, tesoro. Ya te dije que me tutees.

—Perdón, Sonia.

Mi mamá caminó hacia él y le pellizcó la mejilla. Cuando se fue a la cocina noté que le había dejado la piel roja allí donde había presionado. Sentí que me moría de la vergüenza y dije:

—Perdón.

Él me tomó de la mano y la acarició con su pulgar. Entonces, dijo algo que casi provocó que tirase la copa que estaba apoyada sobre la mesa:

—Ojalá no nos hubiera interrumpido. Te hubiera hecho mía sobre esta mesa. Sin importar nada.

—Maya, tené cuidado porque me parece que el alcohol se te está subiendo a las mejillas —comentó mi madre al salir de la cocina para dejar una jarra con agua en la mesa e ir a buscar algo.

Gonzalo soltó una risa silenciosa mientras ella sacaba una fuente del aparador.

Me preocupaba que él hubiera interpretado de forma errónea mi propuesta de dar el siguiente paso en nuestra relación. Yo quería ser su novia, era lo que más deseaba, pero no estaba segura de querer avanzar tan rápido en cuanto a nuestra intimidad. Era posible que hubiera despertado un deseo en él que no creía poder saciar, al menos no por ahora.

Bebí un largo trago intentando hallar claridad en el torbellino de pensamientos que sacudía mi mente en ese momento.

—¡Maya! —me retó en voz baja.

Lo ignoré y bebí un poco más.

—¿Qué hacés? —parecía enojado.

—¿Qué pasa? —me quejé.

La habitación comenzaba a moverse de forma inusual.

—¿Me estás cargando? ¿Estás tratando de emborracharte mientras está tu mamá en la casa? Vos misma me dijiste que no estás acostumbrada a beber. No vas a tomar más alcohol esta noche o si no…

—¿O si no qué? —respondí desafiante.

Me agarró la muñeca con fuerza. Intenté safarme de su agarre, pero no pude.

—Me estás lastimando —me quejé.

Me soltó y dijo en voz baja, pero sin dejar lugar a réplicas:

—Vas a tomar agua.

Vació mi copa en la suya y me sirvió agua fresca de la jarra que había traído mi madre algunos minutos atrás.

Lo miré con los ojos entrecerrados. Su mirada se mantenía firme y opté por obedecerlo. Me sentía mareada y no quería acabar haciendo el ridículo durante la cena.

Cuando terminé de beber y apoyé la copa sobre la mesa, me acarició la parte interior del muslo y su contacto me produjo un cosquilleo que recorrió todo mi cuerpo.

Mi madre regresó con una bandeja de supremas de pollo con limón en una mano y una con papas fritas en la otra. La ayudé a poner la mesa.

Estaba enfadada con Gonzalo, porque me había lastimado y me había tratado como si no fuera más que una chiquilla a la que había que educar para que aprenda a comportarse. Sin embargo, procuré que no se notara mientras cenábamos. Él estaba siendo todo un encanto con mi madre y después de varios tragos, ella lo adoraba.

Mi madre bostezó sin poder disimular lo cansada que estaba y Gonzalo dijo:

—Es tarde y mañana tenemos que ir a clases. Es mejor que me vaya.

Gracias por todo Sonia, lo pasé muy bien y la comida estuvo deliciosa.

—¿Viniste con el auto? —quiso saber.

—Sí.

—No voy a dejar que te vayas manejando, si tomaste. Sería una imprudencia. Mejor quedate esta noche en el sofá.

Definitivamente mi madre debía estar borracha, porque en otras circunstancias lo más probable era que no hubiera permitido que un chico se quedara a dormir bajo el mismo techo que yo.

—¿No hay problema si me quedo? ¿Segura? —le preguntó.

Ninguno había pedido mi opinión, aunque posiblemente tampoco hubiera optado por arriesgar la vida de Gonzalo enviándolo a conducir bajo los efectos del alcohol. Sin embargo, sabía que si se quedaba a dormir en mi casa, aunque oficialmente le fuera asignado el sofá, acabaría por encontrar la forma de escabullirse a mi habitación. Esa idea me asustaba y me atraía en partes iguales.

Ayudé a preparar el sofá para que estuviera cómodo, aunque los dos sabíamos que aquello no era más que una fachada. Me recosté segura de que en cuanto mi madre se durmiese, él abriría despacio la puerta de mi cuarto y se acostaría bajo mis sábanas.

Me puse mi mejor pijama y me recosté sin sueño. Lo imaginé esperando el momento más adecuado para levantarse en el silencio de la noche. Esperándolo, lo pensé imaginándome.

Tenía que abrir muy despacio la puerta de mi habitación y así lo hizo.

Capítulo 14

Capítulo 13

El colchón se hundió bajo su peso y sus brazos firmes rodearon mi cintura. Lo sentía pegado a mi espalda y el calor de su cuerpo me envolvía por completo. Aparté el cabello de mi cuello para que sus labios pudieran tener acceso a él. Cerré los ojos disfrutando de sus besos, pero en cuanto percibí que sus caricias podían llegar a volverse peligrosas, intercepté su mano y la coloqué de nuevo sobre mi ombligo.

—Así, no —susurré.

—¿Qué pasa, Maya? ¿No te gusta?

—No es eso —me apresuré a decir.

—Entonces, ¿qué?

Podía sentir la forma en la que me deseaba. Yo me sentía igual, pero no era el momento ni el lugar para dar un salto tan grande. Además, seguía enfadada con él porque me había hecho daño y no me gustó la forma en la que me había tratado.

—Está mi madre en casa.

—No va a escucharnos —prometió.

—Hoy me lastimaste la muñeca —intenté desviar el tema de conversación, pero insistía con las caricias y no sabía hasta qué punto sería capaz de rechazarlo.

—¿De verdad?

—Sí, mirá —dije estirando mi mano para encender el velador.

La luz me hizo cerrar los ojos y al abrirlos vi que él se había llevado el brazo a los suyos para protegerse. Me arrodillé y le enseñé las marcas que me había hecho.

Tomó mi muñeca para examinar mis moretones y luego los recorrió suavemente con los labios. Su contacto me hizo estremecer.

—No me di cuenta de que eras tan frágil. Intentaré tener más cuidado la próxima vez —se excusó mirándome a los ojos con mi mano apoyada en

su cara.

No se había disculpado, pero parecía arrepentido.

—No me gustó la forma en la que me trataste —admití.

—No quería que bebieras de más. Si querés, podemos ir a mi casa mañana después de clases y probamos tu tolerancia con el alcohol, pero no me parecía prudente que lo hicieras delante de tu madre. Además, te hubiera dado sueño y prefiero tenerte despierta para mí esta noche.

Otra vez intentaba llevar la conversación hacia su terreno.

—No, no quiero embriagarme. Es solo que no me gustó tu actitud. Me dio miedo y me lastimaste.

—¿Te duele mucho? —quiso saber mientras frotaba mi muñeca con suavidad.

—No mucho —reconocí.

Se sentó en la cama y apoyó la espalda contra la pared. Me atrajo hacia él para besarme, pero al sentir sus manos bajando por mi espalda me separé.

—Vamos, confiá en mí. Te va a gustar —insistió.

—Hoy no —dije firme, aunque una parte mía no quería detenerlo.

—Entiendo, no estás lista para tener una relación seria. En el fondo no sos más que una niña —concluyó decepcionado y se levantó de la cama.

—Esperá, no te vayas —lo detuve y tomé su mano.

No quería que pensara en mí de esa forma, pero no era el momento indicado. Necesitaba que me entendiera. Me preguntaba por qué todo tenía que ser tan difícil. En un momento estábamos bien y al instante, mi mundo comenzaba desmoronarse.

—¿Qué pasa, Maya? —preguntó reflejando la frustración que sentía en la voz.

—Quiero estar con vos, pero no puedo hacer lo que querés. Al menos no mientras mi madre está en la habitación de al lado —expliqué.

—Bueno, te veo mañana —dijo con frialdad y se soltó.

—¿Estamos bien? —pronuncié en voz más alta de la que hubiera deseado, pero no podía dejar que se fuera sin más.

—Sí, Maya, estamos bien. Mañana hablamos —respondió cortante y salió de la habitación.

Dormí poco y mal, no dejaba de pensar en Gonzalo y en lo que habíamos vivido. Me preguntaba cómo hubiera sido todo si le permitía que continuase con sus caricias. Podría haber sido el mejor momento de nuestras vidas y quizás estaríamos mejor que nunca. En cambio, sentía que mis inseguridades lo habían alejado.

Él no era mucho mayor que yo, pero había tenido una vida complicada y ese tipo de cosas lo habían hecho madurar de golpe. Algunas de mis actitudes le parecían infantiles y eso me generaba una desagradable opresión en el pecho.

Me levanté antes de que sonara el despertador. Quería verlo, pero no lo encontré en la sala. Supuse que había abandonado la casa de madrugada. Si algo le pasaba por haber tenido que manejar borracho por mi culpa, jamás me lo perdonaría.

Marqué su número, pero tenía el teléfono apagado. Maldije por lo bajo, debía haberle insistido en que se quedara conmigo. Me hubiese gustado dormir abrazada a él.

—¡Buenos días! ¿Quieren desayunar? Oh… ¿ya se fue Gonzalo?

La voz de mi madre me sacó de mis pensamientos.

—Hola, mamá. Sí, quería cambiarse la ropa antes de entrar al colegio —improvisé, ya que no me apetecía contarle nada de lo que había ocurrido durante la noche.

—Es muy guapo, parece un actor de novela y el licor que prepara es una delicia. Además es amable y educado. Me encanta la pareja que hacen —dijo emocionada mientras se dirigía hacia la cocina.

No podía negar que era un muchacho precioso, pero comenzaba a darme cuenta de que había algo oscuro en su interior.

No fue al colegio aquel día y tampoco me atendió el teléfono cuando lo llamé durante el recreo. La línea de mi padre seguía teniendo problemas y tampoco pude comunicarme con él. La ausencia de los dos hombres que amaba me hacía sentir miedo y debajo de todo ese miedo estaba el vacío.

—Maya, ¿estás bien? —me preguntó Julián caminando hacia mí.

No lo había visto llegar. Karen iba a su lado y no tenía buena cara. Nuestra última conversación no había sido nada agradable.

—Bien. ¿Ustedes? —mentí.

—Estábamos pensando en ir después de clases al hospital para ver a Gonzalo. ¿Te gustaría acompañarnos? —preguntó Julián.

Sentí que el suelo desaparecía bajo mis pies. Gonzalo estaba en el hospital. Creo que si Julián no me hubiera tomado de los brazos en ese instante, me hubiese caído.

—Gonzalo está bien —explicó Karen.

Intenté preguntar qué le había pasado, pero se me enredaron las palabras, solo podía llorar.

—Ya te dije que está bien —repitió.

—Pero… Está en el hospital y es por mi culpa —articulé como pude.

—¡Dejá de sentirte el puto centro del mundo! ¡Ya te dije que Gonzalo está en perfectas condiciones! Su mamá es la que está internada —me gritó Karen.

Me calmé, pero aún sollozaba. Pensar en que podía estar internado después de un horrible accidente en coche, me hizo darme cuenta de que si lo hubiera perdido, yo hubiese muerto con él.

El timbre nos indicó que podíamos regresar a clases, pero los tres lo ignoramos.

Julián me dio un pañuelo de papel y lo usé para secarme las lágrimas.

—¿Estás bien? —preguntó él y yo asentí con la cabeza.

—¡No puedo creer lo escandalosa que podés llegar a ser, Maya! Entiendo que estés enamorada y todo, pero mi amigo te está haciendo mal a la cabeza —dijo Karen de forma mordaz mientras se acomodaba la bandana azul.

Lo más doloroso era la verdad tan cruda de sus palabras.

—¿Estará bien la madre de Gonzalo? —le pregunté a Julián que siempre se

había mostrado amable conmigo.

—No sé. Por lo que me dijo él, su vida pende de un hilo —respondió.

Necesitaba verlo, abrazarlo y decirle que estaría con él para acompañarlo sin importar qué sucediera. Sin embargo, no había contestado mis llamadas. Tal vez, no me quería a su lado.

Capítulo 15

Capítulo 14

Después de clases, tomé el colectivo junto con Julián y Karen. La idea era encontrarnos allí con Gonzalo y apoyarlo en lo que necesitara. Estaba agradecida con sus amigos por haberme invitado, pero tenía miedo de que él no me quisiese allí.

Karen iba sentada a mi lado junto a la ventanilla, mientras que Julián viajaba de pie sujetándose de la parte superior de mi asiento.

—¿Qué fue lo que le pasó a la madre de Gonzalo? ¿Por qué la internaron? —pregunté.

Ellos intercambiaron una mirada incómoda, pero no respondieron. No insistí. Al parecer era algo que solo Gonzalo tenía el derecho de contar. Tenía algunas ideas sobre qué podía haberle ocurrido y ninguna era buena. Me centré en no pensar en eso.

Bajamos una parada antes para poder pasar por el supermercado y, mientras esperaba a que Julián hiciera algunas compras, aproveché para avisarle a mi madre que había salido con unos amigos. Karen intercambiaba mensajes de texto, quizás con Gonzalo. A mí él no me había respondido ninguno de los míos.

—Gracias, pero no puedo pagarte —le dije a Julián cuando me entregó un sándwich y una gaseosa.

—No pasa nada —dijo y le pasó a Karen la bolsa para que tomara los suyos.

—¿No había sin azúcar? —preguntó ella abriendo su bebida.

—Me olvidé, perdón. Si querés vuelvo adentro y la cambio.

—No, dejá. Vamos rápido, que Gonza debe tener hambre —dijo Karen y bebió un trago.

La joven me generaba sensaciones encontradas. Por un lado, me alegraba que Gonzalo tuviera amigos que lo apoyaban y lo querían, pero por otro, ella era algo así como su exnovia y no podía sacarme la idea de la cabeza de que podía seguir habiendo algo entre ellos.

Comimos mientras caminábamos las tres cuadras que había hasta llegar al hospital. Una vez en la puerta, Julián se quitó el buzo y envolvió la gaseosa y el sándwich que había comprado para Gonzalo.

—No sé si se puede entrar con comida, no quiero arriesgarme a que nos hagan deshacernos de esto —explicó.

Antes de entrar, percibí aquel característico olor que tienen todos los hospitales y por algún motivo me estremecí. No podía quitarme la sensación de que algo malo iba a ocurrir. Esperaba estar equivocada.

Karen se acercó a la recepcionista que tenía los anteojos decorados con glitter y le preguntó:

—Hola, venimos a ver a Luz Aranda.

Gonzalo utilizaba el apellido de su madre.

—Solo están autorizados a ingresar los parientes. ¿Son familiares?

—Sí, somos sus sobrinos —mintió Karen con rapidez.

—Suban por el ascensor al tercer piso. Tienen que ir a la habitación 308, al ala de psiquiatría.

Me mordí el labio, quizás Gonzalo intentara mantenerme al margen porque se avergonzaba de que su madre tuviera problemas mentales.

Cuando llegamos a la habitación indicada, Julián llamó a la puerta. Me encontraba detrás de Karen cuando Gonzalo abrió, por lo que no reparó en mí enseguida y cuando lo hizo, volcó su rabia hacia Julián.

—¿Cómo se te ocurre traer a Maya?

—Pensé que te iba a alegrar verla —se excusó el muchacho dando un paso hacia atrás, por lo que tuve que correrme para que no me pisara.

—¡Quería mantenerla lejos de toda esta mierda! —expresó intentando controlar la voz y empujó el hombro de su amigo.

—¡Ya basta de actuar como un pendejo! Fue mi idea y si tenés algún problema lo arreglás conmigo —le espetó Karen dando un paso al frente.

Tanto Gonzalo como yo la miramos sorprendidos. Tenía el presentimiento de que solo intentaba cubrir a Julián.

—¿Por qué? —preguntó Gonzalo suavizando el tono.

—Porque si van a andar juntos, tiene que saber en lo que se está metiendo.

Mantuvieron la mirada durante algunos segundos hasta que Gonzalo aceptó su derrota. Se hizo a un lado para que pudiéramos entrar.

Su madre estaba recostada inconsciente con un montón de cables conectados que servían para monitorear su ritmo cardíaco. Le estaban suministrando suero y oxígeno, pero lo que más llamó mi atención fue que sus muñecas estaban atadas a la cama.

Me pregunté cómo aquella mujer que parecía tan frágil podía representar un peligro para alguien. Su nariz respingada me recordaba a la de Gonzalo, tenía el cabello rubio hasta los hombros y restos de maquillaje en el rostro que no disimulaban la enfermiza palidez de su piel.

—¿Qué fue esta vez? —preguntó Karen, con ternura.

Gonzalo bajó la mirada y ella colocó una mano sobre su hombro.

—Puede que otra sobredosis…

—¿Pero? —insistió ella.

—Dicen que puede haber intentado suicidarse.

Solo podía imaginar el dolor que debía estar experimentando Gonzalo en esos momentos. Pensé en mi padre y en que hacía tiempo que no daba señales de vida. Me pregunté si sería capaz de hacer una locura como esa por causa de la traición de mi madre.

Me acerqué a Gonzalo y él me miró. Karen retiró la mano de su hombro y me sentí como una intrusa interrumpiendo el momento tan íntimo que estaban teniendo.

—Te traje algo de comer —informó Julián.

Me sentí aliviada de que la tensión se diluyera.

—¡Gracias! ¡Muero de hambre!

Karen y yo nos sentamos junto a Gonzalo en la segunda cama de la habitación que permanecía vacía, mientras que Julián tomó asiento en una de las dos sillas.

—¿Cómo estás? —pregunté colocando una mano sobre la pierna de Gonzalo mientras él comía.

En cuanto las palabras salieron de mi boca, supe que era una pregunta estúpida.

—No sé… Se supone que debería estar triste y en parte sí, pero no es la primera vez que pasa. Es posible que se recupere e incluso que se limpie. La van a internar durante un tiempo, pero tarde o temprano siempre recae. La diferencia es que mi abuela ya no está y ahora es mi responsabilidad cuidarla, supongo —explicó apoyando lo que quedaba de su sándwich sobre una mesita de noche.

Se dejó caer hacia atrás en la cama con los ojos cerrados y yo tomé su mano.

—En este momento me siento peor por la ausencia de mi abuela que por el estado de mi propia madre. ¿Creen que algo está mal conmigo? —preguntó sin abrir los ojos.

—No, claro que no —dije.

—En mi opinión, siempre estuviste un poco trastornado —comentó Karen provocando que Gonzalo se incorporara para empujarla de la cama.

Los cuatro reímos.

—Me voy a hacer un tatuaje —agregó Karen cambiando de tema.

Los tres la miramos.

—Quiero hacerme unas plumas justo sobre las costillas. En esta zona —explicó recorriendo con la yema de un dedo el lugar en donde quería tatuarse.

No pude evitar hacer una mueca, era evidente que quería que Gonzalo le mirara el pronunciado escote y Julián también parecía bastante interesado en verlo.

—Dicen que en las costillas es donde más duele —comenté.

Ellos apartaron la vista de Karen y la llevaron hacia mí.

—Lo escuché en algún lado —continué.

—Sí, eso dicen, pero a la gente le gusta ser dramática. Mi tolerancia al

dolor es bastante alta. Voy a arriesgarme.

Estaba segura de que todo lo que había dicho sobre el drama era una indirecta para mí. Sabía que lo mejor para Gonzalo era que intentara llevarme bien con Karen, pero no podía dejar de verla como una amenaza.

—Yo no me tatuaría ni loco. No me gustan las agujas. ¿Vos te tatuarías, Maya? —quiso saber Julián.

—Mmh, no sé. Nunca lo pensé. Quizás algo pequeño como un gatito o una mariposa en la muñeca.

—Podrías tatuarte mi nombre y así todos sabrían que sos mía —bromeó Gonzalo.

Había pasado de no querer verme en absoluto a considerarme suya. Además, lo había dicho delante de Karen lo que para mí significaba una victoria.

Capítulo 16

Capítulo 15

—No es necesario —se negó Gonzalo cuando le propuse ir al hospital con él después de clases.

—Me gustaría pasar la tarde con vos —insistí.

—No, es mejor que te pongas las pilas y estudies para tu recuperatorio.

Tenía razón, me había sacado un cuatro en Química. No estaba tan mal si tenía en cuenta que había estado tan distraída durante el último mes que había hecho mi evaluación sin saber que ese día tenía que rendir. Sin embargo, no quería dejarlo solo y pasar tiempo con él era infinitamente más divertido que pasar horas y horas resolviendo problemas en mi casa.

—¿Salimos mañana? —pregunté resignada.

—No puedo, te veo el lunes —concluyó.

Me dio un fugaz beso en los labios y se alejó dejándome sola en la parada del colectivo.

Hubiera querido conversar con él durante el fin de semana, pero ya no tenía saldo en el celular y mi madre y yo pensábamos que era preferible comprar comida para la semana, antes que mantener nuestras líneas de teléfono. Después de todo, podría vivir algunos días desconectada del mundo.

Lo bueno era que al no tener nada con qué distraerme, me mantendría enfocada en resolver los problemas de Química. Lo malo era que sin la posibilidad de hablar con Lorena, no tendría idea si iba por buen camino.

Tampoco podía comunicarme con mi padre. No tenía su dirección y, aunque hubiera pedido prestado algún teléfono, lo más probable era que su celular continuase fuera de servicio. Esperaba que pronto viniera a verme. No es que fuéramos muy unidos, pero desde que no vivía en casa, sentía que me hacía falta.

Tuve que esperar al recreo del lunes para volver a encontrarme con Gonzalo. Tenía un piercing nuevo en la ceja, junto al que ya tenía, y, aunque no le quedaba mal, recordé que el expansor de la oreja se lo había

realizado una chica a la que había conocido borracho.

—¿Quién te lo hizo? —pregunté intentando que mi voz sonara casual.

—Alguien de un local de tatuajes.

Mi tranquilidad duró apenas unos instantes, porque en ese momento, llegó Karen.

—Hola, ¿qué tal todo? ¿No se ve genial?

Sin esperar a que respondiera su primera pregunta, se levantó la remera hasta el comienzo del encaje rojo de su corpiño. Lucía un tatuaje de plumas con un efecto de salpicaduras de acuarelas sobre las costillas. Era evidente que habían ido al mismo local.

Julián se unió a nosotros y no pudo disimular una mirada lasciva hacia la pelirroja.

—¿Les gusta? —insistió.

—Vos me gustás —dijo Julián y Karen sonrió apenas.

—Sí, está lindo —respondí con la esperanza de que se bajara la remera.

Tenía un cuerpo espectacular y no se avergonzaba de mostrarlo.

—Al final no me dolió tanto, solo los bordes y un poco en esta parte —explicó señalando una zona del tatuaje mientras hablaba.

Cuando por fin Karen cubrió su vientre plano, Julián apartó los ojos de ella y miró a Gonzalo para preguntarle:

—¿Cómo está tu mamá?

—Mejor, ya está fuera de peligro, pero los médicos creen que lo mejor será que pase un tiempo más en el hospital y después derivarla a una clínica de rehabilitación.

Los tres nos alegramos por la noticia, luego Gonzalo continuó:

—Igual los médicos son de lo peor.

—¿La atendieron mal? —quise saber.

—No, en ese punto estuvieron bien, pero tuve que sobornarlos para que no avisaran a servicios sociales. Estoy a dos semanas de cumplir la mayoría de edad y vivo solo hace más de un año y, aún así, me querían

asignar a una familia sustituta, mandarme a un orfanato o vaya uno a saber qué. Si pasara algo así, quizás hasta podría perder el año y quiero salir de acá para entrar en Administración de Empresas —explicó con la mandíbula tensa.

Pensé que era ridículo creer que una persona podía madurar instantáneamente, ni bien cumplía los dieciocho años. Me sorprendía la madurez de mi novio que seguramente pensaba en progresar con su negocio de licores.

—¿Qué vamos a hacer para tu cumple? —preguntó Julián cambiando de tema.

Sospechaba que el muchacho notaba cuando su amigo comenzaba a ponerse temperamental y sabía guiarlo hacia temas de conversación más seguros.

—No sé, no pensé en eso todavía. No sé si voy a poder hacer algo. Hay que ver cómo sigue mi vieja.

—¡Vamos, Gonza! Me encantan las fiestas —pidió Julián.

—Podemos salir nosotros cuatro. A no ser que quieran tener una noche salvaje ustedes solos.

Las palabras de Karen me hicieron sonrojar y Gonzalo sonrió con picardía colocando una mano en mi espalda baja.

—Si no somos muchos, podríamos hacer la fiesta en mi casa, no creo que mi madre tenga problemas, siempre y cuando no haya drogas, ni alcohol y no dañemos el parquet de la sala—me apresuré a decir.

—¿Una fiesta sin nada divertido? No sé… —se quejó Julián.

—Me gusta la idea. Maya, no creo que tu madre se enoje si llevo algunos de mis licores y si Julián se porta bien, podríamos dejarlo arruinar solo un pedacito del piso de madera, pero asegurémonos que sea debajo del sofá, para que Sonia no lo note.

Los cuatro reímos por la broma de Gonzalo.

—Bueno, bueno, pero ¿podrían invitar a alguna chica? Si sigo esperando a que Karen me de bola, me voy a morir más solo que un otaku el día del amigo —pidió Julián.

Volvimos a reír y luego sugerí:

—Puedo invitar a una amiga, si les parece bien.

Todos se mostraron de acuerdo con la idea. Aunque no estaba segura si Lorena iba a aceptar y yo no tenía otras amigas. Quizás podría pedirle ayuda para levantar mis materias bajas y convencerla de tener una cita a ciegas con Julián.

—No —dijo Lorena cuando le hice la propuesta en la biblioteca de la escuela.

—¿Por qué no?

—Ya te dije que no tengo pensado salir con nadie hasta que termine la escuela.

—Pero no tiene por qué ser algo que te saque el tiempo. Es solo una fiesta. Si no te gusta, no lo volvés a ver y listo. Si te gusta, no es necesario que salgas todos los días. Vas a tener tiempo. Te lo prometo —aseguré.

Necesitaba que Lorena dijera que sí, ya que la segunda opción era invitar a una amiga de Gonzalo a la que él había descrito como "extremadamente sexy". Definitivamente no quería muchachas con ese perfil en la fiesta de cumpleaños de mi novio.

—Es que… me gusta alguien más.

—Ya sé, pero podrías pensarlo como una cita de práctica para cuando te invite a salir de verdad Ezequiel.

—Shhh.

Lorena se aseguró de que nadie estuviera escuchando nuestra conversación y agregó:

—¿Qué pasaría si no le gusto?

—Nada, disfrutan de la fiesta y listo.

—Bueno, si es tan importante para vos, entonces voy a ir.

—¡Ay! ¡Gracias! ¡Sos la mejor! —grité con emoción y la abracé ignorando a la bibliotecaria que me pedía silencio.

Le debía una a Lorena, porque no solo me había ayudado durante esas dos semanas a repuntar mis materias, sino que había aceptado ser la cita de Julián solo para que mi novio no tuviera que hablar con esa chica de la que no sabía nada, pero a la que odiaba con todo mi ser. Sospechaba que

podía ser la misma joven que le había colocado el expansor en la oreja, pero no tenía pruebas y no quería preguntarle de forma directa a Gonzalo, porque quizás volvería a encender la llama de su mal humor. Desde el intento de suicidio de su madre, estallaba en ira ante la más mínima provocación. Lo entendía, yo también estaba sensible por no tener noticias de mi padre.

Capítulo 17

Capítulo 16

Mi madre accedió a que hiciéramos la fiesta en casa, siempre y cuando, no tomáramos drogas ni alcohol y no invitase a demasiadas personas. Por supuesto, también nos recalcó a Gonzalo y a mí que teníamos que advertirle a los invitados cuando entren que tuviesen cuidado de no romper nada. Ella había arreglado para salir con unas amigas, aunque yo sospechaba que se encontraría con su profesor de yoga.

Gonzalo vino a casa temprano para ayudarme a preparar todo para su cumpleaños.

—Tengo algo para vos —le dije cuando mi mamá se fue.

Quería entregarle mi regalo antes de que llegaran los invitados. Había mandado a imprimir algunas etiquetas con un logo de una calavera junto a una rosa blanca y una pluma. En cada una, se leía escrito en letras doradas: “Licores artesanales”.

—¡Wow! ¡Son perfectas, como vos! —dijo en cuanto las vio y me besó con ternura.

Me hacía muy feliz que le hubiera gustado el regalo. Para costear las etiquetas y la comida de la fiesta, había tenido que vender unos aros de oro que mi papá me había dado en mi cumpleaños de quince. Eran bonitos, pero no me sentía segura cargando con tanto dinero encima. Tenía miedo de perderlos o de que me los robaran, eran más útiles ahora que estaban en la vitrina de la casa de empeños.

—También tengo un regalo para vos —dijo él.

—¿Para mí? Si el que cumple años hoy sos vos.

—Sí, pero lo vi en un negocio y me pareció lindo. Además me haría feliz que llevaras algo mío siempre con vos —dijo sacando de su bolsillo una cadenita de plata con un dije de corazón que tenía una inscripción grabada.

Lo tomé con cuidado para poder leer lo que decía: “Siempre te voy a cuidar”. Era muy hermoso.

—Gracias, ¡me encanta!

Después de que me lo colocó en el cuello, lo abracé con fuerza y él a mí.

El sonido de su celular vibrando en el bolsillo delantero hizo que me apartara para que pudiera responder.

—Hola… Gracias… Sí… No sé, lo que quieras… Cerveza, está bien… Sí, unas papitas… ¿Venís con Julián?... ¿Por qué?... Mmh, bueno, te paso… —habló con la persona al otro lado de la línea y luego me tendió su celular.

—Hola.

—Hola, Maya. Soy Karen. Te quería preguntar si puedo invitar a un amigo a tu fiesta. Es que… como le vas a presentar una chica a Julián y Gonzalo va a estar con vos, no quiero quedar como el mal quíntuple o como se diga.

Tenía sentido, yo también me hubiera sentido incómoda en su lugar, por lo que sin pensarlo respondí:

—¡Claro! No hay problema. Nos vemos más tarde.

Karen colgó el teléfono y le devolví el celular a Gonzalo.

—¿Qué te dijo? —quiso saber.

—Me preguntó si podía traer a un chico y le dije que sí.

No esperaba la reacción explosiva de Gonzalo después de escuchar mis palabras y di un paso atrás.

—¡¿Sos tonta?!

—¡¿Qué, por qué?!

Él avanzó hacia mí y retrocedí aún más. Me daba miedo su expresión.

—¿No te diste cuenta de que Julián está enamorado de Karen?

Era evidente que le gustaba y había cierto coqueteo constante entre ambos, pero tanto Karen como Gonzalo estaban conmigo el día en el que yo accedí a presentarle una amiga mía a Julián y ambos se habían mostrado de acuerdo.

—Sí, pero invité a Lore para que conozca a Julián. No veo cual es el

problema.

Ya no podía seguir retrocediendo. Sentía la pared rozando mi espalda.

—¡No importa a quién se coma o se deje de comer, Julián quiere a Karen y eso nunca va a cambiar! ¿Cómo pensás que se va a poner cuando vea al amor de su vida en los brazos de otro tipo? —me gritó y apoyó con fuerza la palma de su mano en la porción de pared que había entre mi cara y un retrato familiar.

Sus gritos me habían reducido a un montón de nada. Solo podía llorar y temblaba como una hoja arrastrada por el viento.

Noté que debajo de toda esa ira en sus pupilas se reflejaba dolor. Entonces lo supe, no era solo preocupación por los sentimientos de su amigo. No, él también la amaba.

—Perdón —sollocé.

Resopló y se alejó de mí. Me deslicé por la pared hasta quedar de cuclillas en el piso. Apreté con fuerza el dije que me había regalado y me sentí una tonta por creer que tener una parte de su cariño, sería mejor que no tener nada.

Caminó hacia la puerta, la abrió y se marchó con un portazo como única despedida. Me quedé sola y temblando. No sabía si él volvería y si sería capaz de perdonarme. Tampoco tenía idea de qué les iba a decir a los demás cuando llegasen a la fiesta.

No tenía crédito en mi celular ni forma de avisarles si la reunión se cancelaba. Había gastado lo poco que tenía en las etiquetas y en la comida para esa noche. No era justo que me tratara de esa forma y tampoco que su corazón le perteneciera a Karen, cuando yo lo hubiera dado todo por él.

Me hice un ovillo y permanecí en el suelo abrazando mis rodillas. Necesitaba a Gonzalo conmigo para consolarme, pero a la vez era él quien me estaba haciendo daño.

El timbre me obligó a volver a la realidad.

—¡Un segundo! —dije y me dirigí al baño para arreglarme.

Abrí la puerta y me encontré a Karen esperando junto a un joven rubio con hombros anchos y barba incipiente.

—¡Al fin, Maya! ¡Estábamos sacando raíces acá afuera! —dijo Karen y me

pasó unas bolsas con cervezas que pesaban bastante.

—Hola, un gusto, yo soy Lucas —se presentó el muchacho.

—Maya… Pueden esperar en la sala, sírvanse lo que quieran —dije sin ánimos.

—¿Somos los primeros en llegar? ¿Y Gonzalo? —preguntó Karen, pero la ignoré.

Escuchar su nombre saliendo de sus labios me dolía. No pude soportarlo y me fui llorando a mi habitación.

Escuché la voz de Karen al otro lado de la puerta.

—Esperá acá, buscá la cocina y guardá las bebidas en la heladera.

No golpeó, simplemente entró y me encontró abrazando mi almohada. El colchón se hundió bajo su peso y luego no preguntó, sino que afirmó:

—Fue Gonzalo.

Solté un gemido lastimero. Fue lo único que pude articular.

—¿Te lastimó? Maya, mirame. ¿Te pegó? ¿Te hizo algo que no quieras? Lo voy a llamar. Ya me va a escuchar este chabón —dijo Karen, su voz sonaba más fuerte y seria de lo normal.

—No, no. No me hizo nada. No lo llames —dije como pude, pero no me hizo caso.

—¡¿Qué pasó?!... Ajá… Sí… ¡Julián me importa un pepino!… Sos un inmaduro… ¡Vení o te traigo de los pelos!... ¿No te paraste a pensar en que vos la estás haciendo sufrir?… Te quiero, amigo, pero si seguís portándote como un pelotudo, no me voy a callar… Bueno… Aprendé a manejarlo… Te paso con ella.

Karen colocó su celular en mi oreja y escuché la voz de Gonzalo al otro lado:

—Maya, no tendría que haberme puesto así. Lo que pasa es que Julián es muy importante para mí. Mis amigos y vos son todo lo que tengo. ¿Está bien si vuelvo a la fiesta?

Era la primera vez que me pedía perdón.

—Sí, está bien. Yo también me arrepiento de no haber pensado en que a

Julián podía molestarle. No creí que les iba a afectar tanto.

Karen puso los ojos en blanco y me sacó el teléfono, para gritarle a Gonzalo:

—¡Que te quede claro que yo voy a estar con quién me dé la gana! ¡Vos ya no controlás con quién cojo o dejo de coger!... Bueno, más te vale… Sí, estamos bien… ¡Que sí!... Bueno, te veo en un ratito. ¡Besos!

Me senté en la cama y Karen me dio un pañuelo de papel, que usé para limpiarme las lágrimas.

—Gracias —le dije y no era solo por el pañuelo, sino que había logrado que Gonzalo me pidiera perdón y accediera a regresar a su fiesta.

—Es tu decisión salir con quien quieras, pero… Bueno, no estás sola —dijo poniendo una mano en mi hombro.

Yo me sentía tan agotada mentalmente que no supe interpretar sus palabras.

Capítulo 18

Capítulo 17

Cuando salimos de mi habitación, Lucas no estaba y la puerta se encontraba entornada.

—¡Lástima, era bastante lindo! —se lamentó Karen.

—Perdón —le dije.

—¡No tenés que estar pidiendo perdón todo el tiempo! Esto no fue tu culpa —me retó.

Algunas veces pensaba que Karen me odiaba, pero otras se mostraba amable y comprensiva. Incluso, me había ayudado a arreglar un poco las cosas con mi pareja.

—¿Me podrías contar más de cuando Gonzalo y vos salieron? —pregunté con timidez, aunque tenía el presentimiento de que no lo haría.

—Mmh, no sé, creo que es mejor si le preguntás a él. Igual, no salimos mucho y nuestra relación se basaba en pelearnos y reconciliarnos teniendo sexo. Es un muy buen amigo y lo quiero mucho, haría cualquier cosa por él, como sé que él y Julián me apoyarían en todo. Sin embargo, los meses que estuvimos Gonza y yo juntos fueron los más difíciles de mi vida. Sentía que estaba dejando de ser yo, para convertirme en lo que él quería que fuera. Además, hubo algunos episodios que… —explicó y dejó de hablar cuando escuchamos el timbre.

Karen abrió, era Julián. Él le dio un abrazo demasiado largo para considerarlo amistoso y cuando se separaron le dijo:

—¡Estás buenísima!

Hasta ese momento, no me había fijado en la ropa de Karen. Llevaba un vestido negro ceñido al cuerpo que apenas le cubría el trasero y unos borsegos por encima de las rodillas. Sus medias de red rojas estaban rasgadas en algunos lugares y, por primera vez, la veía sin su bandana en el cabello.

—Ya sé, pero vos estás cada vez más pajero —respondió.

—Y sí, qué se le va a hacer —reconoció Julián encogiéndose de hombros y

ambos rieron.

Yo no comprendía del todo su extraña amistad. El timbre sonó y Karen le abrió la puerta a Lorena, que la miró de arriba a abajo sin disimular ni un poco.

—Hola, ¿está Maya? —preguntó mi amiga con timidez.

Me acerqué a saludarla y le presenté a los chicos, poniendo especial énfasis en que tenía que conocer a Julián.

—Hola —dijo él y le dio un beso en la mejilla.

—¿Cómo estás? —preguntó ella con el nerviosismo reflejado en la voz.

—Bien.

Se hizo un silencio incómodo que ninguno de los cuatro supo romper hasta que llegó Gonzalo. Como había quedado la puerta sin llave, entró sin anunciarse.

—Deberían tener cuidado. Si dejan la puerta abierta, cualquier loco podría meterse —dijo y luego saludó a los demás con un beso en la mejilla y a mí con uno en los labios como si nada hubiera ocurrido.

—¡Vos, por ejemplo! —apuntó Julián y Lorena fue la única que festejó su chiste.

Pobre Lorena, se le daba peor que a mí relacionarse con muchachos.

—¿Quieren tomar algo? —preguntó Karen, ya que ni Gonzalo ni yo estábamos actuando como anfitriones.

—Perdón, ya les traigo vasos. Por favor, siéntense en el sillón o donde puedan —dije y me apresuré a convidar a todos con comida y bebidas.

Lorena y yo éramos las únicas bebiendo gaseosa, Karen se había servido una copa de ron y Gonzalo y Julián habían optado por tomar cerveza. No había mucha comida, solo algunos sándwiches de miga y unas cuantas bolsas de frituras.

—Entonces, ¿qué hacemos? —preguntó Julián que se había sentado en el sofá entre Lorena y Karen.

—¿Tenés cartas? —preguntó Gonzalo que se había acomodado en el sillón de una pieza que solía usar mi padre para mirar la televisión.

Me senté en el apoyabrazos junto a él y respondí:

—No están completas. Se perdieron algunas.

—¡Qué mal! ¡Podríamos haber jugado al truco! —se quejó Julián.

Me alegraba no tener que jugar a ese juego. Me habían intentado enseñar en el recreo de la escuela, pero no me había parecido para nada entretenido.

—¿Qué tal si jugamos a verdad o reto? —sugirió Julián después de meditarlo durante unos instantes.

—Mmh, si no queda otra… Aunque lo jugamos tanto que ya me aburre. No hay nada que tenga que saber sobre ustedes dos y tengo formas mejores de sacarle la verdad a Maya —dijo Gonzalo señalando a sus amigos y luego a mí.

Era una pena, yo quería conocer más sobre la vida de los demás, pero no me atreví a decir nada.

—¡Tengo una idea genial! Se me ocurrió un juego que les va a encantar. ¿Tenés una Biblia y un shot de tragos? —me preguntó Karen con entusiasmo.

—Sí —respondí mirándola con la misma curiosidad que todos los demás.

—Bueno. Traelas, entonces —me apremió.

Obedecí porque me moría de ganas de saber qué planeaba Karen. Busqué en la estantería y encontré un tomo de la Biblia que nadie había leído en mucho tiempo y tomé un pocillo blanco de café del aparador. Le entregué ambas cosas a Karen y ella las apoyó en la mesita ratona. Gonzalo hizo la pregunta que todos nos hacíamos:

—¿Qué vamos a hacer?

—Es fácil, vamos a ir en ronda. Tienen que decir un capítulo y un versículo al azar, lo buscamos y lo leemos. Entonces vemos si en el capítulo hay alguna referencia al sexo o a la violencia, tenemos que beber un shot o, en este caso, una tacita con ron, si es que la hay —explicó Karen.

Miré a Lorena que parecía incómoda. Gonzalo y Julián se mostraban emocionados por probar el hereje juego que Karen había propuesto. Yo no era muy religiosa, pero esperaba no terminar en el infierno por culpa de un juego, si es que existía, claro.

—¿Quién quiere empezar? —preguntó Karen.

—Yo empiezo —se ofreció Lorena y yo la miré sorprendida, quizás tenía un lado oscuro que yo no conocía.

—Bueno, decí dos números y te leo qué dice —dijo Julián.

—Elijo el veintidós y el veintiuno —respondió con completa seguridad.

Estaba segura de que Lorena recordaba el versículo y sabía que no le tocaría beber. Era muy posible que a mí no me fuera muy bien en ese juego.

—”Vuelve ahora en amistad con Dios y tendrás paz; y la prosperidad vendrá a ti”. No tenés que tomar, sigo yo y que Karen lea mi sentencia —explicó Julián antes de escoger sus números.

Julián bebió, Karen no, Gonzalo y yo bebimos. El ron quemó un poco mi garganta, pero no resultaba del todo desagradable y después de unas rondas me empezó a gustar. Cuando decidimos que era momento de parar, todos salvo Lorena estábamos un poco ebrios.

—Pobre Lore, tuvo muy mala suerte. Si querés te servimos un trago —comentó Julián y apoyó un brazo sobre la cabecera del sofá.

Ese intento de abrazo fue el primer acercamiento que tuvieron en toda la noche.

—No, está bien, pero gracias —dijo Lorena mirando el suelo.

Mi amiga se veía algo incómoda, pero al mismo tiempo parecía disfrutar de la atención de Julián.

Karen se levantó intentando no llamar la atención y fue a sentarse sola a la mesa del comedor.

—¿Tenés novio? —preguntó Julián en voz baja.

—No, ¿vos tenés novia? —interrogó ella mirándolo de reojo.

Me parecía muy tierno e inocente el coqueteo de mi amiga con Julián. Si Gonzalo no me hubiera arrastrado de la mano hasta la mesa para sentarnos con Karen, me hubiese quedado para saber cómo seguía la conversación.

No fue sencillo llegar allí porque el piso se movía peligrosamente, pero en cuanto logré sentarme y sostenerme de la mesa para mantenerme firme, vi que Julián y Lorena se estaban besando. Me puse feliz porque los dos

me parecían buenas personas y me gustaba pasar tiempo con ellos.

Capítulo 19

Capítulo 18

—¡Gracias por todo, chicos! ¡Pasé una noche genial! —agradeció Lorena mientras esperábamos que el remís la viniera a buscar.

—Gracias a vos por venir —dije y le di un abrazo.

—Si querés, te acompaño, así no viajás sola —le propuso Julián.

—¿Seguro?

—Sí, no hay problema —insistió él.

—Bueno, gracias. Sos muy dulce. Ya llegó el auto —afirmó mi amiga al escuchar un bocinazo.

Les abrí la puerta y todos salimos a la vereda para despedirlos. Un vehículo de color plata los esperaba frente a mi casa. Julián rodeó con un brazo a Lorena y nos saludó de forma general.

—¡Cuídense!

—Esperá, Juli. Karen, ¿querés que te acerquemos hasta tu casa? —preguntó Lorena deteniéndose.

—No, tranquila. Tengan una linda noche —les deseó Karen y los saludó con la mano.

—¿Cómo vas a ir a tu casa? —quiso saber Gonzalo, una vez que regresamos a la sala.

—En colectivo —respondió.

—No seas tonta, vas a estar esperando un montón. A esta hora no pasan —dijo él.

—Entonces, supongo que caminaré —se resignó encogiéndose de hombros.

—¡Son cómo cincuenta cuadras! Además, no voy a dejar que salgas así vestida… ¡Maya, prestale unos pantalones y una remera decentes! —me

ordenó.

—No pienso cambiarme. Me veo genial así —se negó cruzándose de brazos, movimiento que hizo que resaltaran aún más sus pronunciadas curvas.

—Te llevo en mi auto —aseveró Gonzalo.

—Ni loca me subo, estás medio borracho y no me quiero morir tan joven —rechazó la oferta.

—Te acompaño, pero cambiate la ropa —insistió.

—Acompáñenme si quieren, pero no pienso usar ropa de mojigata… Sin ofender, Maya.

Miré mi atuendo y no estaba tan mal. Me había puesto unos jeans azul claro que me llegaban por encima de unas botas de caña baja y una remera ancha que me había anudado a la cintura para enseñar de forma sutil el ombligo.

Gonzalo resopló y dijo:

—Bueno, vamos —accedió, aunque parecía enojado.

—Ya sé que no te gusta mi ropa, pero ¿estás segura de que no querés que te preste una campera?, está un poco fresco.

—No, tranquila. Estoy bien. Soy una mujer de sangre caliente —dijo y se rio por lo bajo, mientras Gonzalo le lanzaba una mirada furiosa.

No podía evitar que me afectara el modo en el que Gonzalo sentía celos por Karen. Estaba segura de que si no le importara más que como una amiga, no se comportaría de esa forma con ella. Tenía que buscar la manera de reemplazar el lugar que ella ocupaba en su corazón, antes de que el mío se rompiese por completo.

Gonzalo me tomó de la mano mientras caminábamos en la fresca madrugada de primavera. Karen iba tiritando junto a Gonzalo.

—¡Ya me hartaste! —gritó él de repente y se quitó su campera para ponérsela a Karen sobre los hombros.

También tenía frío, pero ella estaba mucho más desabrigada que yo.

Karen no dijo nada, pero tampoco lo rechazó. Simplemente siguió adelante, con la campera de cuero de mi novio sobre los hombros. Una vez más, me sentía como si yo estuviera de más, cuando era ella quien

debía sobrar.

Un auto se acercó a la banquina y el conductor bajó la ventanilla para gritarle algo obsceno a Karen y luego agregar:

—¿Cuánto me cobrás, mamita?

Karen le enseñó el dedo medio y le gritó:

—¡Imbécil!

Ella continuó caminando sin mirar atrás, pero yo sentí un tirón en la mano porque Gonzalo se había detenido. Todo ocurrió tan rápido que apenas entendí lo que pasaba cuando fue demasiado tarde. Él me soltó y corrió hacia la puerta del conductor. Metió la mano por la ventanilla que estaba abierta y destrabó la puerta. La abrió y, en un abrir y cerrar de ojos, tomó al hombre de la remera para arrojarlo sobre el cordón de la vereda.

—¡Era un chiste, perdón! —alcanzó a decir antes de que Gonzalo comenzara a darle patadas.

—¡Qué carajo…! —gritó Karen y corrió hacia ellos.

La campera de cuero resbaló de sus hombros al suelo mientras ella jalaba de la remera de Gonzalo intentando apartarlo del sujeto.

—¡Basta! —grité.

Me daba miedo acercarme, había golpes saliendo de todos lados. Un crujido me indicó que una patada de Gonzalo le había roto la nariz al hombre. Entonces, Karen mordió con fuerza el brazo de Gonzalo y en el intento de librarse de ella, dejó de prestar atención al tipo que se arrastró hacia su auto para arrancar lo más rápido posible. Lo vi alejarse con la puerta abierta, que se cerró apenas el vehículo ganó velocidad.

—¿Por qué me mordiste? ¡Mierda, estoy sangrando!

—¡¿Por qué te mordí?! ¡¿Qué se te pasó por la cabeza?! ¡No podés andar por la vida cagando a palos a la gente! Le rompiste la nariz y ya sos mayor de edad, ¡vas a terminar en cana si seguís así! —le gritó.

Karen no era muy alta y Gonzalo le llevaba como una cabeza, pero en ese momento parecía gigante, mientras que él había quedado reducido.

—No lo pensé, perdón —se disculpó bajando la mirada para observar su campera tirada en un charco de agua sucia junto al cordón de la vereda.

El miedo que me había dado Gonzalo hacía un momento se había convertido en lástima. Seguramente estaba lidiando con muchas cosas y aquel desconocido solo había detonado el volcán de ira que llevaba dentro.

—¡Nunca pensás nada! —gritó ella picándole el pecho con un dedo.

—Es tu culpa, por ir vestida como una…

¡PLAF!

El sonido de la cachetada que Karen le propinó debió haberse escuchado hasta la esquina.

—Karen… —comencé a decir, pero resultaba invisible para ellos en ese momento.

Gonzalo se llevó la mano a la mejilla. Tenía los ojos enrojecidos.

Karen respiraba con dificultad y lloraba con lágrimas teñidas de negro por el delineador. Se le estaba despegando una pestaña postiza y aun así era más hermosa de lo que yo nunca podría llegar a ser.

—¡Maya, nos vamos! —me ordenó él y se dio media vuelta.

No levantó su campera ni miró a Karen, si yo no hubiera corrido para alcanzarlo me hubiera abandonado allí también. Volteé para verla a ella, que negó apenas con la cabeza. Hubiera querido ayudarla, pero no había nada que pudiese hacer en ese momento.

Esperaba que llegase a salvo a su casa. Ya habíamos caminado bastante, por lo que supuse que su casa estaba cerca, pero tenía miedo de que el hombre del auto volviera para tomar venganza.

—¿Vamos a dejarla sola? —pregunté llegando a la esquina.

—Quise cuidarla y ya viste cómo me lo pagó. Si algo llega a pasarle, será enteramente su culpa —concluyó.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo y llevé mis dedos al dije que colgaba de mi cuello. “Siempre te voy a cuidar”, había grabado Gonzalo tanto en el corazón de plata como en el interior de mi cabeza.

Capítulo 20

Capítulo 19

—Nos vemos el lunes —dijo Gonzalo a modo de despedida una vez que regresamos a mi casa.

—¿Seguro? ¿No preferís quedarte a dormir? —pregunté.

No quería separarme de él. Estaba segura de que estaba pasando por un momento muy malo y yo esperaba que pudiera desahogarse hablando conmigo. Además, me hacía ilusión volver a dormir abrazada a él.

—Sí —afirmó secamente.

—¿Y si salimos mañana? —insistí.

—Tengo algunas cosas que hacer. Prefiero que sea el lunes.

—¿Me das un beso antes de irte? —pregunté del modo más tierno del que fui capaz.

Se acercó a mí y me besó de forma lenta y dulce. Pude percibir el dolor en cada movimiento de sus labios. A mí también me dolía, porque creía que era por otra mujer por quien estaba sufriendo.

—Bueno, te veré en la escuela —dije resignada cuando nos separamos.

Al entrar en la sala, me puse a ordenar entre bostezos los restos de la fiesta. Me aseguré de lavar bien las copas y las tacitas de café, así como de tirar en el contenedor de la calle los restos de bebidas alcohólicas. No quería que mi madre me regañara por no haber respetado la norma de no beber alcohol.

Cuando me acosté, ya estaba muy cansada y lo último que vi antes de que me venciera el sueño fue la imagen de Gonzalo pateando a aquel sujeto indefenso en el piso. Era evidente que mi novio tenía problemas serios con el manejo de su ira y esa parte suya me comenzaba a preocupar.

Me desperté pasada la hora de almorzar y encontré a mi madre tomando mate sentada frente a la televisión. Pasaban un programa de chimentos que no me interesaba en lo más mínimo, pero aun así me senté con ella.

—¿Qué tal la fiesta? —interrogó cuando empezaron los comerciales.

—Estuvo linda. ¿Cómo te fue con tus amigas?

—Bien, aunque todas fueron muy condescendientes. En cuanto comencé a hablar sobre la separación, se apresuraron a cambiar de tema, como si mi soltería pudiera ser contagiosa. Hablando de tu papá, el muy hijo de puta no me dio señales de vida. ¿Vos sabés algo?

Negué con la cabeza. Me preocupaba su ausencia y esperaba que no le hubiera ocurrido nada. Sin embargo, la otra opción era que no quisiera verme y no sabía cuál de las dos me resultaba más dolorosa.

—¿Cómo va todo con Gonzalo? —preguntó.

—Bien, me regaló este dije —respondí mostrándole el corazón de plata.

—Oh, “siempre te voy a cuidar”. Parece que la cosa va en serio. ¿Ya tuvieron sexo?

Su pregunta me tomó desprevenida y grité:

—¡Mamá!

—¿Qué tiene? Es algo natural que esté interesado en esas cosas. Solo intentá no ser tan tonta como yo y no te vayas a quedar embarazada siendo tan joven porque te va a arruinar la vida.

Ahí estaba otra vez mi madre recordando, por enésima vez, la pesada carga que yo había sido para ella y cómo había desperdiciado su vida cuidando de mí, de la casa y de un marido que no la valoraba.

Pasé el resto del domingo en casa, mi mamá necesitaba alguien con quien practicar diseños de uñas novedosos y llamativos para perfeccionarse en su trabajo. Me fui a dormir con una uña de cada color, algo que para nada era mi estilo, pero al menos había hecho feliz a mi madre.

El lunes, antes de entrar a clases, pasé por el baño de mujeres del colegio, ese que estaba en el segundo piso y que nadie usaba durante las primeras horas de la mañana, y me convertí en una estatua de piedra al ver aquella escena. No lo podía creer. Julián, que siempre me había parecido un muchacho amable y decente, estaba teniendo un encuentro íntimo con alguien que definitivamente no era Lorena, ya que la había visto formada para el izamiento de la bandera un segundo antes de esto.

—¡Julián! —grité enfadada.

No entendía por qué me había pedido que le presentara a una amiga si en menos de cuarenta y ocho horas se iba a buscar a alguien más. No era más que un mujeriego calenturiento. Me sentía culpable por haberle insistido a mi única amiga que le diera una oportunidad.

—¡Perdón! —dijo nervioso y se separó de la joven que lo había estado abrazando entre sus piernas sentada arriba de la mesada en la que estaban los lavabos.

En cuanto dio un paso atrás para acomodarse el pantalón descubrí que la joven era Karen.

No entendía nada. Si se suponía que a ella no le interesaba Julián en lo más mínimo y yo había arreglado aquella cita con Lorena en la fiesta para ayudarlo a olvidarse de Karen. Me pregunté si ella podía ser tan caprichosa para solo fijarse en él cuando otra mujer lo quería.

—Maya, ¿no tendrías que estar en clases? —preguntó ella bajando al suelo y acomodándose la falda.

Julián se escabulló sin mirarme y salió del baño. Pensé que era un cobarde, ni siquiera se dignaba a darme una explicación.

—¿Por qué ahora? —increpé a Karen.

Había tenido miles de oportunidades con él. Julián le coqueteaba cada vez que la veía, pero justo cuando otra chica se mostraba interesada, había decidido que lo quería para algo más que una amistad.

—¡Preguntale a tu amiga! No sé qué le habrá dicho al pobrecito, pero tenía la autoestima por el piso y decidí que era mejor subírsela un poco —respondió y comenzó a arreglarse el maquillaje que se le había corrido.

—¿Qué? ¿Lorena?

—Sí, esa perra insensible. La persona con menos tacto en el mundo.

—¿Por qué? ¿Qué dijo?

No entendía nada. Lorena siempre me había parecido muy amable y lista.

—No sé, pero lo que le haya dicho, lo destrozó. Pobrecito mi Juli.

—¿Tu Juli? ¿Ahora están saliendo?

—¡¿Qué?! ¡No! Yo soy una mujer libre. No salgo con nadie.

—Entonces, ¿qué? ¿Fue sexo por lástima?

—Mmh… No, también es lindo y lo quiero mucho, pero después de… después de una mala experiencia que tuve el año pasado con alguien, prefiero no "salir" con nadie hasta estar segura.

Era evidente que la mala experiencia había sido con Gonzalo. Él podía ser temperamental e incluso violento. Me pregunté si habría sido capaz de hacerle daño físico a Karen. No tuve el valor para preguntarle y ella se fue del baño antes de que pudiera decirle algo más.

Cuando me encontré con Lorena, fui directa con ella al preguntarle:

—¿Qué pasó con Julián después de que se fueron de la fiesta?

—Fue muy amable y me acompañó hasta mi casa. Me preguntó si quería que saliéramos el domingo, pero fui sincera con él —respondió en voz baja.

—¿Qué le dijiste? —pregunté con miedo.

—Le dije que había pasado una bonita noche, pero que prefería no volver a verlo. Jamás formaría pareja con alguien que bebe como él lo hizo y que intelectualmente no está a mi nivel.

—¡¿Qué?! ¡¿Cómo le vas a decir eso?! Hubiera sido mejor que no le dijeras nada.

—Es que es la verdad. Me dijo que tenía cuatro materias bajas.

—¡Yo también y aún somos amigas!... ¿Me considerás inferior?

—Es distinto, Maya… Nosotras somos amigas, pero si proyecto hacia el futuro lo que quiero en una pareja, pienso que las calificaciones son importantes —explicó.

Después de aquella respuesta, comprendí por qué Julián se había sentido herido. Al fin y al cabo, a nadie le gustaba que lo hicieran sentirse inferior.

Capítulo 21

Capítulo 20

En el recreo distinguí a Karen y a Julián sentados en uno de los bancos del patio. Estaban muy acaramelados, apenas rozando lo que podría considerarse indecente. Temía que si ella no tenía cuidado, el muchacho podría acabar con el corazón roto.

En la otra punta del colegio, pasando el campo de deportes, estaba Gonzalo conversando de forma animada con Carlos. Supuse que después de la pelea del sábado entre mi novio y Karen, sus amigos habían tenido que elegir con quién de los dos querían pasar el rato. Si bien Gonzalo y Julián eran como hermanos, sospechaba que Karen se había aprovechado de sus encantos femeninos para no quedarse sola.

—Hola —dije acercándome a Gonzalo.

Carlos me saludó con un beso en la mejilla y mi novio me dio un pico, puso una mano en mi hombro y continuó conversando con su amigo sobre un partido de fútbol que no me interesaba en absoluto. Al darme cuenta de que era invisible para ellos, me fui a sentar sola en un banco hasta que sonó el timbre que me indicaba que podía regresar al aula. Lo que más me dolía era que ni siquiera había notado cuando me fui.

—Maya, ¿podemos hablar un momento? —me llamó la preceptora antes de que pudiera ingresar al aula.

—Claro —dije acercándome a ella.

—La profesora de Química me pidió que hablara con vos sobre algo. Mañana van a tener que realizar las prácticas en el laboratorio y los materiales que les va a entregar a cada uno tienen un costo que sale de la cooperadora de la escuela. ¿Puede ser que te hayas olvidado de presentar el libre deuda del pago mensual de la cooperadora?

Me mordí el labio. No lo había olvidado, el problema era que no había tenido dinero para pagar el aporte mensual que, se suponía que al ser una escuela pública, no debería ser obligatorio. Al menos, eso había pensado hasta ese momento.

—Es que… en mi casa no estamos pasando por una buena situación económica —reconocí.

Esperaba no tener que contarle que mi papá se había ido de casa. Solo pensar en ello me hacía sentir una presión incómoda en la garganta.

—Bueno, decile a tu mamá que venga a hablar a la escuela o no vas a poder realizar la práctica que es necesaria para que puedas regularizar la materia.

—Está bien, después le digo a mi mamá. Gracias.

Me parecía humillante tener que mandar a mi madre a la escuela para explicar que ahora éramos pobres.

Cuando salí del colegio, me despedí de Gonzalo y decidí ir caminando hasta mi casa. Eran más de treinta cuadras, pero quería ver si en algún negocio había carteles anunciando la búsqueda de empleados. Quizás un trabajo me permitiera mejorar mi situación económica actual, incluso podría ser un proyecto para mi futuro. Era consciente de que no se me daba bien estudiar y, aunque me graduara, no tenía idea de qué carrera podría seguir. En algún momento había considerado estudiar Arte, pero sabía que siendo artista mi yo del futuro se moriría de hambre.

Apunté en mi cuaderno algunas direcciones e incluso me atreví a entrar a preguntar en un negocio de ropa en el que me dijeron que como no era mayor de edad, no estaban interesados. Sin embargo, la idea de comenzar a trabajar era una opción que me atraía cada vez más. Captó mi atención un salón de tatuajes, que quedaba a unas cinco cuadras de mi casa. El lugar tenía unos hermosos diseños pegados en la vitrina y un aire oscuro, que aunque para nada era mi estilo, me resultaba bastante llamativo.

Pasé el resto del día intentando ponerme al día con mis tareas y, cuando decidí que era imposible, me puse a dibujar imaginando que mis dibujos eran plantillas para hacer distintos tipos de tatuajes. Por la noche, mi madre me encontró en la mesa rodeada de una pila de hojas arrugadas.

—¡Cómo cuesta esa tarea!, ¿no? —bromeó.

Me apresuré a arrojar los papeles en mi mochila. No quería escuchar críticas destructivas sobre mis dibujos o acabaría por bloquearme creativamente, como me había ocurrido cuando estaba en primer año.

—Ma, tenés que ir a hablar a la escuela…

—¡¿Qué hiciste?! —me gritó, antes de que pudiera darle una explicación.

—Nada.

—No creo que me citen para decirme que vas a estar en el cuadro de honor… Algo habrás hecho.

Suspiré profundo y dije rápido y sin respirar:

—Si no me vas a dar plata para pagar la cooperadora, tenés que ir a explicar por qué, o voy a desaprobar Química por no poder hacer las prácticas.

—Oh.

Parecía arrepentida por la forma en la que me había tratado.

—Sí. ¿Vas a ir?

—Voy a ver si me hago un ratito antes de entrar al trabajo.

—Gracias.

Casi no conversamos durante la cena que consistió en un guiso de lentejas al que mi madre había añadido demasiados condimentos. No me quejé y ella tampoco dijo nada. Las dos sabíamos que no era momento para desperdiciar comida.

Al día siguiente me ocurrió una de las cosas más vergonzosas que me habían pasado en toda mi vida. Si hubiera tenido una capa para volverme invisible, me la hubiese dejado puesta para siempre.

—¡Chicos, su atención, por favor! Como saben para que pueda entregarles los reactivos, es necesario que me presenten el libre deuda de la cooperadora. Sin embargo, por motivos económicos, Pérez está con varios pagos atrasados. Así que necesito algún voluntario para hacer equipo con ella y compartir los materiales. ¿Alguno se ofrece? —preguntó la profesora que era demasiado insensible como para darse cuenta de lo incómoda que me había hecho sentir, o simplemente disfrutaba siendo cruel.

Miré a Lorena en busca de ayuda, pero ella desvió la mirada. Era evidente que no arriesgaría su promedio por ayudarme.

—Yo me ofrezco, profesora —dijo Ezequiel levantando la mano alto.

Esta vez Lorena me miró, pero sus ojos estaban cargados de odio. Quizás pensaba que le había presentado a Julián para acercarme a Ezequiel. Algo que estaba completamente alejado de la realidad. Yo quería mantener al muchacho lejos de mí para evitar cualquier enfrentamiento con Gonzalo. No me había podido quitar de la cabeza la escena de celos que había montado por quedarme con él haciendo un trabajo práctico durante el

recreo.

Miré a mis compañeros, uno a uno, pero parecían indiferentes. Ezequiel, por su parte, continuaba con la mano levantada y tenía una sonrisa de oreja a oreja.

—Bueno, júntense para la práctica. Espero que hagan un trabajo excelente, ya que lo van a hacer juntos y no me permiten dividir la nota en dos —bromeó la profesora.

Todos se rieron menos yo y por si todo eso no fuera suficiente, mi madre asomó su rubia cabeza por la puerta del laboratorio.

—Psss, Maya —me llamó.

Algunos de mis compañeros soltaron más risitas por lo bajo y avancé por el pasillo de la vergüenza hasta encontrarme con ella.

—Mamá, ¿no podías esperar a que saliera de clases? —pregunté una vez que salimos del laboratorio.

—Te digo algo rápido y me voy, nena. Ya le expliqué al rector la situación y dijo que no hay problema. Además te anoté para que te den una vianda. Así no tenés que cocinar el almuerzo cuando yo no estoy —dijo, aunque hubiese querido decir "así no tenemos que gastar en comprar el almuerzo para vos".

—Bueno, gracias, mamá. Nos vemos a la noche.

—Si querés, invitalo a Gonzalo para que venga a cenar a casa. Me pareció muy bonito el gesto que tuvo al darte un collar de plata. Se nota que te quiere —agregó antes de despedirse de mí con un beso en la mejilla.

Capítulo 22

Capítulo 21

Durante la última hora, la preceptora nos repartió a unos pocos desafortunados la vianda que el Gobierno hacía llegar al colegio para los chicos más humildes. Era el sándwich menos apetitoso que había visto en mi vida. El pan integral estaba duro y el relleno consistía en una feta de queso, a esto lo acompañaba una barrita de cereal. Odiaba tener que aceptar ese tipo de ayuda. Definitivamente, detestaba ser pobre.

—¿Qué tal estuvo tu día, preciosa? —preguntó mi novio después de la escuela.

Parecía más animado de lo que lo había visto en los últimos días.

—Estuvo… Dejémoslo ahí. ¿Qué tal el tuyo?

—Fue mejorando hacia el final de la hora de Matemática. Estuve hablando con Julián y con Karen y ya está todo solucionado, o eso creo. En fin, los tres volvimos a ser amigos como antes.

En parte me alegraba que volviera a tener a sus amigos, pero no podía ignorar que su estado de ánimo dependía de la atención que Karen le prestara o le dejase de prestar. Por otro lado, me preguntaba si la relación romántica que había empezado esa mañana entre Julián y Karen, habría muerto apenas comenzaba a nacer. No podía evitar sentir un poco de pena por Julián.

—Me hace feliz escuchar eso. Ah, casi me olvido de decirte que mi mamá me pidió que te preguntara si querés cenar con nosotras cuando ella vuelva del trabajo.

—Sí, está bien. ¿Ahora está en tu casa?

—No, viene recién a la noche.

—Entonces, ¿tenemos la casa para nosotros solos? —preguntó colocando sus manos en mi cintura y dándome besos tiernos en el cuello.

—Mmh, creo que sí.

—¿Creés o estás segura?

Preguntó rozando con sus labios el lóbulo de mi oreja.

—Estoy segura —le respondí, separándolo de mí un poco incómoda, después de reparar en que los estudiantes que salían del colegio nos estaban mirando.

—¿Querés que vayamos a tu casa ahora, así pasamos la tarde juntos? —preguntó y se acercó de nuevo.

—Sí, está bien. ¡Vamos! —acepté y me escabullí de su abrazo para ir hasta su auto.

Gonzalo condujo más rápido de lo que me hubiera gustado. Sabía lo que él esperaba que ocurriese y yo no estaba segura de querer lo mismo.

—Me acabo de dar cuenta de que no sé si mi mamá me dejó algo para que prepare en el almuerzo. Se supone que ella me inscribió para recibir una vianda —confesé cuando estábamos llegando.

—Ya improvisaremos algo. A mí también me dan uno de esos sándwiches horribles todos los días.

Me sorprendieron sus palabras, aunque ya había sospechado que no estaba en la mejor situación económica, no imaginaba a su madre como el tipo de personas que fuesen al colegio para pedir una ayuda alimentaria.

—¿Todos los días es lo mismo?

—Sí, y aunque lo calientes no mejora. El queso no se derrite y el pan es incomible —se quejó.

—Quizás pueda buscar trabajo —le conté cuando estacionó el escarabajo frente a mi puerta.

—¡No seas tonta! Mejor terminá la escuela. Si necesitás algo de plata, te puedo ayudar.

—No, no podría aceptar algo así —dije mirando el piso.

Bajamos del auto y entramos en mi casa. Gonzalo se las ingenio para tostar y condimentar tanto el pan como el queso de las viandas que traíamos de la escuela.

—Veremos si quedan más pasables así —comentó y me alcanzó mi sandwich en un plato.

Le agregué un poco de mayonesa y mordí un trozo antes de sentarme a la

mesa del comedor, Gonzalo me imitó.

—Te quedó muy rico —dije después de probarlo.

—No es necesario que me mientas.

—De verdad, me gusta —agregué.

Lo cierto era que no estaba mal. Sin lugar a dudas, Gonzalo tenía un don para la cocina y se las ingeniaba para tener éxito incluso sin contar con ingredientes decentes.

—Solo lo decís porque estás enamorada de mí, pero no importa. Me alegra que no haya quedado del todo horrible.

—Ya te dije que me gustó y no tiene casi nada que ver el hecho de que esté enamorada de vos.

Observé de reojo que sonreía. Quizás necesitaba escuchar más seguido ese tipo de cosas y así, más a menudo, sentirse querido.

—Eso solo confirma que tenés un pésimo gusto —bromeó.

—No creo, después de todo, me gustás vos.

—¿Segura? Demostrámelo dándome un beso.

No lo dudé, me levanté de mi silla y caminé hacia él, que inclinó la cabeza hacia atrás. Lo besé y correspondió. Cuando me separé dispuesta a volver a mi asiento me tomó de la muñeca y tiró de ella hasta sentarme en su regazo. Continuó besándome y acariciándome cada vez con más pasión.

Su teléfono comenzó a vibrar en el bolsillo de su pantalón y nos obligó a separarnos.

—Es Julián, tengo que atender —se disculpó.

Yo permanecí sentada sobre su regazo mientras hablaba.

—Hola… No, no estoy en casa… No puedo, estoy en lo de Maya… ¿Tiene que ser ahora?... Sabías que iba a pasar… Sí, yo te advertí cómo era… Bueno, si no queda otra.

Cortó. Cuando me acerqué para seguir besándolo, me apartó diciendo:

—Julián viene en camino. Tiene el corazón roto y en parte es por tu culpa, así que ya verás cómo hacer para que se sienta mejor —dijo y me empujó

apenas para que me levantara de sus piernas.

—¿Cómo que mi culpa?

—Fue tu idea presentarle a esa tal Lorena, ¿no?

—No creí que mi amiga significara tanto para él…

—¡Claro que no! ¡No seas tonta! Si no hubiera sido porque ella lo rechazó, Karen no hubiese dejado que pasara lo que pasó después y ya sabemos cómo es ella —explicó tomando una servilleta y arrojándola con rabia hacia el centro de la mesa.

—No, la verdad es que yo no sé. ¿Por qué no me decís? —pedí alzando un poco la voz, comenzaba a hartarme de los cambios de humor repentinos que tenía.

—Podría decirse que es como Marilyn Monroe, ella besa, pero no ama; escucha, pero no cree y se va antes de que la dejen.

Lo miré entrecerrando los ojos, acababa de comparar a su amiga con quien había sido la mujer más sexy del mundo, mientras que yo no era más que la culpable de cualquier cosa que le pasara. No importaba si era algo que escapase por completo de mi control, siempre encontraba la forma de hacerme sentir mal por lo que le ocurría.

—¿Cómo iba a saber yo que a ella le iba a agarrar una especie de síndrome de Madre Teresa de Calcuta e iba a intentar consolarlo de ese modo? —intenté defenderme, pero no hice más que empeorar su mal humor.

—¡¿Nunca sabés nada, no?! ¡¿Por qué será que desde que estamos juntos mi jodida vida se convirtió en un problema tras otro?! —me preguntó poniéndose de pie.

Retrocedí un paso y sentí un pequeño agujero negro gestándose en donde solía estar mi corazón. No era justo que me tratara así, cuando yo estaba dispuesta a darlo todo por él.

—Lamento mucho arruinarte la vida —me disculpé, bajé la cabeza y comencé a llorar en silencio.

Quizás tenía razón y, al final, no era más que una carga o un estorbo para las personas que quería. Después de todo, mi madre siempre me había visto de ese modo y mi padre, simplemente había desaparecido de mi vida. Incluso Lorena, que siempre se había mostrado amable conmigo, parecía odiarme después de que no hubiera tenido otra opción más que

formar equipo con Ezequiel.

El tema de mi compañero de laboratorio era otra granada a punto de estallar. Me daba pánico pensar en cómo podría reaccionar Gonzalo si se llegaba a enterar. La imagen del conductor en el piso siendo pateado por mi novio invadió mi mente y, cuando mi cerebro le colocó el rostro de Ezequiel, me obligué a pestañear para deshacerme de aquella imagen.

Gonzalo se acercó, pero está vez no retrocedí. Me abrazó fuerte y se quedó allí de pie acariciándome el cabello hasta que llamaron a la puerta.

Capítulo 23

Capítulo 22

—Maya, gracias por invitarme —dijo Julián y me saludó con un beso en la mejilla, luego caminó hasta el comedor y le chocó el puño a Gonzalo a modo de saludo.

No lo había invitado, técnicamente él había rogado por teléfono para que mi novio le dijera que podía venir a mi casa.

—¿Cómo estás, amigo? —preguntó Gonzalo.

—Bien, mal, no sé —respondió Julián sentándose sobre la mesa y poniendo los pies sobre una de las sillas.

No quería actuar como mi madre, pero me preocupaba que dañara el tapizado y que eso me pudiese causar problemas más tarde.

—¿Te puedo ayudar de alguna forma?

—No, en realidad esperaba que Maya me diera algún consejo.

Gonzalo y yo formulamos nuestras respectivas preguntas al unísono.

—¿Maya?

—¿Yo?

—Sí, después de todo, sos una chica —respondió.

El simple hecho de ser mujer no quería decir que yo pudiera entender la mente de Karen. A decir verdad, éramos muy diferentes y, por otro lado, mi relación con Gonzalo estaba lejos de ser una relación sana.

—Bueno, veré qué puedo hacer. ¿Por qué no se sientan en el sillón y yo preparo unas tazas de mate cocido? —sugerí.

Para mi sorpresa, me obedecieron y se sentaron a esperar por mis consejos. Aquello me hacía sentir bien conmigo misma. No recordaba la última vez que alguien me hubiera pedido mi opinión sobre alguna cosa.

Sacudí de forma disimulada las huellas de las zapatillas de Julián marcadas en el tapizado de la silla y fui hasta la cocina a calentar el agua. Mientras hervía intenté pensar en algún consejo útil, pero creo que

dependía más de Karen que de Julián que su relación tuviera alguna oportunidad. Quizás solo tenía que dejarlo hablar y desahogarse para que se sintiera mejor.

Coloqué la azucarera y las tres tazas con el mate cocido humeante en una bandeja y las llevé hasta la mesita ratona de la sala.

—Si querés, contame lo que pasó con Karen —dije, una vez que me senté en el sofá junto a Gonzalo y frente a Julián, que estaba en el sillón que solía usar mi padre.

—Bueno… Vos ya sabés. Estabas ahí en la escuela cuando pasó —dijo incómodo.

Noté que Gonzalo alzaba la ceja en la que tenía los piercings. Evadí su mirada inquisidora y me concentré en Julián.

—Quise decir… lo que ocurrió antes de lo que pasó en la escuela —expliqué y me crucé de piernas.

—No mucho. Fuimos el domingo a la plaza y nos besamos. Hasta ahí todo normal.

—¿Todo normal? ¿Ya se habían besado antes? —indagué inclinándome apenas hacia adelante.

—Sí, bueno… Algunas veces, pero un beso no se le niega a nadie, ¿no? —preguntó como si la respuesta fuera obvia.

Yo no lo veía de la misma manera.

—Karen es así. No quiere decir nada, le estás dando demasiadas vueltas al asunto. Tenés que darte cuenta de que te quiere como un amigo. Si te hacés demasiadas ilusiones te va a lastimar —aconsejó Gonzalo.

—¿Ustedes creen? —preguntó Julián visiblemente decepcionado.

—No. Yo no lo creo —dije, armándome de valor.

Los dos me miraron. Detecté una pizca de esperanza en Julián, pero Gonzalo fruncía el ceño.

—No la conocés lo suficiente —soltó Gonzalo.

—De todas formas, yo creo que no te besaría si no sintiera algo por vos y mucho menos tendría… bueno, relaciones íntimas —le rebatí.

Gonzalo disimuló una risita por la forma en la que evadí mencionar la palabra “sexo”.

—La atracción física es una cosa que no tiene nada que ver con… —comenzó a decir Gonzalo y me atreví a interrumpirlo.

—¡Ella me dijo que lo quiere! —grité aunque no había sido mi intención hacerlo.

—¿Qué? —preguntaron los chicos al unísono.

Me mordí el labio, quizás no debía haber mencionado eso.

—¿Cuándo? —quiso saber Julián.

No quería generarle falsas esperanzas, porque también me había dicho que no quería salir con nadie. Sin embargo, tampoco quería dar el brazo a torcer y darle la razón a Gonzalo. No sabía qué hacer ni qué decir. Me sentía atrapada.

—¿Cuándo te lo dijo? —esta vez fue Gonzalo quien me preguntó.

—Después de que los encontré en el baño haciendo… ya saben… cosas —dije finalmente.

El celular de Gonzalo empezó a vibrar, podía sentirlo junto a mi pierna. Lo sacó de su bolsillo evitando rozarme y, aunque apenas fue por un segundo, pude ver que era Karen quien lo estaba llamando.

—Hola… No, ahora no puedo… ¿Dónde estás?... Bueno, te veo en diez —le dijo a través del teléfono.

Aunque me esforcé no pude distinguir ni una sola palabra de lo que decía Karen.

—Me tengo que ir —dijo Gozalo.

—¿Qué? ¿Ahora? ¿Por qué? —interrogó Julián.

—Me surgió algo y tengo que entregar un pedido de licores. Vuelvo más tarde —Gonzalo mintió de la forma más descarada de la que fue capaz.

Observé su rostro y estaba demasiado tranquilo, como si no le importara en lo más mínimo mentirnos en la cara.

—¿No podés ir en otro momento? —pedí, no quería que fuera a ver a

Karen, sentía que no podía confiar en él.

—No, perdón, hermosa —dijo hablándome primero a mí y luego le preguntó a Julián—: ¿Querés que te lleve a tu casa? Me queda de paso.

Julián meditó durante un instante y para mi sorpresa respondió:

—Prefiero quedarme un poco más, si a Maya no le molesta. Todavía no terminé mi mate cocido y no me molesta tomar el colectivo más tarde.

Ambos me miraron y yo asentí.

—Sí, no hay problema.

Gonzalo entrecerró los ojos casi de forma imperceptible, pero no dijo nada. Quizás tampoco confiaba en mí. Si tanto le molestaba que me quedara a solas con Julián, entonces debería cancelar su encuentro con Karen.

No lo hizo.

—Bueno, los veré más tarde —dijo y me dio un pico.

Se levantó del sillón y abrió la puerta antes de que yo llegara allí.

—¿Creés que tenga alguna oportunidad con Karen? —preguntó Julián que aún permanecía sentado en el sillón de mi padre.

Mientras regresaba al sofá, cada vez más acostumbrada a que Gonzalo me rompiera el corazón respondí:

—Creo que sufrió mucho por alguien y ahora tiene miedo de empezar una relación.

—Sí, supe que estaba con un idiota muy tóxico el año pasado.

Me mordí el labio. Entonces Julián no sabía que Gonzalo y Karen habían estado saliendo. Me pregunté qué más le ocultaba a su supuesto mejor amigo. Una parte de mí quería contarle todo a Julián para de ese modo tener un cómplice, pero sabía que Gonzalo no me perdonaría que lo hiciera. Pensé que él, aunque fueran egoístas, tendría sus razones para mantener en secreto su historia con Karen. Solo esperaba que no quedara nada pendiente entre ellos y que los uniera solo una amistad. Sin embargo, Gonzalo nos había mentido a ambos y sospechaba que quizás no era la primera vez que lo hacía.

Capítulo 24

Capítulo 23

Mi madre llegó a casa y Gonzalo no había regresado. Ella saludó a Julián y después me entregó las bolsas con las compras que traía.

—Hola… No nos conocemos. ¿O sí? Soy Sonia, la mamá de Maya.

—No, señora. Soy Julián.

—Es un amigo de Gonzalo —expliqué.

—Pero no está Gonzalo —observó mi madre.

—Salió un momento, dijo que iba a regresar pronto —dije, aunque habían pasado horas desde que se había marchado.

—Ya es tarde, creo que mejor me voy —dijo Julián.

—¿Por qué no te quedás a cenar? —sugirió mi madre.

—¿Segura? ¿No hay problema si me quedo? —preguntó él acomodándose su cabello enrulado.

—Sí. No pasa nada —aseguró ella.

—Le voy a mandar un mensaje a Gonzalo. Ya se está tardando mucho —dijo Julián.

Asentí con la cabeza. Yo misma lo hubiera hecho de haber tenido saldo en mi celular.

—Compré un pollo hecho. Espero que te guste —dijo mi madre mirando a Julián mientras él intercambiaba mensajes con mi novio.

—Sí, muchas gracias, señora.

—Por favor, no me llames señora.

—¡Uh! Gonzalo no viene. ¿Me quedo igual? No quiero molestarlas —preguntó Julián mirando primero a mi madre y después a mí.

Ella me miró y yo me encogí de hombros. Después de unos segundos,

como mi madre no decía nada, le respondí a Julián:

—Como vos quieras. Mejor quedate.

—Gonzalo no tendrá problemas, ¿no? —preguntó inseguro.

Él conocía tan bien como yo, quizás más, el mal temperamento que mi novio podía llegar a tener. Sin embargo, él se había ido a buscar a Karen apenas lo había llamado. Además, nos había dejado plantados y solo se dignó a responder cuando Julián le preguntó si iba a regresar. Aquello me llenaba de rabia.

—No creo. Sos su mejor amigo —respondí con una falsa seguridad en mi voz.

—Bueno, entonces me quedo —aceptó.

Ayudé a mi madre a poner la mesa y a servir la comida. Hasta que no sentí el aroma del pollo al spiedo, no me di cuenta de lo hambrienta que estaba.

—Contame Julián, ¿tenés novia? —le preguntó ella apenas empezamos a comer.

—¡Mamá! —la reprendí en voz baja.

—¿Qué tiene de malo mi pregunta? —se quejó.

—No… Digamos que las chicas me ven más como un amigo. Salvo Maya, a la que veo como una amiga, pero que me ve como el amigo de Gonzalo —intentó bromear, pero solo hizo que me sintiera mal por lo que había dicho antes.

Era verdad, aunque había pasado bastante tiempo con él, jamás lo había visto como un amigo. Simplemente hasta ese momento había sido el amigo de mi novio.

—Perdón —dije apenada.

—Solo fue una broma.

—Si querés, te corto un poco el pelo y vas a ver cómo todas empiezan a caer muertas por vos —sugirió mi madre.

—¡Mamá! —dije esta vez alzando la voz.

—Eh… No… Este… ¿Qué tiene de malo mi cabello?

—Te queda lindo así. No te preocupes —aclaré y al ver que Julián se sonrojaba me arrepentí de haber usado esas palabras.

Mi mamá siguió incomodando a Julián con sus preguntas durante el resto de la velada. Cuando terminamos de comer, preguntó:

—¿Quieren un poco de budín de chocolate? Se lo compré a una clienta que vino a hacerse las uñas esta tarde.

—No, muchas gracias, pero ya es muy tarde y mañana tenemos que ir al colegio temprano —se excusó Julián que parecía querer huir de mi madre lo más pronto posible.

—¡Es una pena! Lo pasé muy bien hoy. Cuando quieras estás invitado —dijo ella.

—Sí, gracias. Estuvo muy rica la comida.

Lo acompañé hasta la puerta y noté que sus hombros se relajaban cuando salió al fresco aire de la noche.

—Siento mucho que mi madre te haya incomodado tanto con sus preguntas. Algunas veces se comporta mejor —dije en voz baja y él sonrió.

—No te preocupes. Gracias por todo, Maya. Intentaré aplicar tus consejos. Fue una pena que Gonzalo no haya podido venir —dijo.

No estaba segura de cuáles habían sido esos consejos, pero me alegraba haber podido ayudar a que aclarara sus sentimientos.

—Sí, me hubiera gustado que se quedase —reconocí.

—Nos vemos mañana —se despidió y me dio un beso en la mejilla antes de marcharse.

Cuando cerré la puerta, y seguramente sin que Julián estuviera lo suficientemente lejos como para no escucharla, mi madre gritó:

—¡Qué chico más lindo! Si tu relación con Gonzalo fracasa, podés tratar de acercarte a él. Tiene su autoestima tan baja que seguro que si te le acercás un poco, lo podés tener comiendo a tus pies.

—¡Mamá! —grité.

No era religiosa, pero aun así, le rogué a Dios internamente que Julián tuviera problemas repentinos de audición.

—No tiene nada de malo tener una vela encendida por si acaso…

—Mejor vamos a comer budín y ya no hablemos de eso —sugerí intentando no alzar demasiado la voz.

—Ah, no te dije antes porque no quería incomodar a tu amigo, pero adiviná a quién me encontré en la calle tomado de la mano de una pendeja que no sé si sería mayor de edad.

Si se había estado conteniendo para no incomodar a Julián, temía lo que pudiera llegar a contarme.

—¿A quién?

—Al descarado de tu padre.

Me sorprendió que mi padre ya estuviera saliendo con alguien, pero mi mamá tampoco podía reprocharle demasiado. Después de todo, ella lo había engañado. Por un lado, me aliviaba saber que estaba bien y que no había entrado en una depresión tan grande como para quitarse la vida. Sin embargo, hacía semanas que no me hablaba.

—¿Y qué hiciste? —quise saber.

Sonrió orgullosa de sí misma y me contó cómo le había gritado de todo en medio de una de las avenidas más transitadas de la ciudad.

—¿Y él qué te dijo?

—Nada, para no quedar mal con la prostituta esa, reconoció que había estado complicado buscando un lugar para mudarse y que no tuvo tiempo de pasarnos la plata que te corresponde por ser su hija. Me dio lo que tenía en la billetera con tal de que me callara y después se fue.

—¿Te dio algún número de teléfono o te dijo dónde podemos encontrarlo?

—Solo me dio puras excusas. Me contó que le robaron el celular en la pensión y dice que no tiene un lugar fijo donde quedarse. Dijo que en cuanto se instale te va a buscar, pero por la actitud que tenía, no creo que tenga muchas ganas de vernos, nena.

Esa noche soñé que estaba perdida en un desierto helado. Gritaba el nombre de Gonzalo, pero me respondía mi propio eco. Mientras se formaba una tormenta de nieve, me volví pequeña y llamé a mi padre.

También se había ido.

Capítulo 25

Capítulo 24

Me sentía abrumada. Sabía que tendría que enfrentarme a Gonzalo tarde o temprano. Necesitaba saber qué había pasado entre él y Karen la noche anterior, pero, al mismo tiempo, me daba pánico averiguarlo.

Me armé de valor y decidí enfrentarlo en el recreo. Por suerte, estaba solo.

—Hola, hermosa. ¿Cómo estás? —me saludó apenas me vio e intentó besarme, pero lo esquivé.

Me miró extrañado por mi reacción hacia su muestra de afecto.

Me crucé de brazos y lo increpé:

—¡Me dejaste plantada ayer!

—Sí, es que tuve que entregar un pedido de licores —me mintió tan descaradamente que sentí ganas de abofetearlo, pero me contuve.

—¿Qué te dijo Karen? —quise saber.

—¿Karen? —preguntó fingiendo no entender a qué me refería.

—Sí, Karen —insistí.

—Nada, ¿por qué?

Sentía la rabia hacerse un ovillo cada vez más grande en mi interior.

—¡Ayer te llamó Karen y te fuiste corriendo con ella! ¡No te importó dejarme! ¡Tampoco te importó que mi madre hubiera comprado la cena! Si Julián no te llamaba, ni siquiera me hubieras avisado que no pensabas regresar.

Los estudiantes que estaban cerca nos observaban sin disimular.

—¡Estás loca! —esta vez, él también alzó la voz.

—¿Vas a negarme que ayer estuviste con Karen?

—¡Estás completamente loca, Maya! ¡Esto se terminó! ¡O mejor dicho, lo nuestro nunca existió! ¡Adiós, Maya! —concluyó y dio media vuelta.

No esperaba aquello. Pensé que iba a darme alguna explicación o que me iba a pedir perdón.

Mi mundo entero se hizo trizas.

Me quedé allí, parada en mitad del patio. Las personas iban y venían. El timbre sonó. Yo estaba paralizada.

—¿Maya? —preguntó una voz que no era la de Gonzalo.

Insistió, pero como si hubiera sido una actriz que había olvidado sus líneas, no supe responder.

—¿Estás bien? —preguntó Ezequiel, colocándose frente a mí para que pudiera verlo.

Asentí levemente con la cabeza y sentí que temblaba.

—¿Segura? Parece que hubieras visto un fantasma.

Pero la verdad era que yo me había convertido en un fantasma.

—Es tarde. ¿Vamos a clase? —preguntó y, otra vez, no obtuvo respuesta.

Colocó una mano en mi espalda y dejé que me guiara hasta mi asiento como si fuera una marioneta.

Lorena resopló.

Cuando me senté en mi pupitre, cerré los ojos y sentí como si me hundiera en un agujero negro.

No había nada sin Gonzalo y en esa oscuridad ni siquiera estaba yo.

No sé cómo, pero me las arreglé para sobrevivir las siguientes horas sumergida en aquel estado de inexistencia.

—Te ves fatal. ¿Querés que llame a tu mamá? —me preguntó Ezequiel.

Entonces, un atisbo de lo que solía ser, se abrió paso entre aquel océano de nada y respondió:

—No.

—Te voy a acompañar a tu casa. No vaya a ser que te caigas por el camino. ¿Está bien?

Interpretó mi silencio como un sí y pidió un auto desde su teléfono. Me las arreglé para darle mi dirección y, una vez más, lo dejé guiarme. Sentía que caminábamos entre nubes de tormenta y con cada paso me pesaba más el adiós de Gonzalo.

Me senté en el auto al lado de Ezequiel y volví a cerrar los ojos. Quería que todo fuera una pesadilla. Necesitaba despertar, pero no sabía cómo.

—¿Esta es tu casa? —preguntó Ezequiel.

Abrí los ojos. Habíamos llegado.

—Sí —respondí con un hilo de voz.

—Puedo quedarme, si querés —sugirió.

—No —respondí simplemente.

Me bajé del auto y entré en mi casa. Nunca le di las gracias a Ezequiel por lo que hizo por mí.

Me senté en el piso con la espalda apoyada en la puerta y abracé mis rodillas. La casa jamás me había parecido tan grande, tan silenciosa y tan vacía.

Sentía que acababa de morir, pero que mi cuerpo aún no lo sabía.

En cierto momento, me obligué a levantarme y comencé a vagar como si fuese un alma en pena. Iba rozando con la yema de los dedos las paredes de los pasillos y los muebles, mientras recordaba sus besos y sus abrazos, que posiblemente no iban a ser míos nunca más.

Finalmente exhausta, me recosté en mi cama y me rendí. Sentía que de nada servía mi vida, porque ya lo había perdido todo.

Cuando mi madre regresó por la noche, me encontró recostada y me preguntó si me sentía mal. Le dije que sí.

No cené esa noche y no fui a la escuela durante el resto de la semana, solo sobreviví gracias a la voluntad de algo ajeno a mi percepción.

Alguien en la escuela llamó a mi madre y le explicó que si no regresaba, iba a perder el año. Entonces no tuve más opción que volver al mundo de los vivos, ya que no quería que me internaran en un hospital psiquiátrico. Sin embargo, no estaba lista para regresar. Aún no me sentía lo

suficientemente fuerte como para verlo otra vez.

Llevé por instinto la mano al dije de corazón que me había regalado Gonzalo y mirando el piso le sugerí a mi madre:

—Quizás pueda dejar este año y empezar de nuevo el próximo… No me está yendo muy bien.

—¡Maya, no seas tonta! —me gritó.

—Pero, mamá… No tiene sentido volver. Si igual no voy a poder levantar las materias. Si voy a repetir de todas formas, ¿por qué no espero al año que viene y empiezo de cero? —intenté convencerla.

Sabía que el próximo año no estarían Gonzalo ni su grupo de amigos en la escuela y era mejor así.

—¡En esta casa no nos rendimos! Pedile ayuda a Lorena, seguro que te da una mano y pasás de año.

Tenía el presentimiento de que Lorena me odiaba y ese era otro de los motivos por los que no quería regresar.

—Te peleaste con Lorena. Por eso no querés volver —afirmó y luego resopló por lo bajo.

—Por favor, no me obligues a hacerlo—rogué con los ojos llenos de lágrimas.

—En este momento parece el fin del mundo, pero las amistades y los amores a tu edad van y vienen. Seguro que si hablan de lo que pasó pueden arreglar las cosas y, si no es así, tampoco te preocupes, acercate a otras personas y listo —sugirió mi madre restándole importancia.

Ella no entendía lo difícil que sería para mí estar ahí.

—Prefiero morirme antes que tener que volver a la escuela.

—No exageres, Maya. ¡Mañana vas a ir al colegio! ¡Si es necesario, te llevo de los pelos, pero vas a ir! —gritó concluyendo la discusión.

Yo corrí al baño y me encerré allí. Estaba dispuesta a cumplir con mi promesa. Rebusqué en la puerta del espejo y encontré la navaja de afeitar de mi padre. La desarme temblando y me quedé con el filo en la mano. Estiré el brazo sobre la pileta con el puño apretado para que mis venas se marcaran. Acerqué el filo a mi delgada piel y cerré los ojos.

Capítulo 26

Capítulo 25

No pude hacerlo. Me invadió el pánico ante la primera gota de sangre y me quedé llorando hecha un ovillo en la bañera hasta que se me acabaron las lágrimas.

Mi madre cumplió su promesa y me acompañó hasta la puerta del colegio. Se quedó hasta que yo me perdí en el interior del edificio. Ya no había escapatoria.

Me crucé a Julián en el patio y esquivé su mirada. Avancé hasta donde se encontraban mis compañeros sin levantar la vista. Sentía que no iba a ser capaz de soportar ver a Gonzalo sin convertirme en cenizas.

—Maya, ¿te sentís mejor?

Alcé la vista. Ezequiel me sonreía detrás de unas gafas cuadradas de ese estilo que usaban los hipsters.

—Sí… Lamento que hayas tenido que acompañarme el otro día.

—No te preocupes. Para eso están los amigos, ¿no?

Sus palabras me sorprendieron. Hasta ese momento, no lo había considerado como un amigo. Quizás era demasiado fría y no sabía tener amigos. Tal vez, desde que mi corazón había aprendido a querer a Gonzalo, ya no dejaba espacio para nadie más, ni siquiera para un amigo.

—¿Qué te parecen? Son para descansar la vista, pero me quedan bien, ¿no? —preguntó Ezequiel moviendo la cabeza de un lado a otro sosteniendo con los dedos las patillas negras de sus gafas.

—Sí —me limité a responder y me dirigí al baño del segundo piso.

El timbre que indicaba que podíamos entrar a clases sonó, pero hice caso omiso de él. No podía fingir que todo iba bien. Me resultaba imposible concentrarme para mantener una conversación banal con Ezequiel o con quien fuera. Quería desaparecer en el baño y evadirme del mundo ahí adentro hasta que las clases terminaran.

No había contemplado la posibilidad de que Karen estuviera allí. Ella estaba sentada con la espalda apoyada en el espejo y fumaba. No sabía desde cuándo lo hacía, era la primera vez que la veía fumar. Si la

encontraban haciéndolo, iba a tener muchos problemas, pero no era la primera vez que hacía algo que no estaba permitido en el baño de la escuela.

—Sí, ya sé. No debería haber vuelto a caer en viejos hábitos —comentó al verme.

Me preguntaba si aquel sería el único viejo hábito perjudicial al que había vuelto.

—¿Viste a Gonzalo? —pregunté sin saber por qué lo hacía.

Se tomó su tiempo para responder. Dio una calada y cuando habló, lo hizo detrás de una nube de humo pálido:

—Está igual o peor que vos. Quizás deberían hablar ustedes dos —sugirió arrojando el cigarrillo encendido al lavabo.

—¿Hablar con él? —pregunté más para mí que para ella.

Hasta ese momento solo había pensado en evitarlo hasta su graduación e intentar sobrevivir sin él por el resto de mi vida. Me pregunté si también me extrañaría y con una sacudida de cabeza espanté esa descabellada idea de mi mente. Claro que no, lo nuestro nunca había existido. Las palabras más dolorosas que había oído en mi vida habían salido de sus perfectos e impiadosos labios.

—¿Ya no te importa? —quiso saber.

Era lo único que me importaba.

—Yo lo amo —respondí con un hilo de voz.

—No es amor, es una especie de obsesión enfermiza, pero si querés puedo traerlo así arreglan lo que tengan que arreglar… Para bien o para mal —bajó de un salto y las chapitas de latas de cervezas, que tenía amarradas en los cordones de sus borcegos, tintinearon.

Un cuarto de hora más tarde lo vi al otro lado de la puerta. Parecía un espejismo tan irreal como un sueño.

—Gonzalo —dije y su nombre tuvo el sabor del dolor y de la ausencia.

—No debería estar aquí —comentó entrando al baño y acercándose a mí.

No supe si se refería a que no debería estar en el baño de mujeres o si no

debería estar hablando conmigo. Quizás ambas.

—Puede que no —reconocí mordiéndome el labio inferior.

Avanzó hacia mí y yo retrocedí hasta tocar la mesada con los lavamanos.

—Me dijo Karen que querías verme.

Aquello era verdad y mentira al mismo tiempo.

Hicimos silencio. Podía sentir su respiración rozando mis labios.

Había deseado tantas veces que todo hubiera sido una pesadilla, que quizás el universo me había concedido ese regalo.

Cuando me tomó entre sus brazos, se reavivó aquella llama de esperanza casi extinta en mi alma.

—Te extrañé… —murmuré y la suave presión de sus labios sobre los míos me obligó a callarme.

Enredé mis dedos en su pelo y él me alzó como si no pesara nada para que quedara sentada sobre la mesada. Lo abracé con mis piernas y lo besé con anhelo.

—No sé qué es lo que hacés en mí, pero ya no sé cómo estar sin vos —dijo y me miró con odio y amor al mismo tiempo.

Esta vez fui yo quien lo obligó a acercarse. Jadeé casi sin aliento al sentir sus manos recorriendo mi piel. En ese momento, hubiera dejado que hiciera lo que quisiese conmigo. No quería detenerlo. Fue él quien se apartó.

—¿Por qué? —me quejé.

—Alguien podría entrar. Esta tarde, en tu casa después de la escuela —dijo y salió del baño a toda prisa.

Una vez más Gonzalo me había hecho caer en el pozo más profundo de desesperación, para luego llevarme al cielo con sus besos. No pude evitar preguntarme cuánto tiempo tardaría en volver a llevarme al abismo.

Entré a la clase de Arte cuarenta minutos después de que hubiera comenzado. Ya no tenía caso seguir escondiéndome en el baño. Por primera vez en días, no me sentía vacía.

—¡Pérez, llega tarde! —me reprendió el profesor.

—Sí, disculpe —dije sin molestarme en inventar alguna excusa creíble.

Ya sabía que iba a reprobar todas las materias y no tenía sentido fingir que tenía alguna oportunidad.

—Corregí su trabajo —dijo y me entregó la hoja con la calavera, la rosa y la pluma que había dibujado toda una vida atrás, el día en el que Gonzalo y yo nos habíamos conocido.

—Gracias —le dije y bajé la vista para leer la nota que había escrito sobre un pequeño papelito amarillo al que había enganchado con un clip en la esquina derecha de mi dibujo.

Leí la nota que decía: Felicitaciones, Pérez, has hecho un trabajo excelente. Veo un enorme talento en esta obra. Tu calificación es diez. ¡Seguí así!

Aquello me sorprendió. No recordaba cuándo había sido la última vez que me había sacado un diez en el colegio.

—¡Pérez, espabílese, muchacha! Tienen que dibujar un sueño. Le queda media hora para hacerlo, pero estoy seguro de que va a llegar. No querrá arruinar su excelente promedio —me apremió el profesor.

Me mordí el labio y observé el lienzo en blanco. Quizás, después de todo, mis materias no estaban perdidas por completo.

Pensé en el último sueño que recordaba. En general los olvidaba apenas me despertaba, pero este había sido diferente. Me había sentido tan sola en aquella tormenta de nieve que la desolación había traspasado el mundo onírico para volverse real.

Decidí cambiar mi sueño cuando lo plasmara en el papel. Me imaginé sobre el hielo de un glaciar, pero esta vez Gonzalo estaría conmigo. El boceto fue cobrando forma y su cuerpo apareció enlazado con el mío en medio de aquel remolino de nieve. Ya no estaría sola en la tundra helada, si él se encontraba allí, a mi lado.

El timbre sonó y el profesor observó mi dibujo con una actitud serena que resultaba difícil de descifrar. Finalmente dijo:

—Hay mucha fuerza aquí, pero también tristeza. ¿Cómo le gustaría llamar a su obra, señorita Pérez?

—El rey de la desolación —respondí sin dudarlo.

Capítulo 27

Capítulo 26

Las horas de clases transcurrieron lentamente, pero los recreos terminaron en un abrir y cerrar de ojos. Cada momento que pasaba sin Gonzalo, solo podía pensar en él. Quizás Karen tenía razón y tenía una especie de enfermiza obsesión.

Durante los dos recreos, me uní a Gonzalo, Karen y Julián, el grupo parecía haber recuperado su dinámica habitual en la que conversábamos y bromeábamos como si nada hubiera cambiado. Julián le hacía alguna que otra insinuación a Karen y ella fingía indiferencia. En tanto Gonzalo, que estaba atravesando una de sus fases animadas, me abrazaba mientras hablaba con sus mejores amigos.

Me alegraba que todo hubiera vuelto a la normalidad, pero, al mismo tiempo, todo aquello me parecía muy extraño. Aunque también era probable que la rara fuese yo.

Después de la escuela, Gonzalo me abrió la puerta del acompañante de su pequeño escarabajo y yo le sonreí antes de entrar. Algunas veces se comportaba como todo un caballero. Sin lugar a dudas, era la persona más impredecible que había conocido.

Cerró la puerta, rodeó el auto y se subió. Antes de colocar la llave para arrancar, se puso serio y me preguntó:

—¿Estás segura?

—¿Sobre qué?

—Sobre todo, sobre nosotros, sobre ir a tu casa… No sé —respondió poniendo en marcha el vehículo.

Eran demasiadas preguntas, pero solo tenía una respuesta para darle:

—Sí, yo quiero estar con vos.

—No soy buena persona y no quiero lastimarte, Maya.

—Sos una buena persona, Gonza. Te amo como sos y la única forma en la que me podrías lastimar, sería si ya no quisieras estar más conmigo —dije

con completa sinceridad.

—Gracias —se limitó a decir.

No estaba segura de cómo debería interpretar ese “gracias”. Quizás había precipitado demasiado las cosas al decirle que lo amaba. Era evidente que no sentía lo mismo o no estaba listo para decirlo.

Cuando llegamos a mi casa, estacionó frente a la puerta y nos bajamos del auto. Entré a la sala y Gonzalo lo hizo después de mí.

—Creo que quedó un poco de arroz con pollo de ayer. Si te parece, acompañamos los sándwiches de nuestras viandas con eso —sugerí.

—Me da igual lo que almorcemos, mientras después pueda comerte a vos —dijo sonriendo de lado y provocó que el calor se subiera a mis mejillas.

—Entonces, voy a calentar un poco la comida —dije camino a la cocina.

—Te ves linda cuando te ponés colorada —comentó, mientras me ayudaba a convertir nuestras desabridas viandas en una comida más o menos aceptable.

—Vos siempre estás lindo —le devolví el cumplido.

Me abrazó por la espalda mientras yo revolvía el arroz con pollo que humeaba dentro de la cacerola. Apartó el cabello de mi cuello provocándome cosquillas y comenzó a besarme tiernamente desde el lóbulo de la oreja hasta la clavícula. Solté un leve gemido al sentir sus manos recorriéndome.

—Se… Se va a quemar la comida —advertí colocando una mano sobre su muñeca suavemente.

—Apagá el fuego y vamos a tu habitación —ordenó con su voz ronca, pero suave en mi oído y yo me estremecí.

Solté su muñeca y dejé que su mano bajara un poco más mientras yo apagaba el fuego. Sentí que perdía el equilibrio, pero me sostuvo. Cerré los ojos, pero él se detuvo y cuando giré me dijo:

—Vamos a tu habitación.

Sus ojos parecían haberse oscurecido de deseo. Me acerqué a sus labios y lo besé con pasión. Él correspondió al beso y me levantó en el aire. Me aferré con los brazos a su espalda y rodeé su cintura con mis piernas. Me

llevó hasta mi habitación y se inclinó para recostarme sobre la cama.

Me mordí el labio cuando se sacó la remera y luego volvió a besarme. Acaricié el brazo que tenía apoyado sobre el colchón y pude sentir sus incipientes músculos. Era muy guapo, todavía no entendía qué era lo que veía en mí.

Gonzalo me desvistió primero con los ojos y luego con las manos. Me acariciaba muy despacio, como si temiera hacerme daño. Poco a poco, se deshizo de mis miedos y mis inseguridades. Parecía fascinado con cada centímetro de mi cuerpo y me miraba como nadie nunca lo había hecho.

—Necesito que seas mía, Maya —dijo.

—Lo soy —dije jadeando al sentir sus caricias.

—Prometeme que vas a ser siempre mía. Sin importar lo que pase —pidió acomodándose entre mis piernas.

—Voy a ser siempre tuya. Te amo para siempre, sin importar qué —prometí abrigándolo en mi interior.

Gemí clavando mis uñas en su espalda y él también gimió. Y en ese momento, un pensamiento sombrío cruzó por mi mente, siempre que Karen y él peleaban terminaban arreglándolo sus discusiones con sexo. Me pregunté si acaso no sería esto una especie de patrón que repetía en sus relaciones. Después de todo, me había dejado hacía casi nada de tiempo y me había empujado al pozo de tristeza más profundo en el que jamás me había hundido.

—Esperá —pedí, porque el recuerdo de mi dolor emocional se había vuelto físico.

—No pasa nada —me tranquilizó con un beso, pero no se detuvo.

No podía dejar de pensar que no habíamos hablado de lo que pasó. No estaba haciendo más que intentar cubrir sus palabras hirientes detrás de sus besos y sus caricias.

—Despacio —dije sin saber en qué momento había comenzado a llorar.

Capítulo 28

Capítulo 27

El encuentro íntimo que Gonzalo y yo habíamos tenido nos unió más que nunca. Aquella semana no discutimos por nada y él se mostraba cariñoso y dulce conmigo cada vez que nos veíamos.

Cierta mañana, en la que estábamos sentados en uno de los bancos del patio, noté que el brillo en sus ojos se había apagado y que unas finas ojeras lilas ensombrecían su mirada. Llevé con ternura mi mano hacia su mejilla y él cerró los ojos. Luego colocó su mano sobre la mía y me acarició con el pulgar haciendo movimientos circulares.

Tenía el presentimiento de que algo malo le había ocurrido, por lo que le pregunté:

—Gonza, ¿está todo bien?

—Más o menos —reconoció abriendo los ojos.

—¿Por qué? ¿Qué pasó? —quise saber.

—Pasé una noche horrible. No dormí casi nada.

—¿Pesadillas? —aventuré.

—No, ojalá. Me peleé con mi vieja —confesó.

—¿Ya salió del hospital?

—Sí, se suponía que iba a venir a casa. No pude convencerla de que vaya al centro de rehabilitación. Eso ya me lo esperaba, pero pensé que iba a quedarse conmigo hasta que se sintiera mejor.

—Lo siento mucho.

—Bueno, el trato era que viniera conmigo a casa, pero no se quedó más de un cuarto de hora antes de que un imbécil viniera a llevársela. Ella me quitó también el dinero que tenía ahorrado —explicó con el rostro consternado por el dolor.

Lo abracé y él correspondió. Apoyó su cabeza sobre mi hombro y yo

acaricié su cabello. Se me encogía el corazón al verlo así, tan vulnerable.

—Es horrible que haya actuado de esa forma, después de que la cuidaras tanto en el hospital y de todo lo que hiciste por ella —dije.

—La culpa es mía.

—No, claro que no.

Nos separamos apenas y pude ver el dolor reflejado en sus ojos.

—Sí, porque sigo esperando que cambie, cuando eso nunca va a pasar. Jamás me quiso. Al principio yo no era más que una carga para ella y ahora solo me busca cuando necesita dinero.

—Estoy segura de que te quiere, pero las drogas hacen que las personas actúen de forma diferente.

—¡No la conocés! ¡No tenés forma de saber lo que siente o no por mí! —soltó.

—Es verdad, no la conozco, pero te conozco a vos y sé lo mucho que la apoyaste durante todo este tiempo. Es imposible que no te quiera.

—Solo se acerca para quitarme dinero —insistió.

—Eso es lo que las drogas le obligan a hacer. Si necesitás plata, puedo pedirle a mi mamá —ofrecí.

—No, no es eso. Lo puedo reponer, tengo algunas entregas esta semana —dijo quitándole peso a la situación.

—Tenés bastantes clientes que compran licores. Eso es bueno —dije para desviar el tema de conversación hacia lugares menos dolorosos para él.

—Sí y no es lo único.

—¿Vendes otras bebidas? —quise saber.

—No, dejá no lo entenderías —dijo restándole importancia con un ademán de su mano.

Su expresión cambió de repente, y cuando seguí el curso de su mirada, descubrí a Ezequiel de pie junto a nosotros. Me sonreía detrás de sus gafas y por un instante temí que Gonzalo pudiera abalanzarse sobre él.

—Maya, hola. ¿Cómo estás? —preguntó mi compañero ignorando por

completo la mirada asesina de mi pareja.

—Bien —dije intentando parecer tranquila.

—Perdoná que te moleste, pero recién hablé con la profesora de Química y esta semana es la última en la que podemos entregar el trabajo integrador —explicó hablando rápido.

—¿Qué trabajo? —pregunté, no tenía idea de qué me estaba hablando.

—Bueno, había que formar equipos y como habías faltado te apunté conmigo.

—Oh, bueno, gracias.

—Sí, la cosa es que deberíamos juntarnos a hacer el trabajo. ¿Te parece si vamos a tu casa después de clases?

Le lancé una mirada rápida a Gonzalo. Se estaba poniendo rojo de la ira.

—Sí, no hay ningún problema —respondí, después de todo, yo no estaba haciendo nada malo.

—Genial. Te veo en clases, Maya —dijo y se marchó.

—¿Qué mierda estás haciendo? —siseó Gonzalo.

—Nada, solo voy a hacer un trabajo con mi compañero de curso.

—¿Solos en tu casa? ¿Después de que ambos me ignoraran por completo recién?

—Si tanto te molesta, podés venir —dije, encogiéndome de hombros e intentando parecer despreocupada. La verdad era que por dentro estaba muerta de miedo.

El timbre que anunciaba el final del recreo sonó y yo me levanté dispuesta a irme, pero él cogió mi muñeca y tiró de ella para que volviera a sentarme.

—¡No terminamos de hablar! —me retó.

—Es solo un trabajo práctico —dije mordiéndome el labio.

Apretó con fuerza mi barbilla con su pulgar y su índice para forzarme a mirarlo.

—Sos mía, Maya. No me gusta que invites a otros tipos a tu casa. Sos mía, y eso no va a cambiar —pronunció las palabras con una voz tan suave que me produjo escalofríos.

—Yo te amo a vos, solo a vos —intenté tranquilizarlo y me apretó la mandíbula con más fuerza.

—Los voy a acompañar. Te voy a cuidar. No me fío de ese tipo y lo que pueda llegar a hacerte si se queda a solas con vos.

—Maya, ¿está todo bien? —preguntó Lorena, que nos sorprendió a ambos, y al oírla Gonzalo apartó su mano como si le hubieran echado agua fría.

Me llevé por instinto la mano hacia el rostro que me dolía allí donde Gonzalo había ejercido presión.

—Sí —respondí mirándola con vergüenza de que hubiera presenciado nuestra discusión.

Era extraño que no estuviera ya en clases. Ella no solía entrar tarde.

Gonzalo se levantó y empujó a Lorena con el hombro al irse a toda prisa de camino a su aula.

—¿Qué fue eso? —quiso saber.

No quería mencionar que Ezequiel había sido el culpable de nuestra pelea. No podría soportar que ella se enfadara aún más conmigo.

—Nada, es un poco celoso algunas veces —dije.

—¿Un poco celoso? ¡Te lastimó! ¡Mirá tu cara! ¡Te dejó todos los dedos marcados! —exclamó horrorizada.

—Solo está pasando por un momento muy complicado en su casa. No suele ser así —intenté sonar despreocupada, aunque estaba controlando las ganas de ponerme a llorar.

Estaba a punto de levantarme para ir a clases, pero Lorena se sentó a mi lado y me miró con el ceño fruncido de preocupación.

—Estuve hablando con Ezequiel —dijo ella.

—Yo solo hice equipo con él porque no me dejaron otra opción —me excusé antes de que ella me pudiera reclamar algo.

—Sí, ya sé. Perdón por enojarme. Sé que no te gusta y que él solo está

preocupado por vos.

—Oh, eso. No sé en qué estaba pensando y me olvidé de agradecerle que me acompañara a mi casa cuando… me sentía mal —comenté e hice una mueca de dolor al recordar el momento en el que Gonzalo me había dejado.

—¿Te sentías mal o tu novio te hizo sentir mal?

Bajé la mirada. Ambas conocíamos la respuesta, pero no quería reconocerlo frente a Lorena. En ese momento pensé que ella no lo conocía lo suficiente y, vista desde afuera, la situación parecía mucho peor de lo que realmente era.

Esa mañana me senté con Lorena en todas las clases. Me alegraba que volviéramos a ser amigas, pero me preocupaba el odio que parecía profesar por Gonzalo. Él estaba pasando por un momento muy complicado, pero no era una mala persona como ella pensaba.

Después de cursar, nos dirigimos a mi casa, Gonzalo, Ezequiel y yo, en el pequeño escarabajo azul de mi novio. Fue un viaje muy incómodo, en el que Gonzalo me cogió de la mano con fuerza mientras utilizaba el volante con su mano libre. Era evidente que quería que Ezequiel notara que estaba conmigo y su actitud me resultaba exagerada e innecesaria. Me hacía sentir incómoda que me viera como un objeto de su propiedad y comenzaba a arrepentirme de haberle dicho que era suya.

Una vez en casa, las cosas se pusieron aún peor. Gonzalo se sentó en el sillón de mi padre y no dejaba de mirarnos con cara de pocos amigos mientras nosotros trabajábamos. Estaba segura de que Ezequiel estaba tan o más incómodo que yo.

Cuando mi compañero se fuera, iba a tener que explicarle a Gonzalo que no podía seguir comportándose de esa manera. Yo no era un objeto al que pudiera reclamar como de su propiedad y era absurdo que se mostrara tan inseguro. Lo amaba y tenía que confiar en mí.

Ezequiel y yo terminamos el trabajo de Química, pese a que era muy complicado concentrarnos con Gonzalo carraspeando nervioso cada vez que me acercaba para ver algo en la hoja de mi compañero.

—Espero que esté bien este trabajo —dije guardando las hojas en mi carpeta.

—Sí. Cualquier cosa, mañana le preguntamos a Lore. Es la mejor de la clase y no creo que tenga problemas en ayudarnos —comentó Ezequiel.

—Sí, es muy lista y buena persona. Creo que harían una buena pareja ustedes dos —añadí lo suficientemente alto como para que Gonzalo también lo escuchara.

—¿Vos decís? No creo que se fije en un tonto como yo. Ella está para mucho más —dijo mientras limpiaba sus anteojos con la parte inferior de su camiseta.

—Ella no te rechazaría —aseguré y le sonreí de forma cómplice.

Estaba muy contenta por mi amiga. Además, si ellos salían, seguramente Gonzalo dejaría de actuar como un completo idiota cada vez que me veía hablando con mi compañero.

Me despedí de Ezequiel y comenzó el infierno.

Capítulo 29

Capítulo 28

—“Ella no te rechazaría” —se burló Gonzalo poniéndose de pie y avanzando hacia la puerta que yo acababa de cerrar.

—Es la verdad. A Lorena le gusta Ezequiel desde hace mucho —dije intentando parecer despreocupada.

—¡No fue eso lo que pareció que le insinuabas!

—¿Qué? ¿Por qué no?

—No, fue como si quisieras decirle que cualquier chica, incluso vos, se moriría de ganas de estar con él. ¿Qué es lo que tiene él que yo no tenga? ¿La cara de tonto? ¿La miopía? ¿Qué mierda tiene ese tipo que te calienta tanto? —preguntó hecho una furia.

—Dejá de decir idioteces —dije riendo de lo ridículo que sonaba.

—¿Ahora te parezco un idiota?

—Estás actuando como uno —reconocí.

—¡Perdí todo mi día de trabajo para estar con vos y con ese tonto con cara de sapo, y me llamás idiota!

—¡No te llamé idiota, pero estás actuando como uno! Además, no es mi culpa que hayas querido venir y que perdieras tu día de trabajo —esta vez era yo la que gritaba.

—¡Estás reconociendo entonces que no querías que viniera! ¿Qué ibas a hacer si no hubiera estado acá? ¿Te lo querías coger? ¡De virgen a puta pasaste!

Aquello fue como una bofetada y lo empujé. No podía seguir soportando que me tratara de esa forma. Él estuvo a punto de caerse y arremetí de nuevo contra él. Realmente me había dolido lo que me había dicho. Sin embargo, se defendió, cerró el puño y lo asestó de lleno en la comisura de mi boca.

Me llevé la yema de los dedos al labio que me escocía y palpitaba. Cuando

los bajé, noté que estaban manchados de sangre.

Entonces pareció reparar en la gravedad de lo que había hecho.

—Maya, perdón. ¿Estás bien?

Volví a empujarlo, salí corriendo y me encerré en el baño. Temblaba de dolor y de rabia contenida. No podía creer que me hubiera golpeado.

—¡Maya! ¡Abrime! Podemos arreglarlo —pidió del otro lado de la puerta.

—¡Andate, Gonzalo! —exigí con la voz quebrada.

Me miré en el espejo. La presión de su puño había provocado que me mordiera y el labio me estaba sangrando de un pequeño corte. Aquella herida me dolía tanto física como emocionalmente. Se suponía que él me iba a cuidar del peligro, pero era él en realidad el que representaba un peligro para mí.

—Fue sin querer. Actué sin pensar. Perdoname, por favor.

Sentí que estaba llorando del otro lado de la puerta y no pude evitar sentir pena por él.

—¡Me lastimaste! —le reproché con una mano en el pestillo.

—No quería hacerlo. Fue uno de los peores días de mi vida. Sentir que te podía perder por culpa de ese idiota nubló mi mente por completo. Por favor, no me dejes. Sos lo único bonito que me pasó en la vida.

Abrí la puerta despacio y dejé que me abrazara.

—Prometeme que no me vas a dejar. Fue un accidente, Maya. Por favor —rogó temblando abrazándome con fuerza como si temiera que fuera a desvanecerme en un parpadeo.

—Tenés que confiar en mí. Yo no quiero a ningún otro, te quiero a vos —expliqué agotada.

—Confío en vos, pero no en él. Te tenés que cuidar de tipos así.

Hablaba de Ezequiel como si fuera un monstruo. Sin embargo, el que me había hecho daño era él.

—Me pegaste y no sé si pueda perdonarte alguna vez —dije y lo aparté de mí con un suave empujón.

—Te prometo que nunca más voy a hacer algo así. No sé qué me pasó. No me siento como yo.

—No sé… Necesito estar sola. Andate, por favor, Gonzalo —pronuncié las palabras con todo el dolor de mi alma.

—No quiero irme sin saber que vamos a estar bien. Sin vos, me muero —dijo mirándome a los ojos y supe que hablaba en serio.

—No digas eso —pedí negando con la cabeza.

Sentía que no podía respirar. No podría soportar que Gonzalo se hiciera daño por mi culpa.

—Es la verdad. Sin vos no tengo nada más por qué vivir.

—No me hagas esto —pedí.

—Si no me amás, decímelo ahora, y no nos vamos a volver a ver —pidió limpiándose las lágrimas con el puño de su camisa negra.

Lo miré a los ojos y me perdí en su profunda oscuridad. Lo amaba y supe que me estaba entregando su vida en las manos.

—Te amo —dije, por fin.

—No me dejes. Quedate conmigo —pidió y sus labios se crisparon hacia abajo.

Nos miramos durante algunos segundos en los que ninguno dijo nada. Finalmente, di un paso hacia él y lo abracé. Él me envolvió con sus brazos.

Sabía que lo que había hecho era imperdonable y dolía demasiado. Sin embargo, imaginarme la vida sin él resultaba muchísimo más doloroso.

—Tenés una oportunidad, pero si me volvés a lastimar, no te lo voy a perdonar nunca —advertí.

—Gracias. No va a volver a pasar, te lo prometo.

Alcé la mirada y sentí que estaba siendo sincero. Él tenía miedo de perderme y se sentía culpable. Yo también tenía miedo y no quería estar sola.

Se inclinó y me rozó suavemente con sus labios en aquel sitio que sentía

palpitante de dolor. Me estremecí y colocó sus manos en mi espalda.

Lo deseaba, sus caricias resultaban embriagadoras, pero las palabras de Karen acechaban en mi mente como una sombra hostil. No podíamos arreglar todos nuestros problemas con sexo y después fingir que nada había pasado.

—Creo que deberías irte —sugerí haciendo acopio de toda mi fuerza de voluntad.

—¿Ya no querés estar conmigo? —preguntó dolido y se separó apenas de mí.

—No es eso.

—Ya no sé cómo decirte que lo siento. Me odio por lo que hice. ¡Fue un error y voy a pasar cada segundo de mi vida arrepintiéndome! —dijo alzando la voz y golpeó la pared con un puño.

—¡Gonzalo! —exclamé asustada y tomé su mano herida entre las mías.

Tenía sangrando los nudillos de la mano derecha. No quería que se hiciera daño.

—Ya sé… No es necesario que lo digas. Pensás que soy un monstruo. No te culpo, si hasta mi propia madre me odia —dijo llorando y se sentó en cuclillas en el suelo.

Me arrodillé a su lado y lo abracé con fuerza. Quería apartar todo el dolor que cargaba con él.

—No creo que seas un monstruo. Yo te amo —dije y besé su mejilla con ternura.

—¿No me vas a dejar? —preguntó aterrado.

Yo negué apenas con la cabeza y acaricié muy despacio su largo flequillo. No podía dejarlo. Era como un animal herido atrapado en una trampa y yo sentía que necesitaba protegerlo. Creía que podía apartarlo de la oscuridad que había en su interior y que algunas veces se apoderaba de su alma y de sus actos.

Me parecía que fueran dos personas viviendo en una sola. En ocasiones le temía y en otras, en cambio, era vulnerable. En esos momentos mi corazón era suyo y, aunque me aterraba aceptarlo, sabía que le pertenecía por completo.

Capítulo 30

Capítulo 29

Una vez que Gonzalo se fue, intenté cubrir el golpe que tenía con un labial rojo de mi madre. Mi labio todavía estaba hinchado, pero por lo menos se disimulaba un poco el corte que me ardía cada vez que algo me rozaba. Aún sentía que me palpitaba.

Me costaba creer que Gonzalo hubiera sido capaz de levantarme la mano. Siempre había pensado que si alguna vez un hombre me pegaba, no sería capaz de perdonarlo. Sin embargo, ahí estaba yo, intentando ocultar el daño que él me había causado. Estaba segura de que si mi madre se enteraba, me iba a prohibir verlo otra vez y, aunque yo sabía que lo que había hecho Gonzalo era terrible, no quería alejarme de él.

—¡Qué linda estás! ¿Saliste con Gonzalo? —dijo mi mamá cuando me vio con los labios pintados.

—Sí, gracias, ma.

—¿Querés que prepare una pizza?

—No, ya comimos algo por ahí. Estoy algo cansada, creo que mejor voy a terminar mi tarea y después me voy a dormir —mentí, porque sabía que si me veía de cerca se daría cuenta del estado de mi labio.

—Bueno, nena. No fuerces mucho los ojos. No vaya a ser que te den problemas en la vista y tengas que usar anteojos —aconsejó como si eso fuera lo más terrible del mundo.

Quizás era ella la que necesitaba anteojos. Después de todo, el maquillaje no disimulaba por completo la hinchazón de mi labio inferior y ella no había notado nada extraño. Era mejor así, ya que me ahorraba tener que inventar excusas o dar explicaciones.

La que se dio cuenta de mi golpe apenas me vio fue Lorena y, gracias a ella, un grupo de chicas formadas cerca nuestro, ya que gritó:

—¡Por Dios, Maya! ¡¿Qué te pasó?! ¡Parece que te hubiera picado una abeja!

—Shhh —la callé llevándome un dedo a los labios.

Lo último que quería era que media escuela se enterara de mi pelea con Gonzalo.

—¿Qué pasó? —insistió.

—Vamos al baño y te cuento —prometí aunque no me apetecía contarle nada de lo ocurrido, pero quería que dejara de llamar la atención de todos nuestros compañeros.

Noté que intercambiaba una mirada cómplice con Ezequiel. Si habían hablado, lo más probable era que él le hubiera contado el momento incómodo que habíamos vivido con Gonzalo mientras intentábamos hacer el trabajo de Química.

Una vez que llegamos al baño de mujeres del segundo piso, Lorena se cruzó de brazos y me dijo:

—Vamos, te escucho.

—No es lo que parece —dije restándole importancia.

—Parece que estás defendiendo a tu agresor —me acusó.

—Solo fue un accidente.

Mi amiga tenía razón. No sabía por qué me sentía en la necesidad de defenderlo cuando lo que había hecho era terrible.

—Si te tiene amenazada, podemos ir juntas a la policía y conseguir una orden de alejamiento —sugirió.

Me reí, no era para tanto o quizás sí, pero yo no quería verlo.

—Cometió un error. Me pidió perdón y no va a volver a pasar.

—Entonces, sí fue ese salvaje. Maya, ¿de verdad pensás que no va a volver a pasar?

La suavidad con la que pronunció esas palabras no disminuyó la dureza de las mismas y se me llenaron los ojos de lágrimas. Lorena titubeó por un instante, dio un paso hacia mí y me abrazó. Era la primera vez que nos abrazábamos así. Nunca habíamos sido ese tipo de amigas, que se la pasan pegoteadas o tomándose del brazo como si fueran una extensión la una de la otra.

—Ese tipo de personas no cambia —dijo separándose de mí.

—Tiene una vida difícil —comenté sintiendo aún la necesidad de protegerlo.

—Eso no es ninguna excusa para que te trate como te está tratando.

—No, tenés razón, pero vos no sabés cómo es amar a alguien. Nunca tuviste novio —dije sabiendo que mis palabras le iban a hacer daño.

—Es verdad, nunca tuve novio, pero sé que si un hombre me tratara así no estaría tratando de defenderlo. Si no querés ir con la policía, por lo menos, prometeme que lo vas a hablar con tu mamá. Estoy segura de que ella te va a saber ayudar.

Me sorprendía lo fuerte que podía llegar a ser Lorena.

—Bueno, lo voy a hablar con ella —prometí sin intención de cumplirlo.

Solo quería que me dejara en paz y funcionó, porque dijo:

—Gracias por escucharme. Si necesitás hablar, yo siempre voy a estar para apoyarte —aseguró.

—Gracias —dije, comenzando a sentirme mal por haberle mentido y haber intentado lastimarla.

—Ah, me olvidaba, Ezequiel me dijo que vos le dijiste que haríamos una linda pareja.

—¿En serio? —pregunté sorprendida de que él me hubiera delatado.

—Sí y yo le dije que quizás tenías razón —agregó y se le escapó una risita.

—¿Qué pasó después?

Me alegraba saber que después de tanto tiempo, había algún avance en esa relación.

—Me invitó a ir a ver una película el próximo fin de semana.

—Supongo que le dijiste que sí.

—¡Obvio!

—¿Qué pasó con eso de “nada de chicos hasta terminar el colegio”? —bromeé.

Ella puso los ojos en blanco y ambas reímos.

Aquella mañana, nos sentamos juntas en clase y me acompañó también en los recreos. Algo que parecía perturbar a Gonzalo, aunque no dijo nada al respecto. Sin embargo, las miradas filosas que le lanzaba a mi amiga parecían cortar el aire como si estuviera arrojándole dagas.

Julián también parecía incómodo y Karen, que jugueteaba estirando los rulos bien formados del muchacho, no se lo hacía más fácil.

—Lorena, ¿no te parece que mi amigo está particularmente guapo hoy? —preguntó Karen de repente y Julián se puso completamente rojo.

—Ambos son lindos y creo que ustedes harían una pareja perfecta —respondió mi amiga con rapidez provocando que Julián y Karen se miraran.

Julián le sonrió y Karen le dio un beso en la mejilla. Él respondió diciéndole algo al oído que la hizo reír y se marcharon dejando el asiento libre para que Lorena se sentara a mi lado.

—¿Qué hay entre ellos dos? —quiso saber Lorena divertida.

Yo me encogí de hombros. Los conocía desde hacía ya algún tiempo y aún me costaba trabajo comprender su extraña relación.

—Se aman, solo que Karen es demasiado terca como para aceptarlo —habló por primera vez Gonzalo con voz serena, para mi sorpresa.

Observé a mi novio buscando alguna pizca de tristeza en su semblante, pero no parecía perturbado por lo que pudieran estar haciendo Karen y Julián en ese momento. Quizás, por fin el amor que había sentido por ella se había transformado en nada más que una amistad. Sin embargo, tenía el presentimiento de que tener una amistad con Karen siendo hombre podía incluir cierto derecho a roces y eso me preocupaba.

No es que la pelirroja me cayera mal, pero era evidente que le encantaba ser el centro de atención y sospechaba que le generaba placer tener a sus mejores amigos babeando por ella. Intenté no darle demasiadas vueltas al asunto, después de todo, se acababa de ir con Julián, posiblemente a hacer cosas indebidas en algún rincón del colegio y Gonzalo elegía estar conmigo.

Capítulo 31

Capítulo 30

Cuando salimos de la escuela, Lorena se quedó en la puerta con Gonzalo y conmigo durante bastante tiempo. Creo que en cierto modo intentaba protegerme y aquello parecía irritar a mi novio.

—¿No tenés a nadie más a quien molestar? —le espetó de pronto.

—¡Gonzalo! —lo reprendí.

Lorena lo miró con los ojos entrecerrados.

—¡¿Qué?! Es la verdad. Estuvo todo el día con nosotros como si fuera una garrapata. Tengo ganas de estar a solas con vos, de darte un beso —agregó las últimas palabras suavizando el tono y se acercó a mí, pero lo empujé apenas.

—No digas ese tipo de cosas. Es ofensivo llamar garrapata a alguien —le pedí en voz baja.

—Bueno, perdón —dijo con fastidio mirando a Lorena.

—Maya, ¿hoy venís a mi casa a estudiar para tus recuperatorios? —preguntó Lorena ignorando a Gonzalo, que me había abrazado por la espalda.

—Pensé que íbamos a pasar la tarde juntos —se quejó él.

No había hecho planes con ninguno de los dos y me sentía en la incómoda situación de tener que elegir entre mi novio y mi mejor amiga.

—¿Maya? —insistió Lorena.

Sentí que Gonzalo apretaba mi brazo con demasiada fuerza.

—Sí. Perdón, amor. Te veo mañana. Ya había arreglado con mi amiga —dije dirigiéndome a Gonzalo.

Él me soltó y se separó de mí, visiblemente dolido por mi elección.

—Bueno, como quieras.

—No te enojes. Mañana podés venir a casa y te compenso —prometí.

Él se relajó un poco y agregó:

—Extraño sentirte mía.

Lorena carraspeó mientras él me besaba el cuello.

—Ya tengo que irme. Te amo —lo saludé con un tierno beso intentando ignorar las muecas de asco que hacía Lorena.

Caminamos juntas en dirección a la parada y cuando estuvimos lo suficientemente lejos como para que Gonzalo no pudiera oírnos, mi amiga dijo:

—Tenés que dejarlo.

—No seas mala —me quejé.

—Te ve como una cosa a la que puede poseer cuando le plazca. Le dijiste que no y casi te rompe el brazo.

Exageraba, me había apretado un poco, sí, pero de ahí a romperme un brazo había un abismo. Me pasé inconscientemente la lengua por el labio hinchado.

—¡Maya, estás ciega! —soltó con la frustración reflejada en su voz.

—No es malo, no lo conocés.

—Vi y escuché lo suficiente. ¿Le vas a decir a tu mamá? ¿Me lo prometés?

—Sí —dije estirando la sílaba, exasperada.

Comenzaba a arrepentirme de haber elegido a Lorena en vez de a Gonzalo.

Las dos pasamos la tarde estudiando y haciendo planes para que su cita con Ezequiel resultara estupenda. Cuando ella intentaba hablar sobre mi relación con Gonzalo, yo me apresuraba a desviar el tema. No es que no supiera que nuestro vínculo era bastante tóxico, sino que la alternativa era dejarlo y aquella opción resultaba demasiado dolorosa como para siquiera considerarla.

Regresé a mi casa poco antes de que llegara mi madre, que me encontró

delante del televisor, sentada en el sofá.

—¿Cómo estás, nena? —preguntó sentándose a mi lado.

—Bien, ¿qué tal tu día?

—Cansador —dijo masajeando su sien con las yemas de los dedos.

—Yo fui a la casa de Lorena. Me está ayudando a ver si puedo levantar las materias —le conté.

—¡Qué bueno! Ojalá no repitas.

—Sí, espero no perder el año —dije mordiéndome el labio.

Veía bastante difícil mis posibilidades de pasar de curso, pero había decidido que me iba a esforzar e intentar levantar mis calificaciones, por lo menos las del último tramo.

—¿Cómo está Gonzalo? —preguntó.

—Más o menos. Está pasando por una situación difícil y bueno… algunas veces tiene mal temperamento —confesé.

Lorena me había hecho prometer tantas veces que iba a hablar con mi madre acerca de Gonzalo, que su insistencia había acabado por hacer efecto.

—Oh, pobre. ¿Su mamá sigue en el hospital?

Le había mencionado en una ocasión que la madre de Gonzalo estaba internada, pero había omitido contarle el motivo y que era una adicta. Tampoco le había dicho a qué se dedicaba.

—Ya salió, pero no se llevan muy bien. Eso es difícil para él.

—Pobre, tenés que apoyarlo.

—Lorena dice que le preocupa su mal temperamento. Me sugirió hablar con vos.

—¿Qué tan malo es? —me miró y yo dejé que el cabello me cubriera el rostro.

—Es muy celoso, a veces en exceso.

—Eso es normal, ¿no? Si se pone celoso, debe ser que le importás. ¿Vos

no te ponés celosa cuando él habla con otras chicas?

Enseguida pensé en Karen y en la misteriosa joven que le había colocado el aro expansor en la oreja.

—Sí, supongo que sí.

—No lo dejes ir. Un chico así de lindo y emprendedor no se consigue fácilmente —aconsejó mi madre.

—Sí, bueno, quizás Lorena se preocupa demasiado.

—Sí, esa chica no entiende nada. No hace más que estudiar todo el día, seguro que se va a morir solterona —comentó y cambió al canal en el que pasaban los resúmenes de la semana sobre los famosos que se habían peleado entre sí.

Yo reí, pero enseguida me sentí mal por Lorena y agregué:

—No seas mala, ma. Dentro de unos días va a ir al cine con un chico. Estoy segura de que se van a poner de novios o algo.

—Supongo que hay gente para todos los gustos —comentó y luego soltó una carcajada por algo que decían los comentaristas del programa.

—¿Alguna vez papá te pegó?

Ella estaba demasiado concentrada viendo la televisión como para entender la seriedad de mi pregunta.

—No, nena. Nos gritábamos bastante, algunas veces era un baboso y me exasperaba que no quisiera progresar en la vida, pero el desliz que tuve no fue porque él fuera una mala persona. Simplemente nuestra llama se había apagado y quise buscar fuego en otro lado. Me equivoqué, pero bueno, así es la vida —comentó algo triste sin apartar la mirada de la televisión y me tomó de la mano.

Me preguntaba si Gonzalo sería una mala persona. Sentía que había una parte de su personalidad que podría considerarse malvada. Esa que me había lastimado tanto física como emocionalmente, pero, al mismo tiempo, había bondad en él y, en ese momento, sentía que yo podía ayudarlo a que la luz se impusiera sobre su oscuridad.

Quizás era demasiado egocéntrica al pensar que tenía ese poder, pero lo amaba con todo mi ser y no quería alejarme de él. Le había prometido que iba a ser suya para siempre y él había prometido cuidar de mí. No nos habíamos jurado amor eterno, pero, a mi parecer, esas promesas se le

parecían bastante.

Capítulo 32

Capítulo 31

Cumplí la promesa que le había hecho a Gonzalo y después de clases lo esperé en la entrada del colegio. Quería pasar la tarde con él. No importaba lo que pensara Lorena, aunque no siempre lo demostrara de la mejor manera, él me quería y yo lo amaba más de lo que resultaba bueno para mí.

Lo vi salir de la escuela con Karen y Julián caminando uno a cada lado. Karen llevaba una camisa a cuadros abierta y un top muy corto que dejaba a la vista el tatuaje que tenía en las costillas. Yo estaba segura de que su atuendo violaba las normas de vestimenta de la escuela.

Varios chicos de primero se voltearon a mirarla con la boca abierta. Ella le sonrió a uno y el compañero del niño le dio un codazo a su amigo. Karen soltó una risa leve al notar el comportamiento de los chicos a los que Gonzalo miraba con odio.

—¡Eh, Maya! —saludó Julián alzando la mano en cuanto reparó en mí.

Yo le devolví el saludo con la mano. Cuando llegaron, Gonzalo me dio un beso rápido en la frente.

—¿Querés venir a almorzar a casa? —le pregunté animada.

—No puedo, ya arreglé con una amiga para ir a comer algo por ahí.

—¿Qué amiga?

Pregunté intentando parecer despreocupada. Estaba segura de que quería vengarse porque me había ido a la casa de Lorena el día anterior, en lugar de haber salido con él.

—Una —dijo sin más.

La palma abierta de Karen asestó de lleno en la nuca de Gonzalo y Julián rio.

—¡Ay! —se quejó Gonzalo.

—Una amiga, que estaría más que encantada de almorzar también con

Maya —dijo Karen señalándose a sí misma con las dos manos.

Noté cómo se ensanchaban las fosas nasales de Gonzalo, pero no dijo nada.

—¿No hay problema si voy? —pregunté insegura.

—Para nada. Yo también voy, aunque Gonzalo haya omitido estratégicamente mencionarme, con la única y evidente intención de que te pusieras celosa —explicó Julián divertido y Gonzalo le pegó con el puño en el hombro.

—¡Qué tontos que son! —comentó Karen poniendo los ojos en blanco y ambas reímos.

Más animado, Gonzalo me rodeó con un brazo y caminamos hacia la plaza más cercana al colegio.

—¿Compramos unos panchos? —sugirió Julián señalando un puesto ambulante de perritos calientes que estaba cerca del sector de juegos.

—No traje plata, pero los acompaño un rato. No tengo mucha hambre —dije restándole importancia.

Julián y Gonzalo intercambiaron una mirada leve y para mi sorpresa fue Julián quien me propuso:

—Yo te invito. No hay problema.

—No, no, dejá. Igual tengo un sándwich de queso en la mochila —respondí avergonzada.

Julián y Karen fueron hacia el puesto de comida rápida y regresaron con cuatro panchos acompañados con latas de gaseosas. Julián, Karen y yo nos sentamos en un banco de la plaza para comer. Gonzalo, por su parte, apoyó su lata de gaseosa en el pasto y se quedó de pie.

—Gracias, no era necesario —dije aceptando lo que me ofrecía Julián.

—¿Pudiste estudiar todo ayer? —me preguntó Gonzalo.

—Repasé un poco, pero creo que soy un caso perdido.

—Sos bonita, no necesitás ser inteligente —comentó mordaz, pero ni Julián ni Karen festejaron su broma.

—Sí, bueno. Seguro que el próximo año lo voy a hacer mejor —comenté

resignada.

—No seas tan pesimista. Seguro que si te ponés las pilas este último bimestre, varios de los profes te van a aprobar —me animó Karen y yo le sonreí.

—Yo aún no pensé qué voy a hacer cuando me gradúe. Si a alguien se le ocurre algo, ¿me dice? —pidió Julián con la boca llena.

—Anotate conmigo a Psicología. Yo ya me inscribí porque más adelante quiero especializarme para convertirme en sexóloga —sugirió Karen.

—Podría ser, estaría lindo seguir cursando juntos —reconoció Julián.

—¿Te interesa la Psicología? —le preguntó Gonzalo a su amigo, alzando la ceja en la que tenía los piercings.

—No, pero bueno supongo que si va a ser una carrera tan aburrida como cualquier otra, entonces mejor hacerla con Karen. ¿No? —confesó y los cuatro reímos.

—Yo quisiera estudiar Arte, si algún día me gradúo —dije en voz alta por primera vez en mi vida; hasta entonces la posibilidad de estudiar una carrera no había sido más que un pensamiento perdido dentro de mi mente.

—¿Para qué? Si ya sabés dibujar —preguntó Gonzalo.

Me encogí de hombros y fue Karen la que respondió por mí:

—Siempre se pueden aprender cosas nuevas, ¿no?

—Sí, pero si ya lo hace bien así. No le veo el propósito a que pierda el tiempo estudiando para algo que puede hacer sola.

Me mordí la parte interior de la mejilla, no tenía ganas de discutir con Gonzalo. Sabía que cuando se obsesionaba con una idea, se ponía cada vez más intenso, hasta que le dieran la razón. Sin embargo, Karen no estaba dispuesta a dar el brazo a torcer.

—Habrá cosas que no sabe y el conocimiento no ocupa espacio, digo yo. ¿O no, Maya?

—Sí, no sé. Es solo una idea. Todavía falta mucho —respondí tranquila.

—Bueno, ¿en serio te vas a anotar conmigo, Juli? —preguntó Karen, una vez que se aburrió de llevarle la contra a Gonzalo sobre lo que yo debería

o no elegir para mi futuro.

—No sé, puede ser. Igualmente lo que pensaba hacer era ayudar a mi hermana más tiempo en el negocio. Por ahora, solo es un trabajo que hago cuando no salgo los fines de semana, pero una vez que termine la escuela, voy a tener mucho más tiempo —explicó el muchacho.

—¿De qué es el negocio de tu hermana? —quise saber.

—Tiene un pet shop —respondió.

—¿No era un sex shop? —preguntó Karen.

—¿Qué? ¡Claro que no! ¿Por qué pensaste que era un sex shop? —preguntó.

—No sé, había entendido mal. Todos estos meses pensé que trabajabas vendiendo juguetes sexuales —comentó Karen y todos reímos.

—¡Qué enferma! Siempre con la idea fija —comentó Gonzalo negando con la cabeza.

—Vos también lo pensabas. Si el otro día nos reímos al respecto —se quejó ella.

—No, vos lo pensabas. Yo solo me reí y no dije nada porque me resultaba divertido que siguieras pensando que era así —explicó Gonzalo riendo al borde de las lágrimas.

—¡Qué mal amigo que sos! Tendrías que haberme dicho algo —refunfuñó haciendo un puchero tierno y cruzándose de brazos.

—Los dos son malos amigos… ¿Les parece, burlarse de mí a mis espaldas? Creo que a partir de ahora solo me voy a juntar con Maya que siempre es buena conmigo —dijo Julián fingiendo estar enfadado.

El rostro de Gonzalo se ensombreció de golpe y Julián pareció notarlo porque agregó:

—Fue solo una broma.

—No podrías dejar de juntarte con nosotros. Nos amás —replicó Karen con una expresión burlona y divertida en el rostro.

—¿Para qué negarlo? ¿Me regalás un beso? —le pidió Julián sonriendo de lado.

Karen fingió dudarlo durante algunos segundos, pero un instante después, colocó un dedo en el cuello de la camiseta de Julián y tiró de él hasta que quedaron muy cerca. Ella mordió el labio del muchacho suavemente y se fundieron en un apasionado beso.

Al ver que no tenían intenciones de separarse, Gonzalo me preguntó:

—¿Vamos a tu casa?

Yo asentí y nos despedimos de Karen y Julián, que nos ignoraron por completo. Me gustaba la pareja que hacían. Eran un poco raros, sí, pero era evidente que se deseaban y que se querían muchísimo.

Capítulo 33

Capítulo 32

Gonzalo y yo habíamos pasado una tarde maravillosa primero en la plaza con Karen y Julián, y después solos los dos en mi casa disfrutándonos mutuamente.

—¿Te querés quedar a cenar? —pregunté acurrucada en su pecho.

—No, voy a aprovechar más tarde para ir a entregar algunos pedidos de licores —se excusó acomodando la almohada contra la cabecera de la cama, detrás de su espalda.

—¡Qué pena! Seguro que mi madre tenía muchas ganas de incomodarte con sus preguntas —comenté divertida.

—Sí, Julián me dijo que a tu mamá le gusta hacer eso —agregó.

Tragué saliva. No esperaba que su amigo le hubiera contado sobre la vez que se quedó a cenar con mi madre y conmigo. Había cierta serenidad en su voz que me alertaba: peligro.

—Lamento que actuara así. Estaba muy incómodo, pobre Julián —comenté con cautela.

—No debiste decirle que se quedara —reprochó.

Resoplé por lo bajo, me resultaba frustrante que no pudiéramos estar tranquilos sin ninguna pelea, aunque fuera solo por una tarde.

—Perdón. Es que pensé que ibas a volver antes y que querrías cenar con tu amigo —me excusé acariciando su clavícula con la yema de mi dedo índice.

—Bueno, pero no me gusta que cenes sola con otros hombres. No importa que sea Julián —me advirtió con una tranquilidad fingida.

Estaba segura de que solo esperaba la oportunidad para atacarme si decía algo que no le gustara y yo simplemente quería que siguiéramos tan bien como antes.

—Ya sé. No va a volver a pasar, además estaba mi mamá —agregué.

Sentí cómo sus músculos se relajaban y me incorporé apenas para besar su hombro desnudo.

Me resultaba completamente injusto que me hiciera reproches cuando ese día él había salido con Karen y cuando yo lo había enfrentado, había terminado conmigo. Sin embargo, yo prefería fingir que él tenía razón, antes que dejar que empiece a armarse el ovillo cada vez mayor de problemas y reclamos en el que solían desencadenar nuestras peleas.

—Creo que esta vez va en serio… Lo de Karen y Julián —comentó.

—Sí, eso parece —reconocí.

—Aunque no deberían arruinar su amistad. Después de todo, es cuestión de tiempo para que a Karen le deje de interesar. Ella es así, no se queda demasiado tiempo con nadie.

Me senté en la cama para mirarlo.

—Quizás funcione, después de todo. Además, eso no quita que puedan volver a ser amigos. En el caso de ustedes volvieron a ser amigos, ¿no?

Lo había tomado desprevenido. Él no sabía que yo conocía su historia con Karen.

—Hablaste de eso con ella —afirmó.

Me dolía que no hubiera sido él quien me lo contase. Al menos, ya no tendría que seguir fingiendo que no sabía nada de su historia con ella.

—Está bien. Fue el año pasado. No tenés por qué ocultarme nada.

Él desvió la vista hacia la pared. Parecía pensativo.

—Es diferente. Nosotros habíamos vivido muchas cosas juntos y nuestra amistad era más fuerte. Por favor, no le cuentes a Julián sobre eso. Él siempre la quiso y sé que no podría soportarlo.

Abrí apenas los labios y, por un instante, no fui capaz de pronunciar palabra alguna. Entonces, Julián estaba enamorado de Karen desde mucho antes que Gonzalo y ella salieran. Amaba a mi novio, pero si las leyes de la amistad estuvieran escritas en algún lado, estaba segura de que Gonzalo había violado uno de los primeros mandamientos.

—Pero, ¿sabías que Julián la quería? ¿Julián y vos eran amigos desde antes?

Había demasiadas cosas que no me cerraban. Entre ellas, me preguntaba qué sería aquello tan profundo que lo unía a Karen y por qué con Julián las cosas serían diferentes.

—Sí, pero es muy difícil no enamorarse de ella.

Su respuesta fue como una puñalada. A mí jamás me había dicho que me amaba. Incluso allí, desnuda a su lado, después de una tarde que hasta ese momento pensé que había sido maravillosa, me sentía como una extraña para él. Quizás me veía como un entretenimiento para pasar el rato, mientras intentaba olvidar a su verdadero amor.

—¿Todavía la amás? —pronuncié con un hilo de voz.

Él me abrazó fuerte y besó la parte superior de mi cabeza. Sentí que el labio me temblaba.

—Maya, estoy con vos.

Eso no respondía a mi pregunta. Sin embargo, la respuesta era tan evidente que me ardía por dentro.

Nos quedamos abrazados durante algunos segundos, quizás minutos enteros, en los que ninguno dijo nada. No me alcanzaba con retenerlo conmigo para siempre, al mismo tiempo, necesitaba que me amara de la misma forma que yo lo hacía.

—¿Estás seguro de que no te podés quedar a cenar esta noche? —pregunté con la mayor ternura de la que fui capaz.

—Perdón, hermosa. Será otro día. La pasé muy bien con vos.

—Yo también. ¿Mañana venís de nuevo? —pregunté.

—No sé, vamos viendo —respondió evasivo.

—¿No querés?

—No es eso. Tengo algunas cosas que hacer.

—¿Qué cosas? —insistí.

—No sé, Maya. Cosas… y vos también. Tendrías que ponerte a estudiar, si es que no querés repetir de año —soltó.

Acepté mi derrota. Si le seguía insistiendo, íbamos a volver a pelear y yo quería que se sintiera a gusto y cómodo conmigo. Así, quizás, poco a

poco, podría dejarme ocupar el lugar que Karen tenía en su corazón.

—Bueno, será otro día. Te voy a extrañar —confesé.

—Igual nos vamos a ver en la escuela —dijo y se levantó para buscar su ropa.

Busqué también la mía y me vestí. Odiaba que se fuera, yo quería ser su prioridad tanto en su agenda como en su corazón. No entendía qué había de malo en mí y por qué no podía amarme, cuando yo lo daba todo por él.

—¿Qué tiene ella que yo no? —pregunté, cuando ya estábamos vestidos.

—Maya, no empieces —dijo poniendo los ojos en blanco.

—Quiero saberlo —insistí.

—¡Te estás poniendo pesada!

—¿Yo te importo?

—¡Sí, Maya! Me tengo que ir. ¡¿Podés parar un poco?! —me gritó.

Había dicho que sí, pero no le creía. Al menos no del todo.

—No te vayas. Hablemos —pedí poniéndome enfrente de la puerta de mi habitación para obstruir su paso.

—¡¿Qué mierda querés que te diga?! —me gritó exasperado.

—¡Quiero ser la única mujer a la que ames! —respondí con la voz quebrada.

Respiró profundo y apoyó la mano con fuerza sobre la puerta, al lado de mi cabeza. Cerró los ojos y apoyó su frente sobre la mía. Lo estaba presionando demasiado, pero necesitaba que me lo dijera.

—Sos muy importante para mí. Junto con mis amigos sos de las personas a las que más quiero en el mundo. ¿Eso no te basta?

—No —respondí mordiéndome el labio que aún sentía hinchado.

—No puedo ofrecerte más que eso por ahora. No me obligues a tener que mentirte —pronunció con dificultad y me empujó para irse.

Cuando lo hizo, me golpeé el codo con la manija de la puerta y solté un

quejido.

Capítulo 34

Capítulo 33

Aquella mañana me desperté más temprano de lo habitual. Estaba decidida a arreglarme para verme tan bonita como Karen y para conseguirlo tomé prestados los maquillajes de mi madre. Rebusqué en mi armario hasta encontrar un conjunto que me pareció lo suficientemente sexy, pero que no rozaba lo vulgar.

Miré mi reflejo en el espejo y quedé satisfecha con lo que vi. Con el maquillaje disimulaba a la perfección el golpe que tenía en el labio. Me había dejado el pelo suelto, asegurándome de que mis bucles permanecieran bien armados. Me puse unos leggins ajustados que combiné con unas botas de media caña y una remera corta que resaltaba mi figura. No tendría las curvas exuberantes ni la cintura estrecha que tenía Karen, pero tenía que reconocer que cuando me esforzaba un poco, me veía bastante bien.

—Hola, Maya. ¡Te ves bien! —dijo Julián cuando me vio en el recreo.

—Muchas gracias —dije y le sonreí. Estaba más que complacida con mi apariencia, lamentablemente Gonzalo no opinaba de la misma manera.

—¿Qué tenés puesto? —gruñó, apenas reparó en mí.

—¿No te gusta? —pregunté dolida.

—No —dijo seco.

—¿Por qué? —me quejé.

—¿De verdad querés que te diga?

—Sí —respondí desafiante.

—Me hacés acordar a mi vieja —dijo mirándome de arriba a abajo con asco.

Vi a Karen que se acercaba a nosotros con el ceño levemente fruncido.

—¿Este idiota te está molestando por tu ropa? —preguntó torciendo la boca con rabia.

Gonzalo me lanzó una mirada de advertencia y Julián fue quien respondió:

—Yo diría que sí.

—No le hagas caso. Estás hermosa —dijo Karen.

—Gracias —respondí desanimada.

—¿Me acompañás al baño, Maya? —me pidió Karen.

Asentí con la cabeza y ella me tomó del brazo mientras caminábamos. Nunca iba a entender esa costumbre que tenían las chicas de ir siempre al baño de la escuela acompañadas. Aunque suponía que lo que realmente ella quería era conversar conmigo. No me equivocaba.

—No tenés que dejar que Gonzalo te trate como basura —me retó Karen apenas entramos al baño de mujeres.

—No me trata como basura. Tiene sus problemas… —intenté defenderlo, pero ella me interrumpió.

—¡Esa historia de los problemas ya la conozco y no sirve como excusa si va a tratarte mal!

—No entendés… —comencé a hablar, pero no me dejó acabar la frase.

—Sí que entiendo y no te creas que no siento nada, porque me morí de dolor cuando me enteré de que ese tipo abusaba de él y de su mamá. Era muy chico para tener que pasar por algo así y definitivamente no se lo merecía.

Aquello me tomó desprevenida. No podía creer que Gonzalo hubiera tenido que pasar por una situación tan difícil cuando era niño. Ahora entendía más que nunca la oscuridad que crecía en su interior. Estaba segura de que eran esos recuerdos los que lo atormentaban.

—¿Él te contó eso?

—Sí, bueno… Su mamá y él se quedaron algún tiempo en mi casa, hasta que se fueron con su abuela. Creí que él te había contado y que por eso lo defendías tanto… No debí haber dicho nada… Mierda. Me va a matar..

Había demasiado que no sabía de Gonzalo. Estaba convencida de que aquel momento tan oscuro de su vida lo iba a unir a Karen para siempre.

—¿Cuándo fue?

—Hace mucho. Tendríamos once o doce años. Es que su mamá y la mía eran amigas, trabajaban en el mismo bar.

—No lo sabía —confesé bajando la mirada.

—Fui una tonta por haberlo mencionado. No le digas, por favor. No es un tema en el que le guste escarbar —me pidió.

—No le voy a decir nada. Lo prometo.

El timbre sonó. Lo último que quería era volver a clases, necesitaba descubrir más sobre el pasado de Gonzalo y Karen parecía ser la única llave que tenía para conocerlo.

—Vamos a llegar tarde —advirtió.

—No, no te vayas. Por favor —rogué.

Ella me miró dudando por un instante y dijo:

—Bueno, pero si le decís una palabra a Gonza que yo te…

—No le voy a decir nada. Te lo juro. Quiero que me cuentes más, así puedo buscar la forma de ayudarlo —la interrumpí.

—Lo único que ayudaría a mi amigo es una buena terapia, pero es demasiado terco... ¿Qué es lo que querés saber? —agregó cruzándose de brazos.

Había accedido a quedarse y era mi oportunidad para seguir completando el rebuscado rompecabezas de la historia de Gonzalo.

—Dijiste que se mudó con vos, después de que alguien abusó de él. ¿Quién fue? ¿Hicieron la denuncia a la policía?

—No sé. Éramos chicos, creo que era un novio de su madre o posiblemente un cliente con el que circunstancialmente terminaron viviendo. Después vinieron a casa y al poco tiempo se fueron a vivir con su abuela, que era una señora humilde, pero encantadora. Fue una pena cuando murió. Todo el barrio estuvo de luto por ella.

—¿Cómo fue? ¿Cómo falleció?

—No se sabe muy bien… Hubo un tiroteo. La policía dijo que unos delincuentes le dispararon, pero algunos dicen que fue la policía quien le disparó. Después de eso, tanto Gonzalo como su mamá quedaron

destruidos y ella empezó a consumir cada vez más hasta que la mujer que solía ser desapareció por completo.

Necesité aferrarme al lavamanos para no caerme. Me asombraba lo fuerte que era Gonzalo. Pese a todo lo que le había ocurrido, se esforzaba, día a día, por salir adelante con su emprendimiento de licores. Además, le iba bastante bien en la escuela. No era justo que hubiera tenido que pasar por tantas cosas.

—Pobre Gonzalo —dije consternada.

—Sí, pero de todas formas no tiene derecho a hacerte sentir mal por la ropa que te ponés ni por la gente con la que hablás. Después de todo, muchos asesinos seriales tuvieron problemas en su infancia y no por eso vamos a estar justificándolos —bromeó Karen.

—Gonzalo no es mala persona —le dije seria, no me gustaba que lo comparara con un asesino serial.

—No, ya sé que no. Lo quiero mucho y siempre estuvo ahí para mí, cada vez que lo necesité, pero creo que hay algunos límites que no deberías dejarlo cruzar —aconsejó.

—Sí, tenés razón —reconocí.

Sentía curiosidad por saber en qué momentos Karen habría necesitado del apoyo de Gonzalo. Se veía fuerte, pero había acudido a él cuando su amistad con Julián se transformó en un romance. Además, había mencionado que su madre y la de Gonzalo eran buenas amigas, hasta el punto en el que la había acogido a ella y a su hijo durante algún tiempo en su hogar. Trabajaban juntas en el mismo bar y yo estaba casi segura del rubro en el que debían estar. Lo más probable era que Karen también hubiera atravesado momentos complicados a lo largo de su vida.

—Tenés que aprender a defenderte sola, porque no siempre va a haber alguien ahí para ayudarte. Es tardísimo. Mejor vayamos a clases que vos te estás por quedar libre y yo quiero salir de esta cárcel, graduándome de una maldita vez. Si te preguntan tus profesores, deciles que estabas en el baño porque te agarró diarrea, nadie miente sobre cosas así —aconsejó riendo antes de irse a toda prisa hacia su aula.

Capítulo 35

Capítulo 34

Lorena me había estado ayudando casi toda la semana a preparar mis recuperatorios y, a cambio, yo le daba consejos amorosos para que su reciente relación con Ezequiel avanzara. Me parecía extraño que buscara consejo en mí en cuanto a relaciones, ya que no se cansaba de repetirme que lo mejor sería que Gonzalo y yo termináramos. Suponía que solo acudía a mí porque era su única amiga.

—¿Será muy pronto para presentarle a mis padres? —me preguntó Lorena, mientras yo intentaba concentrarme en un problema de Física.

—Sí, mejor no lo presiones mucho. Solo tuvieron una cita —aconsejé recordando la pelea que había tenido con Gonzalo al invitarlo a cenar por primera vez a casa con mi madre.

—Oh, bueno. Entonces esperaré un poco más —accedió algo decepcionada.

—Sí, ya va a llegar el momento. Gonzalo no se lo tomó muy bien cuando lo invité a cenar con mi mamá.

—Pero ese chico no se toma bien nada. ¿Cuándo fue la última vez que pasaron un día entero sin discutir por algo?

Me mordí el labio intentando arrancarme una pielcita seca. No lo recordaba con exactitud. Algunas veces, si bien no peleábamos, Gonzalo se quedaba en silencio para hacerme saber que algo le había molestado y eso me resultaba frustrante. Aquella misma mañana, cuando Ezequiel me dijo que habíamos aprobado el trabajo de Química, Gonzalo me había aplicado la “ley del hielo” durante dos recreos seguidos.

—Está pasando por muchas cosas. Es normal que esté nervioso algunas veces —lo justifiqué.

—Vos también estás pasando por mucho, Maya, y no vas por ahí tratando mal a todo el mundo.

Era verdad, sentía que la vida me había pasado por encima en el último tiempo. No había vuelto a ver a mi papá desde que se había ido de casa y, desde entonces, mi madre y yo nos arreglábamos con lo que podíamos. Además, tenía varias materias bajas y necesitaba de un milagro para conseguir pasar de año. Sin embargo, aquello no se podía comparar con

todo lo que Gonzalo había tenido que enfrentar.

—Sí, pero él… No importa —comencé a hablar, pero me detuve.

No quería traicionar la intimidad de Gonzalo contándole a mi amiga sobre su pasado. Ni siquiera él estaba enterado de que yo lo sabía, y seguramente no toleraría que otras personas supieran que había sido abusado y maltratado por las parejas de su madre.

—¿Qué puede haber sido tan terrible? —preguntó ella cruzándose de brazos.

—No importa. Es verdad, quizás lo justifico demasiado —fingí admitir que tenía razón, para que no me insistiera en contarle secretos que no me pertenecían.

—¿No te parece que puede llegar a ser peligroso?

Pude notar en su mirada que realmente estaba preocupada por mí.

—Gonzalo jamás me lastimaría —aseguré.

—¡Ya te lastimó! ¡¿Te olvidaste de cómo te dejó el labio?! —inquirió alzando la voz.

—No, pero eso fue un malentendido —dije restándole importancia.

—¡Ay, por Dios, Maya! ¡No sos tonta, pero estás ciega! ¿Cuándo te vas a dar cuenta de que tenés que dejar a ese pibe? —exclamó con frustración llevándose las manos a la cabeza.

—¡Basta, Lore! No lo voy a dejar. Moriría sin él. Lo necesito.

—¡Estás diciendo bobadas! No lo necesitás y nadie se muere por amor. A lo sumo se sufre un poco —explicó con esa facilidad que tenía para quitarle la poesía al mundo.

—¿Podemos dejar de hablar de mi novio y concentrarnos en los problemas de Física? —pregunté cansada de que siguiera insistiendo, una y otra vez, con lo mismo.

—¡Como quieras!, pero estoy segura de que lo de ustedes no va a terminar nada bien —me advirtió.

Me contuve para no pelear. La necesitaba si quería tener una oportunidad de pasar de año.

Se me escapó la tarde mientras estábamos repasando para mi prueba y cuando me di cuenta de que estaba anocheciendo dije:

—Perdón, no vi la hora. Gracias por todo, Lore. Es mejor que me vaya.

—Podés quedarte a cenar, si querés. Mis papás no van a tener problema —dijo.

—Te agradezco, pero ni mi mamá ni yo pudimos pagar el saldo del celular y si no le aviso, me va a matar.

—Bueno, será otro día.

Me despedí de mi amiga y de sus padres y caminé hacia la parada del colectivo, que por suerte no se demoró demasiado en venir. Cuando llegué a mi casa, el cielo estaba salpicado de estrellas y Gonzalo estaba sentado en el cordón de la vereda.

—Gonza, ¿qué hacés acá? —pregunté sorprendida de verlo.

—¿Qué pasa? ¿No querías que viniera? —preguntó y por el tono de su voz noté que estaba de mal humor.

—Sí, solo que no sabía que ibas a venir. Me sorprendiste nomás.

No había dicho nada esa mañana sobre encontrarnos en mi casa. Es más, casi no me había dirigido la palabra en todo el día.

Se puso de pie y agregó:

—Tu mamá me dijo que no estabas. ¿Fuiste con él? Decime la verdad.

—¿Qué? ¿Con quién?

—No te hagas la estúpida. ¡Con el ñoño de tu amiguito!

—¿Con Ezequiel?

No tenía idea de por qué suponía que había salido con él.

—¡Entonces, lo admitís! —gritó poniendo las manos en mis hombros y pude sentir su aliento a alcohol.

—¡No! Estaba con Lore. ¿Estás borracho?

—No me cambies el tema, Maya. No soy tonto —me advirtió acercando su

cara a la mía.

—¡Te juro que estaba con mi amiga! ¿Por qué mejor no te vas a tu casa y hablamos cuando estés sobrio? —sugerí.

Gonzalo entrecerró los ojos y comenzó a oler mi pelo, mi cuello y mi ropa como si fuera un perro.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —inquirí cruzándome de brazos.

—Busco si quedó su olor impregnado en vos. ¿Te acostaste con él?

No podía creer lo celoso que podía llegar a ser. No entendía cuál era el motivo por el que Gonzalo sentía tantos celos de Ezequiel.

—No, ¿cómo vas a pensar que puedo hacerte una cosa así a vos o a mi amiga que ahora está saliendo con él? —pregunté dolida.

—¡No te hagas la santa! Bien que te gusta cuando te toco. No me lo podés negar.

Apreté los labios y le di un empujón. Sí, me gustaba cuando él lo hacía, pero jamás hubiera pasado por mi mente engañarlo con Ezequiel ni con ningún otro.

—¡Estás enfermo! ¡No puedo seguir así! —le grité ya sin poder contener la rabia que sentía y di un paso en dirección a la puerta de mi casa.

Gonzalo me detuvo jalándome del pelo y me obligó a mirarlo.

—¡Vos hacés que me ponga así! ¡Sacás lo peor de mí!

Una vena se había marcado sobre su frente y su rostro estaba enrojecido. Me aterraba verlo así.

—¡Soltame! No voy a seguir hablando con vos mientras estás borracho. ¡No soy yo, es el alcohol el que saca lo peor de vos! —le grité y me soltó.

Se dio media vuelta y, cuando sacó las llaves del auto del bolsillo de su pantalón, estuvo a punto de dejarlas caer.

—Gonzalo, no subas al auto en ese estado. ¡Gonzalo! —advertí, pero me ignoró.

Se subió a su pequeño escarabajo y arrancó sin que pudiera detenerlo. Lo vi desaparecer a toda velocidad cuando llegó a la esquina.

Mi mamá me encontró en la puerta al borde de un ataque de nervios.

Cuando logré calmarme, le conté todo lo que había vivido con él. No me guardé ningún detalle y no pude evitar estar de acuerdo con ella. Gonzalo y yo no podíamos seguir juntos.

Capítulo 36

Capítulo 35

No dormí esa noche. Tenía demasiados pensamientos dando vueltas por mi mente. No sabía cómo hablar con Gonzalo. Lo amaba, pero él no confiaba en mí ni yo en él. Nuestras discusiones eran cada vez más frecuentes y violentas.

Por la mañana tuve que prometerle a mi madre que iba a romper con Gonzalo de una vez y para siempre. Ella estaba muy preocupada por mí y no entendía cómo había seguido con él tanto tiempo después del primer golpe.

Pese a todo lo que me había hecho pasar, romper con él era de lo más difícil que tendría que hacer en mi vida. Si lo dejaba, sería solo una persona más que lo abandonaba en su vida. Romper su corazón también me haría pedazos. Recordé el abismo oscuro en el que me había sumergido durante el tiempo en el que habíamos estado separados y me recorrió un escalofrío. Presentía que esta vez iba a ser aún peor y no tenía idea de cómo me iba a sobreponer.

Por lo general, Gonzalo llegaba tarde y no lo veía hasta el primer recreo. Sin embargo, aquella mañana se encontraba allí cuando llegué. Estaba reclinado junto a la puerta del colegio y tenía apoyada la suela de su borcego contra la pared. No había rastros en su rostro de la borrachera del día anterior.

—Hola, hermosa —dijo regalándome una media sonrisa cuando me vio llegar.

Me vi obligada a esquivar el beso en los labios que me intentó dar a modo de saludo y, tratando de no quebrarme por completo, le dije:

—¿Podemos hablar antes de entrar al colegio? Por favor, hay algo que necesito decirte.

—¿Estás segura, Maya? No te quedan muchas faltas y si llegamos tarde, te vas a quedar libre —preguntó amablemente.

Odiaba que Gonzalo fingiera que todo estaba bien entre nosotros. Sus celos enfermizos habían llegado a un extremo imperdonable la noche anterior. Nada estaba bien, pero cuando se comportaba de forma encantadora, me resultaba mucho más difícil hacer lo que debía, aquello

que le había prometido a mi madre que haría.

—Vayamos a dar una vuelta a la manzana —sugerí.

No podía hacerlo allí. No era capaz de dejarlo, al menos no con tantos estudiantes amontonándose y empujándose para entrar en la escuela.

—Claro, preciosa. Vamos adonde vos quieras.

Apenas comenzamos a caminar, él colocó su mano en mi cintura. Yo presentía que cuando ya no estuviera con él, me iba a hacer demasiada falta. Sin embargo, no tenía ninguna otra opción. Había firmado la sentencia del fin de nuestra relación al contarle a mi madre todo lo que habíamos vivido juntos, incluso le había confesado que él me había levantado la mano.

—No puedo seguir así —dije cuando doblamos por la esquina y ya nadie era capaz de vernos.

—¿Así cómo? —preguntó mirándome a los ojos.

Fingir confusión no se le daba bien. Podía ver el miedo reflejado en sus ojos de pupilas dilatadas.

—Así, viviendo con miedo y llorando casi todos los días —expliqué.

—Yo sé que no sabés nada de tu papá y que eso debe ser difícil —reflexionó Gonzalo apartando con suavidad un mechón rebelde de cabello que me había caído sobre el rostro.

Aunque sus palabras eran en parte ciertas, la ausencia de mi padre no era más que la punta de un iceberg de desesperación que se había estado formando en mi interior.

—Estoy cansada de que peleemos todo el tiempo. No tenés nada de confianza en mí y algunas veces me hacés sentir como si no fuera más que un montón de basura —dije mirando el piso porque no tenía el valor de mirarlo a los ojos mientras rompía tanto su corazón como el mío.

—Si es por lo de ayer, te pido perdón, Maya. Es que bebí de más… Fui un tonto —dijo con la voz un poco áspera.

—Es por lo de ayer, pero no es solo por eso, sino también es por todas las demás veces en las que me trataste mal.

Cometí el error de alzar la mirada. Una sombra de dolor surcaba su rostro de perfectas facciones. Sentí el impulso de abrazarlo, pero me contuve. Tenía que ser fuerte. Se lo había prometido a mi mamá y no podía dejar

que me convenciera de quedarme a su lado cuando él no me respetaba en absoluto.

—No me dejes, Maya, por favor.

Me mordí el labio y no pude contener las lágrimas que comenzaron a rodar por mis mejillas.

—No puedo seguir así, perdón —me disculpé y me mordí el labio una vez más.

Decirle adiós dolía demasiado.

—Sos lo único bonito que me pasó en la vida… Te lo juro, me muero si te pierdo —dijo él con los ojos enrojecidos.

Sentí que me faltaba el aire y respirar se me hacía cada vez más difícil. Fue entonces cuando recordé las palabras que Lorena había pronunciado la tarde anterior y no sé de dónde saqué la fuerza para decirle:

—Nadie murió nunca por amor. Se puede sufrir, llorar, pero de amor no se puede morir.

Él negó con la cabeza y añadió con una serenidad que hizo que la piel se me erizara:

—Si no estás conmigo, no tengo absolutamente nada. Prefiero suicidarme antes que aceptar que no sos mía.

—¡No! ¡Por favor, no me hagas esto! —grité llorando y comencé a golpearlo en el pecho.

No entendía cómo podía siquiera considerar hacer una cosa así. Después de lo que había sufrido cuando su madre intentó quitarse la vida. ¿Cómo era capaz de hacerme pasar por algo como eso? Yo no podía ser la culpable de que su vida se extinguiera para siempre.

—Es así, Maya. Te amo y si te pierdo, no me queda nada —dijo reteniendo mis manos para que deje de golpear su pecho.

Después de escuchar esas palabras, me detuve en seco. Era la primera vez que me decía que me amaba y sentí muy dentro de mi ser que hablaba en serio. Abrí la boca, pero no supe qué decir y volví a cerrarla.

Fue él quien habló:

—Todo me sale mal. Soy un completo desastre. Te juro que de verdad quería que lo nuestro funcionara. Me imaginé estando para siempre con

vos, pero bueno… se ve que no fue más que un hermoso sueño —dijo triste y soltó una risa amarga que se fundió en un suspiro.

—No sos un desastre —dije con la voz tan suave como una caricia.

—Sí, lo soy. Arruino todo lo que toco. Soy egoísta. Te lastimé y, aunque sé que no merezco tu perdón, todavía quiero que me ames —confesó.

—Y te amo —dije secando una lágrima que se deslizaba por su mejilla.

—Entonces, empecemos de nuevo. Dame otra oportunidad y volvamos a intentarlo. Por favor —rogó colocando una mano en mi mejilla.

Lo sentía muy cerca, sus labios casi rozaban los míos.

—No sé —susurré.

Quizá podría encontrar la forma de ocultarle a mi madre que había decidido darle otra oportunidad a Gonzalo.

—Sí que lo sabés. Estamos destinados a estar juntos hasta el final. Sé que lo sentís de la misma forma que yo —insistió.

Me llevé una mano al corazón que me había regalado y lo acaricié con la yema de mi pulgar.

Sus labios rozaron los míos y no lo rechacé. Era muy difícil estar con él, pero la idea de perderlo para siempre me aterraba. Era posible que Lorena estuviera equivocada y, después de todo, las personas pudiesen morir por amor. Después de todo, casi habíamos muerto, pero en ese mágico beso ambos vivíamos otra vez. Yo lo amaba con todo mi ser y, a partir de ese momento, supe que él también a mí.

Capítulo 37

Capítulo 36

Para evitar problemas, omití decirle a mi madre que accedí a darle otra oportunidad a Gonzalo y tampoco le había mencionado a él que había hablado con ella acerca de nuestros problemas. No quería tener una discusión con ninguno de los dos. Era mejor mantenerlos alejados por el momento.

Estaba a punto de quedarme dormida en la clase de Historia. Era una de las materias que más me aburrían y la voz monótona del profesor la hacía aún más insoportable. Tres golpes en la puerta lo hicieron detenerse para abrir. Me incorporé un poco al ver a Karen y Julián entrando a mi aula.

—Necesitamos ayuda para preparar el gimnasio para nuestra entrega de diplomas. ¿Podemos llevarnos algún alumno de su clase? —preguntó Julián, que cuando se lo proponía tenía cara de santo.

—Sí, no hay problema —accedió el docente.

Karen me hizo una señal con la mano para que me ofreciera como voluntaria.

—¿Puedo ir yo? —pregunté levantando la mano.

—Mmh, bueno, ya que levantó la nota con un recuperatorio excepcional, puede ausentarse de la clase, pero luego pídale a sus compañeros lo que voy a explicar. No querrá volver a desaprobar otro de mis exámenes —dijo el profesor.

Le agradecí y seguí a Karen y a Julián hasta el pasillo.

—¿De verdad necesitan ayuda para la fiesta de entrega de diplomas? —quise saber cuando nos alejamos lo suficiente del aula.

Ambos hablaron al mismo tiempo. Karen dijo que no, mientras que Julián dijo que sí.

—Estamos preparando todo para la ceremonia, eso es verdad —explicó Julián.

—Y como te vimos a punto de dormirte, decidimos entrar a rescatarte

—continuó diciendo Karen.

—¿Gonzalo no está con ustedes? —quise saber.

—¿No somos suficiente para vos? —preguntó Julián fingiendo estar dolido.

Karen y yo reímos.

—Nos espera con Carlos en el gimnasio. No lo dejamos ir porque todo el mundo sabe que ustedes dos están saliendo y pensamos que si la petición la hacía él, no te iban a dejar salir —comentó Karen.

—Gracias por rescatarme de esa clase tan aburrida. ¿En el gimnasio? ¿No estaba en construcción? —cuestioné, ya que hacía meses que no teníamos clases de Educación Física, algo que me beneficiaba, ya que era una materia menos que tendría que rendir en el llamado a los exámenes de diciembre.

—Siguen arreglando el techo y los vestuarios, pero estará listo para nuestra entrega de diplomas —aseguró Julián.

Cuando llegamos distinguí a Gonzalo y a Carlos pintando un cartel que decía: "Egresados". Había grupos con algunos estudiantes del último año dispersos en una parte del gimnasio, porque la que permanecía en reparación estaba surcada por unas cintas rojas y blancas que indicaban que era peligroso pasar por allí.

—Hola, preciosa —saludó Gonzalo y me besó los labios con ternura.

Carlos había estado muy concentrado pintando fuera de las líneas las decoraciones del cartel y solo reparó en mí cuando mi novio me saludó.

—¿Cómo vamos? —preguntó.

—Eh —dije e hice un gesto moviendo la cabeza de forma negativa.

—¡Te dije que lo habías arruinado! —le gritó Gonzalo a su amigo.

—Bueno, si me hubieran ayudado, podría haber quedado mejor —se quejó el muchacho.

—¡Ya te dije que soy un cero a la izquierda para pintar cosas! ¡Fuiste vos el que se ofreció a hacerlo bien! ¡Mejor no hubieras dicho nada! —lo atacó Gonzalo.

—¡Es que pensé que iba a quedar bien! ¿Qué culpa tengo yo? ¿Por qué no

lo hacés vos, entonces? —preguntó Carlos alzando la voz.

—Y es por eso que trajimos a la mejor artista plástica de todo el colegio —comentó Julián tomando el marcador que Carlos le estaba ofreciendo a Gonzalo, y me lo dio a mí.

—¿Yo? —tardé un segundo en darme cuenta de que se refería a mí.

Nadie nunca me había llamado artista ni artista plástica y mucho menos me había considerado la mejor en alguna cosa.

—Podés intentar hacer algo del otro lado del cartel. El tacaño de Julián solo compró una lámina, así que si se arruina de los dos lados ya no habrá nada que hacer —comentó Gonzalo poniéndose en modo dramático.

Julián se encogió de hombros y dijo:

—Nadie me dijo que comprara más de una y, de última, puedo ir a comprar otra después de clases.

—Maya lo va a hacer bien —aseguró Karen tomando a Julián del brazo.

—Tiene que hacerlo bien sí o sí. La ceremonia se nos viene encima y no creo que tengamos otra hora libre en lo que queda de la semana —advirtió Gonzalo.

—¿Cuándo es? —quise saber.

—Este jueves y más tarde tendremos la fiesta de egresados. No conseguimos un gran boliche, pero un exalumno nos rentó su bar por una noche. Tenés que venir, Maya. ¡Va a estar genial! —aseguró Karen.

No entendía por qué Gonzalo no me había dicho nada de la entrega de títulos ni de la fiesta de egresados. Me preocupaba que por algún motivo no quisiera verme allí.

—Voy a tratar de ir. Le tengo que preguntar a mi mamá —comenté.

—¿Ven? Les dije que algunas veces se comporta todavía como una nenita —dijo Gonzalo despectivamente como si yo no pudiera oírlo.

Hice una mueca, pero no respondí. Odiaba cuando estaba de malas y se las agarraba con todo el mundo. En especial cuando se ponía en mi contra. Había aprendido que en esos momentos, lo mejor era no confrontarlo o todo el problema se convertía en algo mucho más grande de lo que realmente era.

—¡Gonza! —lo reprendió Karen.

—¡¿Qué?! Tengo razón. Para todo tiene que pedirle permiso a su mami.

Me mordí el labio.

—¿Todo esto es porque tu mamá te dijo que el jueves no va a venir a la entrega de diplomas? —preguntó Karen acercándose a nosotros, de forma que solo pudiéramos escucharla Gonzalo y yo.

—No, no es eso. Tiene que trabajar. Cuando no esperás nada de alguien es imposible que te decepcione —comentó restándole importancia.

Era evidente que estaba dolido por el rechazo de su madre. Era uno de los momentos más importantes en la vida de su hijo y no iba a estar allí para él. Quizás, en el fondo, Gonzalo sentía celos de la relación que yo había logrado forjar con mi madre después de que mi padre se fuera de casa.

Me acerqué más a él y tomé su brazo de la misma forma que había visto a Karen tomar el de Julián algunos minutos atrás. Noté que Gonzalo se relajaba ante el contacto de mi piel. Como todos los demás, él también necesitaba sentirse querido y quizás aquella actitud de ataque no era más que un mecanismo de defensa, como un perro que muerde al sentirse amenazado.

—¿Vas a hacer el cartel o no? —comentó Carlos.

—Sí, voy a intentarlo —accedí y me arrodillé en el suelo para dar vuelta la lámina y que quedara con el lado en blanco hacia arriba.

—Tiene que decir: “Egresados” o “Felicidades, egresados” y le podrías poner algunos dibujos lindos o algo —dijo Julián.

—O mejor podría decir: “Felicidades, egresados y egresadas” o “egresades” así incluimos a las personas no binarias —sugirió Karen.

—No hay nadie no binario en la escuela —agregó Gonzalo.

—¿Cómo sabés? ¿Les preguntaste a todos? —quiso saber ella.

—No, pero seguro que nos hubiéramos dado cuenta.

—Capaz que no.

—¡Bueno, basta! Ya me cansé de que estén todo el día discutiendo. Que decida Maya y al que no le guste, que se joda —intervino Julián.

Me esmeré todo lo que pude y finalmente opté por escribir la frase: “Felicidades, egresados y egresadas”. Me pareció que era un punto medio entre lo que Gonzalo y Karen querían. Agregué algunas florituras alrededor y cuando todos, incluso mi pareja, se mostraron satisfechos con el resultado, suspiré aliviada.

Capítulo 38

Capítulo 37

Si bien Gonzalo consideraba que ya era lo suficientemente mayor como para tener que pedirle permiso a mi madre para salir, yo sabía que si pasaba la noche afuera sin avisarle, desataría un infierno en mi casa. No es que no pudiera cuidarme sola, sino que si desaparecía sin avisar, ella iba a asumir que algo malo me había pasado.

El problema residía en que mis notas no eran las mejores y el viernes tenía un recuperatorio de Inglés. A pesar de que había estudiado bastante y Lorena me había ayudado durante toda la semana, sabía que si iba a rendir mi evaluación sin dormir, aquello me podría jugar en contra.

Sabiendo que no podía demorar más la pregunta, el miércoles por la noche, mientras mi madre picaba cebolla para la cena, le comenté:

—Invitaron a todos los de mi curso a la entrega de diplomas y a la fiesta de egresados de los chicos del último curso.

—Supongo que querrás ir —aventuró.

—Sí, me gustaría. ¿Puedo?

—No sé. ¿Cuándo es? —preguntó secándose las lágrimas con una servilleta de papel.

A mí también me escocían los ojos por estar tan cerca de la cebolla que estaba picando.

—Mañana —dije y me mordí el labio inferior mientras esperaba su respuesta.

—¿El viernes no tenías el recuperatorio? —quiso saber y arrojó las verduras recién cortadas dentro del humeante guiso que se calentaba a fuego lento.

No tenía caso mentirle con respecto a mi prueba de Inglés. Había estado hablando de eso durante toda la semana anterior.

—Sí, pero es muy fácil. Lorena ya me explicó todo —aseguré.

—¿Cuánto va a durar la fiesta? ¿Estás segura de que podés ir sin dormir? —preguntó apelando a mi cargo de conciencia ante la posibilidad que tenía

de perder una materia en la que me había estado esforzando bastante.

—No te preocupes. Es tan fácil que hasta dormida me saldría —presumí fingiendo tener confianza en mí misma.

—Mmh… y ¿no va a estar ahí Gonzalo?

Sin dejar de revolver la comida, me miró para evaluar mi expresión.

—Sí, pero no necesariamente nos vamos a cruzar —dije intentando que ninguna expresión se reflejara en mi rostro.

—Seguro que te lo cruzás. ¿Vas a poder con eso? —insistió.

—Sí, no hay problema. Gonzalo ya quedó en el pasado —mentí.

—¿Y si lo ves bailando con alguna otra chica?

Me resultó evidente que sospechaba algo y desvié la mirada. No respondí.

—¡Volviste con él! —soltó frustrada.

No era una pregunta, era una afirmación.

—No… —comencé a decir, pero no me dejó continuar.

—¿Llegaste a cortar con él o ni siquiera pudiste hacerlo? —inquirió.

—Es que pasó por muchas cosas. No es su culpa ser así…

—No vas a ir de ninguna manera. Es una persona peligrosa. Te puede lastimar… ¡Te puede matar! —me gritó.

—No es como vos pensás…

Ambas teníamos los ojos llenos de lágrimas, pero esta vez no tenía nada que ver con el hecho de que hubiera estado picando cebolla.

—No puedo prohibirte que vayas al colegio, porque ya se está terminando el año, pero estás castigada hasta nuevo aviso. Te quiero de la escuela a casa y de casa a la escuela. Si querés decirle a Lore que venga, no hay problema, pero si me entero de que estás viendo a Gonzalo, te voy a llevar conmigo al negocio y te vas a tener que quedar ahí sentada toda la tarde —sentenció.

—Bueno, mamá —accedí sin ninguna intención de cumplir con su orden.

—¡Tenés que alejarte de ese chico! ¡Es muy peligroso! ¡No me obligues a tener que ponerle una orden de alejamiento! ¿Me entendiste?

—Sí, mamá.

—No me estás tomando en serio. ¡¿Me querés decir qué hice yo para tener una hija tan tonta?!

—¡Se está quemando la comida! —grité para no pronunciar lo que quería decir realmente.

—¡Uy! —exclamó y se apresuró a sacar la cacerola del fuego.

Cuando quitó la tapa, el olor a quemado y el vapor invadieron toda la cocina. Aproveché la distracción para irme a mi habitación y encerrarme.

Frustrada, me tiré en la cama. Sentía que todo el mundo estaba en contra de mi relación con Gonzalo. Sin embargo, ni mi madre ni Lorena, ni siquiera Karen podían entender que estábamos destinados a estar juntos para siempre. Nos amábamos y preferíamos morir antes que estar separados.

Lo más probable era que no pudiese ir a la fiesta de egresados, ya que iba a ser por la noche y mi madre estaría en casa. Sin embargo, no pensaba dejar de ver a Gonzalo durante el horario escolar e incluso por la tarde. Ella trabajaba todo el día y no había forma de que se pudiera enterar o, por lo menos, eso esperaba.

Tenía ganas de irme a vivir a algún lugar lejano junto con mi novio. Quería desaparecer de ese sitio en donde todos me parecían hostiles. Quizás si estábamos solos los dos, podría hacer que se sintiera valioso y, de ese modo, ayudarlo a superar su tormentoso pasado. Deseaba que él confiara en mí y también poder confiar en él.

Me fui adormeciendo, poco a poco, hasta que mi subconsciente construyó el lugar en el que realmente quería estar. Era un sitio perfecto lejos del mundo que conocíamos los dos. Allí no había celos, gritos ni peleas y solo una sensación de paz nos envolvía.

Unos golpes en la puerta me arrastraron nuevamente a la vigilia que traía aparejada una realidad mucho menos dulce.

—¡Maya, acabo de pedir una pizza! ¡Levantate para cenar! —dijo mi madre girando la manija de la puerta.

No podía abrir. Yo había cerrado la puerta con llave y no tenía intenciones

de abrirla.

—No tengo hambre —mentí.

Lo cierto era que no quería estar con ella. No solo me había llamado tonta, sino que me prohibía estar con la persona a la que yo más amaba. Esto era sinónimo de que se oponía a mi felicidad y a mi futuro. Quizás estaba celosa porque su relación con mi padre había fracasado por su culpa y odiaba verme bien.

—¡Cómo quieras, nena! Si te da hambre más tarde, te voy a dejar pizza en la heladera —dijo con resignación.

No respondí. Si hubiera sido por mí, no le hubiera vuelto a dirigir la palabra. Estaba furiosa con ella, pero también conmigo misma porque si no le hubiera contado lo que había pasado con Gonzalo, me podría haber evitado toda esta situación. Hasta ese día mi madre lo adoraba y, por mi culpa, ahora se había convertido en un monstruo ante sus ojos.

Yo estaba convencida de que Gonzalo no era ningún monstruo. Era una buena persona a la que habían lastimado demasiado y aunque algunas veces las emociones llegaban a nublar su juicio, yo pensaba que podía hacer que cambiara.

Estaba segura de que él me amaba y yo también lo amaba. Ese sentimiento tenía que ser más fuerte que todos los demás.

Intenté convencerme de que a mi lado él iba a estar bien y de que sus heridas iban a sanar con el tiempo, hasta que llegara el día en el que ya no necesitaría recurrir a la violencia para ocultar sus miedos e inseguridades. No sería fácil, pero deseaba con todo mi ser que fuera verdad.

Capítulo 39

Capítulo 38

No quería desayunar con mi madre, por lo que salí de mi habitación más tarde de lo habitual para poder poner como excusa que estaba retrasada para ir a tomar el colectivo. Ante su insistencia de que me llevara una porción de pizza para comer en el camino, terminé aceptando.

Una vez en la escuela, Lorena se acercó a mí, me saludó con un beso en la mejilla y me preguntó:

—¿Estás bien? ¿Te peleaste de nuevo con Gonzalo?

Me mordí el labio apenas y negué con la cabeza. Estaba cansada de que todo el mundo pensara lo peor de mi novio y de nuestra relación.

—Me peleé con mi madre —confesé en voz baja para que las chicas que estaban en la fila con nosotras no pudieran oírme.

—Apuesto lo que quieras a que el tóxico de tu novio fue el motivo por el que discutiste con ella.

Puse los ojos en blanco para no tener que darle la razón.

Una vez en el aula, el profesor de Física repartió los recuperatorios corregidos. Me aterraba ver qué había puesto en mi hoja, así que se lo pasé sin mirar a Lorena y le pregunté:

—¿Qué tan malo es?

—¡Aprobaste! ¡Te felicito, Maya!

Sorprendida le quité la hoja de las manos y vi que escrito en verde aparecía un ”¡Muy bien! 8 (ocho)”. No lo podía creer.

—Gracias, Lore. No lo hubiera logrado sin tu ayuda. Te debo una.

—No, Maya. Lo lograste sola. Vos nada más necesitabas un empujoncito para poder concentrarte, pero el logro es tuyo. Además, el profe tomó mucho más difícil en el recuperatorio que en la prueba. No sé si me hubiera salido este problema —dijo señalando un punto que estaba marcado con un tilde verde que señalaba que estaba bien.

Quizás me habían dicho tantas veces a lo largo de mi vida que era una tonta que había acabado por creérmelo. Tal vez no era un caso perdido. Después de todo, si seguía así, acabaría por pasar de año.

—Pss, Maya. ¿Cómo te fue? —me preguntó Ezequiel que estaba sentado a unos bancos de distancia.

—¡Aprobé! Todavía no lo puedo creer —dije tratando de no alzar mucho la voz para que el profesor no nos retara.

—¡Qué bien! ¡Yo también! ¡Me saqué un seis! —festejó desde su lugar y levanté mis pulgares para mostrarle mi apoyo.

—¡Pérez y Espinosa, hagan silencio si no quieren que me arrepienta de la nota que les puse! —nos retó el profesor que seguía repartiendo las evaluaciones corregidas.

Por lo que pude ver, la mayoría había desaprobado. Salvo Lorena, que había aprobado en la primera oportunidad, todos habíamos tenido que recuperar y estaba casi segura de que solo unos cuatro o cinco estábamos eximidos de tener que rendir la materia durante el curso de verano.

En el recreo busqué a Gonzalo para darle la buena noticia. Física era una de las materias que había considerado perdida. Me faltaba aprobar el recuperatorio de Inglés que tenía al día siguiente y solo me quedarían Matemática y Educación Cívica para rendir en diciembre. Con solo esas dos materias bajas me aseguraba pasar al siguiente año sin tener que repetir. Aquello me había parecido imposible unas pocas semanas atrás y sabía que, aunque Lorena dijera que no, se lo debía a su apoyo.

Distinguí a Gonzalo sentado en la base del mástil de la bandera que ondeaba al viento. Karen y Julián conversaban de pie frente a él.

—Hola, ¿cómo están? —pregunté contenta, cuando estuve cerca de ellos.

—Hola, hermosa —dijo Gonzalo y me dio un beso cuando me acomodé a su lado.

—¡Estás radiante, Maya! —me halagó Karen.

—¡Gracias!

—¿Tu mamá te dio permiso para salir hoy?

Al escuchar la pregunta de Gonzalo mi sonrisa se desvaneció. Sabía que era importante para él que yo estuviera allí.

—No pude convencerla —me excusé.

Él bajó la cabeza y observó sus cordones como si fueran lo más interesante del mundo. Su madre también le había dado una excusa y aquello no hacía que su ausencia fuera menos dolorosa para él.

—No importa. Podemos salir a festejar nosotros mañana por la tarde. ¿Qué les parece si compro unas cervezas y vienen a mi casa? —sugirió Julián.

—Suena bien. Además lo mejor del curso somos nosotros y podemos juntarnos a celebrar en cualquier otro momento. No te vas a perder de nada, Maya —dijo Karen, que no podía apartar la mirada de Gonzalo.

—No, está bien. Seguro que Maya puede escaparse. No sería la primera vez que tiene las agallas de enfrentarse a su madre —comentó Gonzalo alzando la cabeza para mirar a Karen.

Me mordí el labio y, sin darme cuenta, me hice daño. No es que no quisiera estar con él, pero era muy arriesgado escaparme de casa cuando sabía que mi mamá conocía las intenciones que tenía de salir esa noche. Las posibilidades de que me descubriera eran demasiado altas y si cumplía con su amenaza de llevarme con ella al trabajo, sería imposible ver a Gonzalo y a mis amigos durante algún tiempo. Además quería aprobar el recuperatorio que tenía a la primera hora del día siguiente y aunque me sentía preparada, sentía que si no dormía bien, el cansancio me podía jugar en contra.

—No creo que pueda. Perdón —dije casi en un susurro y coloqué la mano en su espalda.

—¿Por qué no? Te escapaste para ir al cumpleaños de Julián y esto es más importante —se quejó.

Me necesitaba allí con él y yo lo estaba abandonando.

—Sí, pero esta vez mi mamá sabe que yo quiero salir porque le pregunté y no me dejó. Se va a dar cuenta si no estoy —expliqué.

—Si sabías que no te iba a dejar salir, ¿para qué mierda le preguntaste? —inquirió con rabia.

—Gonza, es lo mismo. Festejamos con ella de nuevo mañana. Un día no cambia nada —insistió Julián.

—No es cualquier día. No nos vamos a volver a graduar del secundario. Es un momento por el que no quiero pasar solo —añadió y se cruzó de

brazos.

—Gonza, no vas a estar solo. Vamos a estar nosotros con vos —lo consoló Karen, pero no fue suficiente.

—No es lo mismo. Ustedes tienen que estar porque se gradúan también. No tienen opción, pero a la entrega van a invitar a alguien, ¿no? Vos vas a decirle a tu vieja que suba con vos al escenario a recibir el título y vos, Julián, le vas a decir a tu hermana. Yo le quería decir a Maya —explicó mirando primero a Karen y luego a Julián, pero evitando mirarme en todo momento.

No podía dejarlo solo. Era todo lo que tenía. Sin embargo, mi madre me iba a descubrir si iba a la ceremonia de entrega de diplomas. Era aún muy temprano para que estuviera dormida y demasiado tarde para que estuviese en el trabajo. Si esperaba a que se durmiera mi madre y lograba escabullirme, quizás podría llegar a la fiesta de graduación, pero aun así las posibilidades de que notara mi ausencia eran demasiado altas.

—Podría intentar salir de madrugada, pero si me descubre es posible que no me permita volver a salir por las tardes —reconocí.

—¡Es evidente que no querés ir, Maya! ¡No me interesan tus excusas de mierda! ¡¿Sabés qué?! Ahora soy yo el que no quiere que vayas. No te preocupes, hacele caso a tu mami. ¡Ya me harté de tener que hacer de niñera de una bebita como vos! ¡Voy a firmar que me retiro antes! ¡Chau! —gritó y se fue en dirección a la salida.

Se levantó y se fue dando grandes zancadas hacia la entrada del colegio.

—¡Esperá! ¡Voy con vos! —gritó Karen y se fue tras él.

Me levanté para seguirlos, pero Julián me tomó del brazo para detenerme.

—No tiene caso. No te van a dejar salir del colegio, si sos menor de edad. La única que puede autorizar que te retires es tu mamá —me explicó con paciencia.

Me puse a llorar y él colocó una mano en mi hombro. Estaba visiblemente incómodo y yo me preguntaba por qué él no había ido detrás de Gonzalo o de Karen cuando ella se fue con él.

—¿No vas a ir con ellos? —pregunté aceptando un pañuelo de papel que me ofrecía.

—No, estoy seguro de que ella es la única que puede hacer que se sienta

mejor —explicó.

Por el tono de su voz, supe que también le dolía la cercanía que existía entre Karen y Gonzalo. Era una relación especial de la que nunca íbamos a formar parte.

Capítulo 40

Capítulo 39

Ni Gonzalo ni Karen regresaron al colegio esa mañana. Me forcé a asistir a clases y recibí la noticia de que había aprobado el recuperatorio de Educación Cívica con mucha menos emoción de la que hubiera imaginado que tendría al enterarme de que había pasado de curso.

—¡Maya, te felicito! ¡Ya pasaste de año! —me animó Lorena.

—Sí. Gracias —dije y me obligué a sonreír.

No podía dejar de pensar en que le había fallado a Gonzalo y de preguntarme qué estaría haciendo con Karen. Me preocupaba que se acostara con ella en un momento de debilidad. Después de todo, ella se había acercado a Julián cuando lo había visto vulnerable y hacía unos instantes había salido corriendo detrás de Gonzalo. Me aterraba que él volviera a sentirse atraído por ella, pero allí encerrada dentro de la escuela no había nada que pudiera hacer. Hubiera preferido que Julián los hubiese acompañado, pero el joven había optado por quedarse conmigo.

Después de clases fui a la plaza que estaba cerca del colegio con la esperanza de encontrarme con Gonzalo y arreglar las cosas con él. No estaba allí y tampoco Karen. No tenía idea de dónde podrían estar ni forma de comunicarme con ellos. De haber sabido cómo llegar a la casa de mi novio, hubiera ido a hablar con él, pero la única vez que me había llevado a su casa habíamos llegado en auto y yo estaba algo confundida después de haber sufrido un desmayo. Me obligué a descartar la idea de aventurarme sola en el interior de un barrio popular, solo para ver si me encontraba con Gonzalo.

Sin más opciones, regresé a mi casa. Con un poco de suerte, las intenciones de Karen no serían malas y tal vez podría interceder a mi favor. Durante toda la tarde albergué la esperanza de que mi novio aparecería en la puerta de mi casa para arreglar las cosas. Por desgracia, no fue así.

Mi madre llegó a casa aproximadamente a la hora que comenzaba la ceremonia de graduación de Gonzalo. Supe, cuando la vi, que había desperdiciado cualquier oportunidad para escaparme y llegar a tiempo a la entrega de diplomas.

—Hola, ma. ¿Qué tal tu día? —intenté parecer despreocupada.

—¡Estuvo bastante bien, nena! ¿Cómo estuvo la escuela?

—¡Bien! ¡Pasé de año! —dije intentando que mi nerviosismo se confundiera con la felicidad que debería haber sentido si las circunstancias con Gonzalo hubiesen sido diferentes.

—¡Qué alegría, Maya! ¡Te felicito, nena! —gritó ella y dejó caer su cartera al piso para abrazarme.

—¡Sí! ¡Muchas gracias! —exclamé y la abracé también.

Ambas empezamos a saltar abrazadas dando vueltas en círculo y durante ese ritual de festejo se me ocurrió una idea.

—Ma. ¿Puedo ir a festejar a la casa de Lorena? Si ella no me hubiera ayudado, no hubiera podido aprobar ni uno de los recuperatorios —dije.

Era la última oportunidad que tenía para lograr convencer a mi madre de que me dejara salir de casa. Mi segunda opción consistía en escaparme mientras ella dormía, pero estaba segura de que me descubriría más temprano que tarde.

—¿Lorena te invitó hoy a cenar?

—Sí, pero como me dijiste que no podía salir, quería preguntarte primero antes de decirle que sí. Además, te quería contar que pasé de año —dije con las mejillas adoloridas por tener que fingir tanta felicidad.

—¿Van a estar en lo de Lorena? No van a ir a la graduación del mamarracho, ¿no? —preguntó refiriéndose a Gonzalo con el apodo que solía emplear mi padre hace un millón de años, cuando todavía vivía con nosotras.

—Solo vamos a cenar con sus padres. Si no tenés problema, quizás me pueda quedar a dormir en su casa, tal vez trasnochar un poco, hablar de chicos… Lo normal —nunca había pasado la noche en la casa de nadie y dudaba que mi madre creyera en mi historia.

Olvidé respirar hasta que contestó:

—Bueno, después de todo concuerdo con ella en algunas cosas, pero te voy a acompañar a su casa y quiero hablar con sus padres —advirtió.

—Sí, no hay problema —aseguré.

No creía que Lorena me cubriera ante mi madre para salir con Gonzalo, pero quizás podría cenar con ella y luego ir a la fiesta.

—Igual, no podés llegar con las manos vacías. Dame una hora, que yo le voy a cocinar un budín de banana a Lorena. Así le das algo y quedás bien. Con un poco de suerte te ayuda a preparar el examen de Matemática.

—Bueno, ma. ¡Gracias! —dije y mi mirada se dirigió hacia el reloj de la cocina.

Lo más probable era que ella terminara de preparar el budín cuando la ceremonia de entrega de diplomas estuviera terminando. Esperaba, por lo menos, no perderme la fiesta de graduación.

Me aterraba que Lorena se diera cuenta de mis intenciones y me delatara con mi madre. No tenía idea de cómo iba a reaccionar cuando me viera llegar de sorpresa a su casa para invitarme a mí misma a cenar con sus padres y con ella.

Mi madre se demoró más de lo que esperaba, pero el budín olía delicioso. Esperaba que la familia de Lorena aún no hubiera cenado o mi plan se podría derrumbar por completo.

Caminamos hacia la parada y tomamos el colectivo. Mi madre había colocado el budín en un plato y lo había cubierto con una bolsa transparente. Parecía orgullosa de sí misma cada vez que a algún pasajero hambriento se le iban los ojos hacia el budín.

Lorena vivía en un barrio elegante con casas bajas de amplios jardines. Su madre era médica y su padre trabajaba en una agencia inmobiliaria. Era hija única y, a diferencia de mis padres, los suyos siempre habían tenido muy altas expectativas en cuanto a su futuro. Desde que teníamos trece años, ella estaba convencida de que se iba a convertir en una exitosa ingeniera y no había absolutamente nadie que dudara de que lo iba a conseguir. Mientras esperábamos en el umbral a que nos atendieran, me pregunté si mi vida hubiera sido diferente si hubiese nacido en una familia como la suya.

Por fortuna, Lorena estaba en casa y fue ella quien nos atendió y no uno de sus padres. Al verla dije:

—Lore, ¿cómo estás? ¿Te acordás de mi mamá?

—Todo bien. Claro, hola, Sonia. Un placer volver a verla —dijo Lorena y nos saludó a ambas con un beso en la mejilla.

Mi madre y ella no se habían visto más que en una o dos ocasiones. Me

sorprendía que recordara su nombre.

—Ella te preparó un budín de banana y queríamos pasar a agradecerte por haberme ayudado a aprobar mis recuperatorios —expliqué antes de que ninguna de las dos pudiera decir algo que arruinara mis planes para esa noche.

Mi madre le alcanzó el budín y ella sonrió.

—¿Es para mí? ¡Muchas gracias!

—Sé que es un poco tarde, pero ¿está bien si me quedo? —pregunté evitando mencionar cuánto tiempo.

—¡Sí, no hay problema! Ahora le aviso a mis padres que viniste.

—¿Puedo conocer a tu mamá? —preguntó mi madre.

Me asustaba lo que pudiera llegar a decirle cuando se conocieran.

—Claro, no hay problema. Pasen, enseguida vuelvo —dijo Lorena cerrando la puerta una vez que estuvimos adentro.

—¡Wow! Toda nuestra casa entraría dentro de este living.

—¡Mamá, por favor, no me avergüences! —la regañé.

La mamá de Lorena se parecía bastante a mi amiga. Alta, elegante y seria. Tenía la piel aceitunada y el cabello lacio le caía por debajo de los hombros.

Presentamos a nuestras madres e intercambiaron algunas palabras de cortesía. Justo cuando pensé que mi plan estaba a salvo, mi madre agregó:

—Hay una fiesta hoy a la que Maya no tiene permitido asistir. Voy a dejarles mi número de celular para que me avisen cuando tenga que venir a buscarla. No dejen que se vaya sola.

Intercambiaron números y mi madre se marchó. Al parecer había vuelto a activar su línea y justo en el peor momento para mí.

Capítulo 41

Capítulo 40

Los padres de Lorena fueron muy amables y me sirvieron un plato de la lasagna que habían estado comiendo antes de que me hubiera presentado en su puerta sin avisar. De postre comimos el budín de banana que mi madre había preparado y estaba exquisito.

Ellos estuvieron de acuerdo en que me podía quedar a dormir. Le preguntaron a mi madre y también accedió, siempre y cuando no me dejaran ir a ninguna fiesta. Cuando terminamos de cenar Lorena y yo subimos a su habitación.

Ella cerró la puerta, me miró seria y preguntó:

—Solo viniste para poder ir a esa fiesta, ¿no?

Desvié la mirada.

—Bueno, sí, pero también quería agradecerte por todo lo que hiciste por mí.

—Sí, bueno ya te dije que el mérito es tuyo, pero gracias por el budín. Tu mamá cocina muy bien —dijo.

—No me odies, pero de verdad necesito estar en esa fiesta. Es muy importante para Gonzalo que yo vaya —rogué.

—Ni loca, Maya. No quiero tener problemas con mis padres ni que tu mamá te mate por culpa de ese tarado —se negó.

Me senté en su cama cabizbaja. Había llegado demasiado lejos como para rendirme.

—Es que no tiene a nadie más. Su abuela falleció hace poco y sus padres están tan presentes en su vida como mi papá en la mía. No quiero dejarlo solo. Era muy importante para él que yo estuviera ahí en la entrega de diplomas. No pude llegar, pero si me ayudás, podría ir aunque sea unos minutos a la fiesta de egresados para decirle lo orgullosa que estoy de él, de que haya podido graduarse y de que haya podido ganarse la vida sin apoyo de nadie con su propio emprendimiento —hablé intentando apelar a su empatía.

Vi que dudaba y la miré con las cejas inclinadas. Lorena no era una mala persona, y yo sabía que aunque ella no era muy demostrativa, en el fondo tenía un buen corazón.

—Me ponés en una situación muy difícil, Maya. No quiero tener problemas. Además él tuvo demasiadas actitudes horribles con vos —dijo y pude percibir la duda tiñendo sus palabras.

—Te juro que si me ayudás, nunca más te voy a volver a pedir nada. Estoy segura de que nunca tenés problemas con tus padres y te prometo que jamás se van a enterar, si esperamos a que se duerman. Te prometo que voy a volver mucho antes de que se despierten —rogué.

Estaba dispuesta a ponerme de rodillas si era necesario, necesitaba ir a esa fiesta. Tenía que demostrarle a Gonzalo lo mucho que me importaba y todo lo que estaba dispuesta a hacer por él. Tenía que asegurarme de que solo quisiera estar conmigo y de que se olvidara de Karen, de la chica que le había hecho los piercings y de cualquier otra mujer que pudiera atravesarse circunstancialmente por su vida.

—Bueno —accedió Lorena por fin.

—¡Gracias! Sos la mejor amiga del mundo —dije y la abracé.

Ella dio un paso hacia atrás y me advirtió:

—Mi mamá se levanta a las seis de la mañana para ir a la guardia. Quiero que estés acá a las cinco a más tardar y si te descubren voy a decir que te escapaste mientras yo estaba durmiendo.

—Sí. No hay problema. ¡Voy a estar a tiempo! ¡Nadie se va a dar cuenta!

—Esperá a que pase la medianoche, así nos aseguramos de que no te escuchen salir y llevate mis llaves, así si nos descubren, no se dan cuenta de que fui yo la que te abrió la puerta para que salgas.

Me encantaba la versión de Lorena dispuesta a planear hasta los más mínimos detalles de mi escape. Era una pena que por lo general solo utilizara su inteligencia para sacar buenas calificaciones.

A la hora convenida, Lorena me dio sus llaves y yo me escabullí en la oscuridad tan sigilosa como un fantasma. Salí por la puerta principal procurando no hacer ruido y sentí el fresco aire nocturno. Sonreí porque sentía que Gonzalo iba a amarme más que nunca cuando se enterara de las vicisitudes que había tenido que enfrentar para llegar a sus brazos.

Caminé las oscuras calles que separaban la casa de mi amiga de la parada del colectivo que me llevaría a la fiesta. Tenía miedo de que en cualquier

momento aparecieran los padres de Lorena o mi madre para obligarme a regresar y también de que algún extraño saliera de la nada con la intención de robarme o de agredirme. No estaba acostumbrada a salir sola de noche.

El transporte público se demoró en llegar. Después de la medianoche, los colectivos tenían una frecuencia de aproximadamente una hora entre uno y otro.

Cuando llegué al bar en el que estaba teniendo lugar la fiesta, distinguí algunos rostros conocidos. Una chica con el cabello pintado de verde le servía a Carlos cerveza directamente en la boca a través de un embudo.

Distinguí a Julián y a Karen conversando en la barra muy animados. Que ellos dos estuvieran juntos me parecía una buena señal, pero no había ni rastros de Gonzalo.

—¡Maya! ¿Cómo estás? ¿Viniste con Lorena? —preguntó Ezequiel en cuanto me vio.

—¡Oh, hola! No, vine sola. ¿No viste a Gonzalo por acá? —pregunté mirando a mi alrededor.

No quería demorarme demasiado hablando con Ezequiel, porque sabía que iba a tener problemas con mi novio si nos veía juntos. Al ser su graduación, lo último que quería era darle motivos para que se pusiera celoso.

—Sí, estaba por acá hace un momento. ¿Querés que te traiga algo para tomar? Hay cerveza, gaseosas y algunos tragos más fuertes, si te gustan —se ofreció Ezequiel alzando un poco la voz para que pudiera escucharlo por encima de la estridente música electrónica.

—No, gracias. Te veré más tarde. Voy a ir a hablar con unos amigos —respondí evasiva y me abrí paso entre algunos jóvenes que bailaban apretujados al ritmo de una canción.

—Oh, bueno, nos vemos más tarde —dijo Ezequiel mientras me alejaba.

—Si vos no salís con nadie más y yo no salgo con nadie más, ¿qué diferencia tiene si usamos o no la palabra novios? —escuché que le estaba preguntando Julián a Karen.

—No me gusta esa palabra. Vos mismo dijiste que es lo mismo y si es lo mismo, ¿por qué te importa tanto? —replicó ella.

—Cuando conocemos a alguien quiero poder decir: “Hola, ella es Karen, mi novia”. Suena mucho mejor que “mi algo” o mi “amiga exclusiva con

derecho a roce” —insistió.

—¡Mirá, está Maya! ¡Hola, Maya! —exclamó Karen evidentemente contenta de no tener que continuar con la conversación que estaban teniendo.

Me sentí mal por haber interrumpido ese momento tan íntimo, pero si hubieran pedido mi opinión, me hubiese puesto del lado de Julián. Quizás para Karen no era más que una palabra, pero las palabras tenían un peso enorme. Un “te quiero” no valía lo mismo que un “te amo” y ser novios definitivamente no era lo mismo que ser algo.

—¿Lo vieron a Gonzalo? —pregunté alzando la voz para que me escucharan.

—Creo que ya se fue. ¿Querés que te pida un trago? —se ofreció Karen.

Había llegado demasiado tarde.

—No, gracias —dije triste, lo mejor sería que regresara a la casa de Lorena antes de que ambas acabáramos metidas en problemas.

—No se fue. Creo que salió a la parte de atrás del bar. Alguien le ofreció compartir unas pastillas —dijo Julián y bebió un sorbo de fernet mientras Karen lo fulminaba con la mirada.

Aquello fue como un balde de agua fría. Gonzalo se drogaba.

—¿Pastillas? ¿Qué pastillas? ¿Quién se las ofreció? —le hice a Julián una pregunta detrás de otra hasta que me contestó.

—No sé, una chica que le compró las pastillas a él. Como ella nunca las había probado, lo invitó para que le enseñe cómo tomarlas —explicó Julián.

Seguramente Karen también lo sabía, pero había querido mantenerme al margen.

No podía creerlo. Gonzalo no solo se drogaba, sino que también vendía pastillas. Quizás las señales siempre habían estado ahí, pero yo había estado demasiado ciega como para verlas. Era evidente que el negocio de licores que tenía no era tan exitoso como había pensado y cuando se le escapó decirme que también vendía otras cosas, no había querido profundizar mucho en ese tema. Me había dicho que yo no lo entendería, y tenía razón.

Capítulo 42

Capítulo 41

Me di media vuelta en dirección a la puerta trasera. Necesitaba ver a Gonzalo, no importaba lo malas que fueran las circunstancias. Tenía que saber que estaba ahí para apoyarlo y que no lo había abandonado. No entendía cómo era capaz de drogarse después de ser testigo de lo que las drogas le habían hecho a su madre.

—Esperá, Maya. No es necesario que lo veas así —me detuvo Karen.

—Necesito verlo. Tiene que saber que no lo abandoné y que lo amo —expliqué abriéndome camino entre los adolescentes sudados y alcoholizados que bailaban a mi alrededor.

—Él lo sabe. Mejor hablen mañana. Cuando está así, es como si no fuera él. Se convierte en un monstruo. Vení con nosotros, tomate algo. Si preferís, te acompañamos hasta tu casa —Karen me seguía insistiendo.

Habíamos perdido a Julián entre la multitud. No importaba. Yo solo quería ver a Gonzalo y pensé que sería capaz de soportar cualquier cosa. La imagen con la que iba a encontrarme podía ser fuerte, quizás estuviera demasiado drogado como para levantarse del suelo o tal vez adoptara una actitud violenta contra mí y destructiva contra él. Sin embargo, lo que vi al salir al callejón que estaba en la parte de atrás del bar fue mucho peor.

—¡Puta madre! —gritó Karen, llevándose las manos a la boca, tan sorprendida como yo.

Gonzalo y Mariana, una de mis compañeras de curso, estaban besándose contra la pared. Al escuchar la voz de Karen, Gonzalo apartó a la sonrojada chica que se aferraba a su cuello en puntas de pie.

—¡Mierda! —maldijo él por lo bajo.

Pensé que estaba preparada para cualquier cosa, pero aquello había cruzado la línea de lo que era realmente imperdonable. Incluso podría haberlo perdonado si el engaño hubiera sido con Karen, porque conocía que entre ellos había una historia previa que en parte faltaba cerrar, pero sospechaba que Mariana y él apenas se conocían. Me estaba traicionando por apenas un minuto de placer.

—Cada vez que tenés algo bueno, lo terminás arruinando —escuché a Karen que le estaba reclamando a Gonzalo, mientras yo me iba a toda

velocidad en dirección a la calle.

Esta vez no había nada que él pudiera decir o hacer para que yo lo perdonase.

—¡Esperá, Maya! ¡Hablemos! —pidió Gonzalo y corrió detrás de mí.

—¡No me toques! —grité furiosa cuando alcanzó mi muñeca y la aferró con fuerza para detenerme.

—Maya, por favor, escuchame. Te lo ruego —lloriqueó.

No podía creer que después de lo celoso que se ponía cuando yo hablaba con Ezequiel o incluso con Julián, pudiera haberme hecho algo así.

—Tomamos de más y cometí el peor error de mi vida. Te juro que no significó nada para mí. Ni siquiera sé quién es esa chica. No la voy a volver a ver nunca más. Yo te amo a vos —insistió sin soltarme.

—¡Mariana! ¡Se llama Mariana! ¡Y no me importa si la querés seguir viendo o no, porque a la que no vas a ver nunca más en la vida es a mí! —sentencié.

—¡Maya! Escuchame, hablemos tranquilos. Nos está mirando todo el mundo. Vayamos a mi auto y hablemos de lo que pasó —rogó.

En ese momento noté que varias personas habían salido del bar y nos miraban con curiosidad. Ya no podía contener las lágrimas. Al dolor y a la ira que sentía, ahora se le sumaba la vergüenza de que mi novio me hubiera sido infiel con una compañera de curso en una fiesta a la que casi todo el colegio había asistido.

—Hace frío, vamos a hablar en mi auto y te explico todo —insistió.

Lo acompañé hasta su pequeño escarabajo azul. Aunque sabía que no podía perdonarlo, al menos estaríamos lejos de las miradas de mis compañeros.

Me senté en el asiento del acompañante y cerré de un portazo. Pensé que si los vidrios hubieran explotado en mil pedazos, hubiese sido aún mejor, pero solo logré aturdir un poco a Gonzalo con el sonido del golpe. Quería hacerle daño de la misma forma en la que él me estaba lastimando a mí.

—Mi amor, escuchame. Dejame que te explique —dijo una vez que estuvo a mi lado.

Se acercaba demasiado para hablarme y su aliento apestaba a alcohol.

—No me digas “mi amor”. Ya no somos nada —dije con la mayor frialdad de la que fui capaz.

—Pensé que no ibas a venir… —comenzó a decir.

Miré al techo frustrada. Había soportado tantas cosas por él y me pagaba de ese modo.

—Así que te agarraste a la primera que encontraste aprovechando que no te iba a ver. ¿No?

—No, te juro que no fue así —dijo.

—Ah, ¿no? Bueno, ¿sabés qué? Ni siquiera me interesa escuchar tus excusas baratas. ¡Espero que Mariana y vos sean muy felices! —dije dispuesta a irme, pero arrancó a toda velocidad y no me dio tiempo a bajarme del vehículo.

—¡No me dejes! —pidió apretando a fondo el acelerador.

—¡¿Qué mierda te pasa?! ¡Nos vamos a matar! —grité aterrada.

Sopesé la posibilidad de saltar del auto en movimiento, pero íbamos demasiado rápido y me podía lastimar seriamente. Si lo atacaba para que se detuviera, chocaríamos sin dudas, así que solo pude atinar a ponerme el cinturón de seguridad.

—¡Prefiero morirme a estar sin vos! Fue un error y no podés decirme nada porque vos me estuviste engañando con el ñoño ese de tu curso —gritó esquivando un colectivo por muy poco.

—¡Yo nunca te engañé! ¡Te amaba!

Estaba aferrada con tanta fuerza a los bordes de mi asiento que los músculos me dolían.

—¡Te amo, Maya! ¡Tenemos que estar juntos! No estaba pensando con claridad antes, pero ahora lo veo todo muy claro, tenemos que estar juntos para siempre.

Supe que si no le decía lo que quería escuchar, estaba dispuesto a matarnos.

—Sí, mi amor. Te perdono. ¡Bajá la velocidad y hablemos afuera del auto!

—pronuncié como pude.

Nunca había tenido tanto miedo.

—¡Mentís! —dijo llorando y negó con la cabeza.

—Por favor, bajá la velocidad —rogué.

Aunque había pensado que podía morir de amor, no estaba lista para que ese fuera mi final. Quería vivir. Todavía había muchas cosas que me quedaban por hacer.

Comenzó a sonar el celular que sobresalía del bolsillo derecho de su pantalón y vi mi oportunidad. Lo tomé tan rápido como pude y distinguí que era Julián quien estaba llamando. Llegué a atender y mientras Gonzalo me arrebataba el teléfono de un manotazo, grité:

—¡Llamá a la policía! ¡No quiero estar acá!

Gonzalo cortó y apagó el teléfono antes de arrojarlo al asiento trasero. No sabía si Julián habría escuchado mi pedido de auxilio o si se lo tomaría en serio.

—¡Me mentiste! ¡Casi confié en vos! ¡No querés estar conmigo! —me gritó y me pegó un puñetazo en la oreja que hizo que me golpeara la cabeza contra el cristal de la puerta del auto.

—¡Por favor, pará! —lloré llevándome la mano hacia mi sien, que había comenzado a sangrar.

Me sentía aturdida y un pitido me perforaba los oídos. Me palpitaba la cabeza allí donde me había golpeado contra la puerta.

—Si paro, me vas a dejar —dijo asustado.

—No, podemos hablar más tranquilos después, pero ahora necesito ir al hospital —traté de hablarle lo más calmada que pude.

Estaba mareada y me costaba concentrarme para enfocar la mirada. Sentí que bajaba un poco la velocidad, lo había convencido y parecía estar buscando un lugar para estacionar. Sin embargo, el sonido de una sirena y los destellos azules titilantes que emitía el patrullero lo hicieron volver a acelerar. Mi vida estaba en sus manos.

Capítulo 43

Capítulo 42

Esquivar los coches huyendo de la policía se convirtió en una especie de carrera de obstáculos y no estaba segura hasta qué punto Gonzalo era capaz de superarla. Dobló en una esquina y luego en otra. Cada vez que giraba el volante, las ruedas del vehículo patinaban y gritábamos de terror. Cuando Gonzalo se dirigió hacia una avenida, por la cantidad de autos que aparecían, supe que era imposible esquivarlos a todos. Cerré los ojos y me quedé así, esperando el momento del impacto.

Cuando Gonzaló apretó el freno, escuché el chirrido de las ruedas del coche resbalando sobre el asfalto y me aturdieron los bocinazos prolongados de los vehículos a nuestro alrededor. Primero sentí que el asiento intentaba absorberme hacia atrás y luego el dolor en mi sien se hizo cada vez más intenso.

Apenas impactamos, una sacudida cambió de repente mi dirección y me lanzó hacia adelante. Sentí como si mi cabeza intentara separarse de mi cuello. A pesar de que tenía el cinturón de seguridad puesto, me golpeé con fuerza la coronilla contra el techo. Mis brazos y mis piernas golpearon contra la guantera y contra la puerta del lado del acompañante. El cristal del parabrisas se rompió en el impacto y estalló en un centenar de fragmentos que se clavaron en todo mi cuerpo, especialmente en mi rostro y mis brazos.

Una vez que nos detuvimos por completo, abrí los ojos con dificultad y fue la escena más espantosa que había visto en toda mi vida. Había sangre por todos lados. El frente del vehículo casi había desaparecido y en su lugar se alzaba una construcción de ladrillos. Entonces supe que habíamos chocado contra una casa.

Desesperada, llevé la vista hacia Gonzalo y, aunque estaba irreconocible, suspiré aliviada al notar que respiraba. Él no llevaba puesto el cinturón de seguridad en el momento del accidente y, al chocar, su cuerpo debía haber recibido todo el impacto contra la pared de ladrillos.

—Maya, por favor, perdoname… —susurró y una tos seca le impidió seguir hablando.

Vi que sus dedos se movían apenas y yo me estiré como pude para tomar su mano. Gonzalo tenía algunos dedos rotos, pero sentí que estaba

agradecido de sentir el contacto de mi piel.

Una vez que pudo controlar la tos, agregó:

—Te amo.

Volvió a toser y luego lo escuché respirar con dificultad.

—Te perdono, Gonzalo. Yo también te amo —le aseguré con una voz áspera y entrecortada que no me pareció la mía.

Sentí que lo había perdonado una vez más y, al mismo tiempo, quería evitar que se siguiera esforzando. Estaba muy herido y yo también. Aunque tenía muchísimos reproches para hacerle, en ese momento se desvanecieron. No era momento de dejarlo cargar con la culpa del desastre que había hecho. No, lo mejor sería conversar con tranquilidad una vez que nos hubiéramos recuperado.

Sonrió apenas y perdió el conocimiento. Podía oír su respiración y eso me tranquilizaba. Me aferré a ese sentimiento hasta que escuché los sonidos de unas sirenas que eran diferentes a la del auto de la policía que nos había estado persiguiendo.

Los bomberos necesitaron utilizar una barreta para poder arrancar la puerta del conductor. Una vez que el auto estuvo abierto, un paramédico se acercó y colocó sus dedos en el cuello ensangrentado de Gonzalo.

—Él tiene pulso y ella aún está despierta —aseguró el hombre, apuntándome con la luz de la linterna que me obligó a entrecerrar los ojos.

No solté la mano de Gonzalo hasta que lo sacaron por completo del vehículo. En parte, era mejor que estuviera inconsciente, porque cuando me arrastraron desde mi asiento hasta la camilla, sentí un dolor insoportable y fui incapaz de contener los gritos.

Me colocaron un dispositivo de goma en la nariz. Con cada inspiración percibía el aire helado recorriendo mi garganta y llenando mis pulmones. Pese al dolor que sentía, me alegraba de no haber muerto durante el accidente.

El escarabajo azul de Gonzalo ahora era como un envoltorio gigante de caramelo al que habían arrugado y desechado. No fue el único coche que sufrió daños considerables, pero sin lugar a dudas, era el que en peores condiciones había quedado. Una mujer tenía una bolsa de hielo en la cabeza, pero las dos ambulancias eran para conducirnos a Gonzalo y a mí

hacia el hospital. No había nadie más herido de gravedad.

Pude ver cómo los paramédicos entraban la camilla en la que iba Gonzalo en una de las ambulancias. Unos instantes después el vehículo encendió la sirena y se marchó. Sabía que yo lo seguiría. Cerré los ojos y me permití descansar un momento mientras me llevaban dentro del vehículo.

El viaje al hospital fue confuso y hay partes que no logro recordar aunque lo intente. Creo que me desmayé o tal vez me habían suministrado algún calmante que me impedía pensar con claridad.

Recuerdo que en algún momento del viaje, una paramédica me preguntó mi nombre y si había alguien a quien pudieran llamar. No supe qué responder y solo supuse que si le hacían la misma pregunta a Gonzalo, les diría que me tenían que llamar a mí. Después de todo, él creía que no tenía a nadie más en su vida. Con los ojos cerrados sentí que revisaban mis bolsillos para sacar la billetera en la que estaba mi identificación con la dirección de mi casa.

Lo último que pensé antes de llegar a emergencias fue que estaba amaneciendo y que Lorena tendría problemas por mi culpa.

Durante mi tiempo en el hospital, pasé por momentos en los que sentía un dolor insoportable y otros en los que quizás estaba soñando. Muchos rostros pasaron frente a mí durante los sueños y la vigilia.

La persona que más presente estuvo durante mi internación fue mi madre. Los rostros de Karen, de Julián, e incluso el de Gonzalo, a quien me alegré de ver sin ningún rasguño, me parecían borrosos y lejanos. Supuse que quizás esas visitas hubieran existido solo en mis sueños, o tal vez habían sucedido en los momentos en que los calmantes me hacían olvidar el dolor en el que vivía inmersa la mayor parte del tiempo. No sé si me dijeron algo, pero agradecía que estuvieran ahí.

También fue a visitarme mi padre en una ocasión, y sé que en ese momento estaba despierta porque sentía demasiado dolor tanto en el cuerpo como en el alma. Había necesitado estar al borde de la muerte para que mi papá me viniera a ver y aunque él prometió regresar más seguido, los dos sabíamos que eso era una mentira.

La breve conversación que tuvimos ese día fue uno de los pocos recuerdos completamente nítidos que conservo de mi larga estancia en el hospital.

—Lamento no haber venido antes, chiquita. No sabía cómo decirte que pronto vas a tener un hermano. No estaba seguro de si ibas a querer verme después de todos estos meses —se disculpó mi padre.

Acercó su silla hacia mi cama y procurando no mover el suero que tenía conectado en mi brazo izquierdo, me tomó de la mano para hacerme una caricia.

—Claro que quería verte, pa —le dije y mi voz se escuchó demasiado áspera, como si hubieran pasado semanas desde la última vez que había hablado y quizás así era.

—Gracias, Maya. Te quiero —dijo y besó mi frente con dulzura.

Cerré los ojos hasta que se separó de mí y en ese momento volví a sentirme pequeña y querida. Lo perdoné por su larga ausencia y también por todo el tiempo que pasaría hasta que lo volviera a ver.

Me alegraba saber que estaba rehaciendo su vida con otra mujer después de que mi madre lo hubiese engañado, pero en el fondo sabía que yo formaba parte de su pasado y que en ese nuevo comienzo no había sitio para mí.

Lorena también me había ido a visitar en varias ocasiones. Yo sentía que le debía unas disculpas, por lo que en su primera visita le dije:

—Perdón, Lore, espero que no hayas tenido problemas por mi culpa.

—¡Maya, no puedo creer que estés pensando en esas cosas! ¡Ojalá te hubiera dicho que no cuando me pediste que te ayudase a escaparte de mi casa! Si me hubiera mantenido firme, no estarías ahora en este estado. Aparte, me siento fatal por haberle dicho a mis padres que te escapaste de la cama, perdón —dijo acomodando mi almohada.

Quizás la vida no era más que eso, un montón de sucesos encadenados que ocurrían por las decisiones que tomábamos y por los distintos caminos por los que decidíamos transitar. Muchas de aquellas opciones traían aparejada la culpa por lo que podríamos haber hecho para que nuestra vida fuera diferente.

Capítulo 44

Epílogo

Pasé todo el verano recuperándome en el hospital en donde recibí diversos tratamientos físicos y psicológicos. Como todavía no me encontraba recuperada, no pude rendir Inglés ni tampoco Matemática, pero por lo menos había pasado de curso y tendría oportunidad de aprobar esas materias durante mi último año de colegio. Los médicos que me atendían me habían advertido que me podía perder las primeras semanas de clases, pero estaba segura de que me iba a graduar al mismo tiempo que Lorena y mis compañeros.

Una de las mejores decisiones que tomé fue continuar con mis sesiones de terapia una vez que salí del hospital. Mi psicóloga era una señora joven llamada Norma, que tenía voz dulce como las maestras jardineras y me escuchaba sin juzgarme por las malas elecciones que había hecho a lo largo de mi vida.

Durante ese año, un tema que había sido recurrente en mis conversaciones con Norma era Gonzalo. Además, mi psicóloga me había ayudado a tomar las riendas de mi vida y ahora ya no solo veía mi futuro como una artista, sino que había empezado a construir el camino para conseguirlo.

Pronto iría a estudiar la carrera de Bellas Artes y, mientras tanto, había asistido a distintos cursos y talleres de dibujo y de tatuajes. Incluso había comenzado un proyecto personal en el que llevaba un diario de mi vida hecho exclusivamente con ilustraciones de los momentos agradables y de los más dolorosos que había pasado. Cada trazo que daba me ayudaba a reflexionar sobre algunos momentos y a superar el dolor.

—¡Conseguí el trabajo que quería en el salón de tatuajes! —le comenté a Norma una tarde.

En ese momento pensaba que ser tatuadora era la única forma en la que podía ganarme la vida como dibujante. Después de todo, cada persona era como un lienzo que manifestaba sus deseos al artista que lo plasmaba sobre su piel.

—¡Es maravilloso! ¿Les mostraste tu diario de dibujos? —quiso saber.

—No, armé algunos otros. Por el momento el diario es algo que prefiero guardar solo para mí. Hay algo más en lo que estuve pensando mucho durante este último tiempo —dije y acaricié el dije que Gonzalo me había

regalado.

—¿Qué estuviste pensando? —preguntó, aunque intuyo que sabía lo que le iba a responder aun antes de formular la pregunta.

Me encantaba esa manera que tenía para mantener una conversación conmigo, pero dejándome elegir el rumbo de mis palabras. Solo me marcaba algunas frases que yo decía, dejándome descubrir por mí misma quién era y lo que necesitaba.

—Creo que estoy lista para ir a hablar con Gonzalo —confesé.

—¿Estás segura? —preguntó y bebió un sorbo de café.

—Sí. Creo que es importante cerrar nuestra historia para poder seguir proyectando hacia el futuro. Es algo que necesito hacer.

—Si es lo que sentís que necesitás, entonces adelante. ¿Vas a ir sola después de todo lo que pasó? —me preguntó.

—No creo que vaya sola —confesé.

—¿Con quién vas a ir? —quiso saber.

—Con una pareja amiga —respondí.

Esperaba que Julián y Karen pudieran venir conmigo. Aunque al principio los había visto solo como los mejores amigos de Gonzalo, con el tiempo los había aprendido a querer y, pese a todo lo ocurrido, estaba agradecida de poder seguir contando con su apoyo.

—¿Le vas a decir a tu mamá que vas a ir?

—No, ella no lo entendería y Lorena tampoco. Son muy sobreprotectoras y después de todo lo que pasé, piensan que soy demasiado sensible. Creo que tienen miedo de que siga sufriendo. No quiero que se preocupen por mí, pero necesito verlo y ponerle un punto final a nuestra historia. Así cada día pensaré un poco menos en él, hasta que alguna mañana me despierte y me sorprenda sin su recuerdo —expliqué sin soltar el dije que Gonzalo me había regalado.

Norma no dijo nada, pero clavó sus ojos verdosos en mi mano. Solté el corazón y sentí frío.

Después de mi sesión de terapia, decidí que lo mejor sería no demorar más la visita. Por fin estaba lista para cerrar con esa etapa y posponerlo

solo lo haría más difícil.

Intercambié varios mensajes con Julián y con Karen y ambos estuvieron de acuerdo en acompañarme a visitar a Gonzalo. Esperaba que con ellos a mi lado fuera un poco más sencillo despedirme de él.

Quedamos en encontrarnos en la plaza más cercana al colegio, por lo que me dirigí hasta allí y me senté a esperar a mis amigos. No se demoraron demasiado y llegaron tomados de la mano. Me alegraba saber que después de todo ese tiempo seguían juntos.

—¡Maya! ¿Cómo estás? —me saludó Julián y me dio un breve abrazo, pero sin despegarse de Karen.

—Estoy mejor, la rodilla me duele a veces, pero mis manos se recuperaron por completo y era lo que más me preocupaba —confesé.

Caminamos juntos hacia la parada del colectivo que no tardó en llegar. Nos sentamos en la línea de asientos al final del vehículo. Karen estaba en el medio, mientras que Julián había preferido ir junto a la ventanilla.

Durante el viaje conversamos y nos pusimos al día de cuánto habían cambiado nuestras vidas. Les conté que empezaría un nuevo trabajo en el salón de tatuajes y se alegraron por mí. Ellos estaban cursando el Ciclo Básico Común para estudiar Psicología en la Universidad de Buenos Aires. Karen estaba encantada con su carrera, aunque Julián parecía no entender por qué tenía Matemática como materia obligatoria.

—No nos va a servir para nada. Entiendo que tenemos que tener algunos conocimientos básicos, como saber contar la cantidad de pacientes que entran a nuestra consulta, pero estamos viendo puras funciones y es frustrante porque no entiendo nada —se quejó el muchacho y Karen le dio unas palmaditas en la rodilla para animarlo.

Bajamos del colectivo y tragué saliva. Quizás no era tarde para dar la vuelta. Podría regresar otro día. Por instinto llevé la mano hacia el dije de corazón y Karen colocó la suya sobre mi espalda.

—Estamos con vos —dijo Julián para animarme.

Caminamos juntos, sin prisa, hasta llegar al sitio donde estaba descansando Gonzalo. Se me encogió el corazón al ver la cruz de madera. Solo habían grabado su nombre allí y parecía muy solitario. Sobre el pasto crecido alguien había dejado una rosa blanca que ya estaba marchita dentro de una botella de licor con la etiqueta que yo había dibujado. Supuse que había sido su madre. Esperaba que donde estuviera el alma

de Gonzalo, él no se sintiera solo.

Acaricié el corazón que me había regalado e imaginé que estaba conmigo, cuidándome tal como lo había mandado a grabar en la inscripción. Era momento de seguir avanzando en mi vida y para eso tenía que decirle adiós.

Las heridas que había dejado en mi corazón y en mi cuerpo estaban comenzando a cicatrizar. Me quité la cadenita con el dije y la colgué de la cruz. Supe en ese momento que, de haber sobrevivido ambos, jamás hubiese podido dejar a Gonzalo. Pese a todo, lo hubiese vuelto a perdonar, pero también sabía que si él no hubiera muerto, me hubiera terminado matando. Después de todo, el accidente lo había causado él para castigarme por querer dejarlo.